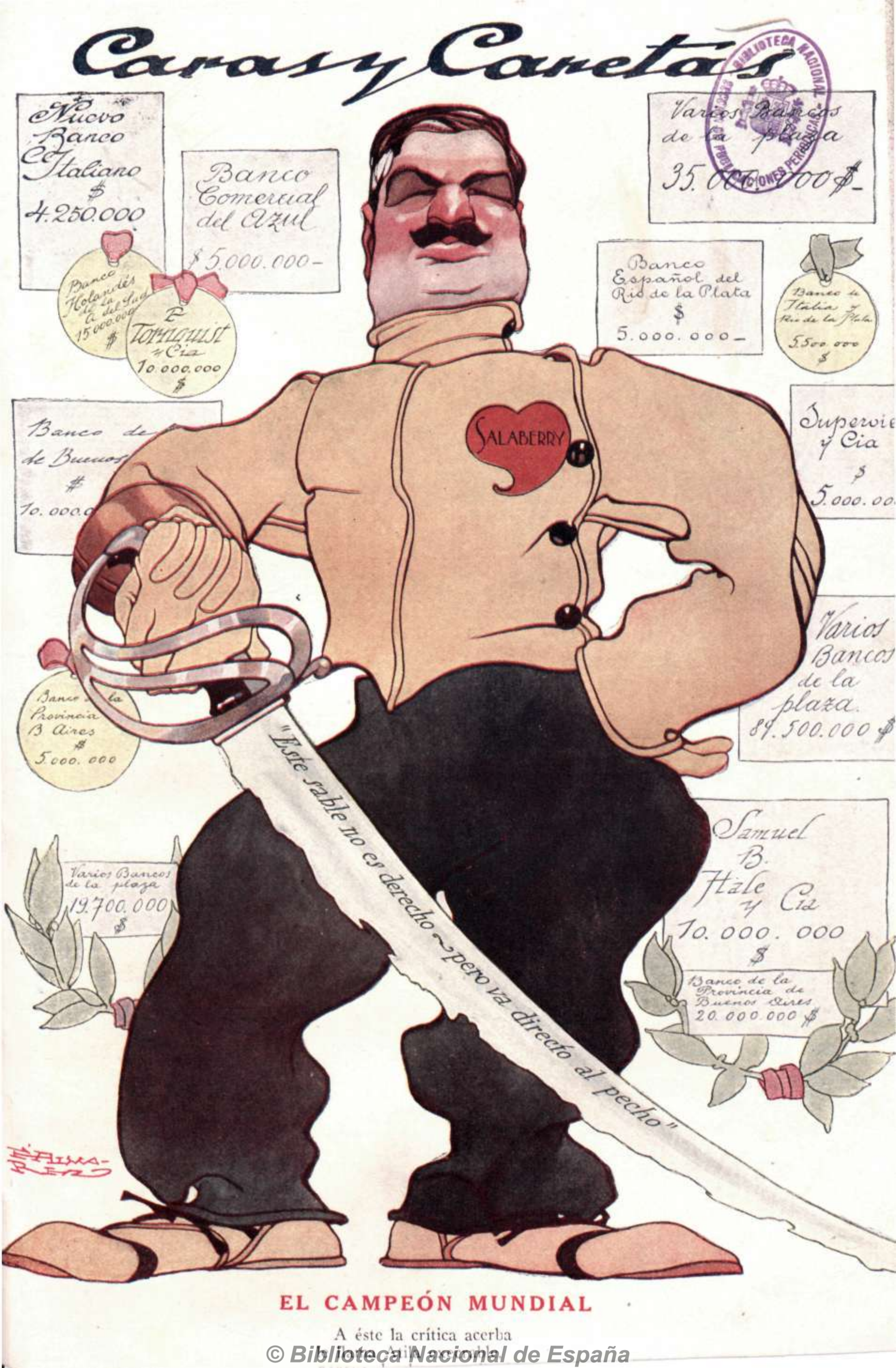


EL CAMPEÓN MUNDIAL

A éste la crítica acerba

COMENTARIOS

—Algo grave le ha ocurrido
al ministro Pueyrredón.
—¿En qué se lo ha conocido?
—¿No ve que se le ha torcido
la raya del pantalón?

* * *

En La Plata, el señor Tal,
(nada de nombres) pintor
que actualmente es radical
y antes fué conservador,
sigue pintando muy mal.
Si el retrato a tal artista
le encargan, probablemente,
pintará ¡Dios nos asista!
a Ugarte radicalmente
y a Crotto como ugartista.

* * *

Están determinados
fabricantes de masas indignados.
Y a Salaberry con miradas hoscas
contemplan hoy sabiendo
que piensa sacar plata estableciendo
una contribución sobre las moscas.
Dejemos a esa gente
que censure al ministro con fiereza,
y averigüemos esto, solamente:
¿son, efectivamente,
las moscas una fuente de riqueza?

* * *

Los diputados se tratan unos a otros poco amablemente durante la sesión.

—¡Qué cosas ocurren *intra cubiculum!* —exclama Salinas, suponiendo arrogantemente que así dicen "en la Cámara" los verdaderos latinistas.

* * *

Dos señoras obesas
ocupan un asiento del tranvía.
Las pobres son tan gruesas
que ninguno al asiento envidiaría.
Una de ellas decía
con semblante risueño:
—¿Qué quiere usted hacerle, amiga mía?
El mundo es tan pequeño...

* * *

Cuando don Hipólito
de su casa viene,
dice: —Buenas tardes.
Y hay algún acólito
que, asombrado, piensa:
—¡Qué talento tiene!

* * *

Salaberry pide plata
y dice cuando la encuentra:
—No está lo malo en pedirla;
lo malo está en devolverla.

* * *

—Desde el primer piso en que vivía —se lamenta un inquilino— he ido mudándome a los demás, hasta llegar al último; y la economía ha sido ilusoria. Conforme he ido subiendo me han subido el precio del alquiler. Ya no me queda más recurso que vivir en la veleta de la casa.

* * *

—Es económico y sano
el puchero cotidiano;
pero ¡ay! es lo general
cansarse tarde o temprano
del puchero conyugal.
Dijo un marido, y tal cosa
que creía muy chistosa
hoy le causa indignación,
porque sabe que su esposa
es de la misma opinión.

* * *

Al mirarle, el otro día,
un lapidario decía:
—Es Crotto, si no me engaño.
¡Qué ñata! ¡Lo que valdría
un rubí de ese tamaño!

* * *

Es "interpelación" voz argentina
tanto como lo son "mate" o "zapallo",
por eso nadie a comprender atina
que la oye el mismo Gallo
y se le pone carne de gallina.

* * *

La señora lee los telegramas. Y llega a uno titulado "Japón. —La carestía del arroz".

—¡Dios mío —piensa afligidísima— todo eso va a acabar subiendo los precios de los polvos para la cara! ¡Esta guerra no respeta ni lo más sagrado!

* * *

Cierta tiple de zarzuela
parece siempre distinta,
porque la cara se pinta
al óleo y a la acuarela.
Y en su afán de transformarse
y de ser perpetuamente
joven, linda y atrayente,
va a acabar por niquelarse.

* * *

El bozo se afeita en vano
cierto joven culterano.
Se le debe recordar
que no por mucho afeitar
amanece más temprano.

* * *

—A mí me fastidia extraordinariamente el modo de pintar de ese muchacho.

—Pues él admira mucho los cuadros de usted.

—Lo que prueba que los dos tenemos muy buen gusto.

* * *

"Sabe que no sabe" alguno, —
piensa un ministro. —Se ve
que valgo más que ninguno,
pues yo ignoro que no sé.

Correo sin estampilla

B. — Buenos Aires. —

Sea holandés o alemán,
esta es la contestación:
¡Cómo macaneas, «van!
¡Cómo macaneas, «von»!

T. G. — Buenos Aires. —

Como ocurre a menudo, es posible que sean
el dibujo muy malo y los versos muy buenos
o el dibujo muy bueno y los versos muy
[malos,
o muy malo el dibujo y muy malos los versos

Krus. — Buenos Aires. —

Más bien fastidio que enojo
produce esa lamentable
sensiblería en remojo,
ficticia e inaguantable.

C. T — Buenos Aires. — Fué a parar al canasto. Para sacar de allí el artículo, va usted a verse obligado a entablar demanda por desalojamiento. No le queda otro recurso.

G. D. — Buenos Aires. —

Lo que relata será en vascuence
casi genial.
Pero a nosotros no nos convence
su heterodoxia gramatical.

B. I. S. — Buenos Aires. —

Hay autores que deleitan,
sin cansar, todo un decenio,
y que de pronto se afeitan
el bigote y el ingenio.

A. C. P. — Buenos Aires. —

No está mal que trates,
de la «ubicación»
de tus disparates
en fermentación.

C. A. P. — Buenos Aires. — Está equivocado al suponer que aquí hay colaboradores cuneiformes, es decir, a fuerza de cuñas.

G. B. D. — Buenos Aires. —

Esa imposición dogmática
es digna, por lo estrambótica,
de una institutriz clorótica,
displicente y antipática.

F. B. — Buenos Aires. —

«Pudiera yo, ¡oh Vagas Ideas un momento!
seguiros cual mariposa al néctar de una flor».

Da miedo imaginarse lo que haría usted allí. De seguro se pondría a desatinar sin freno en el «néctar» de la flor infeliz.

S. B. — Quilmes. —

«Creerás que soy tan bobo, mujer,
que no comprenda que tu aparente cariño...»

Ignorábamos que Alfredo de Musset hubiese resucitado en Quilmes. Confesamos que ahora mide mucho mejor los versos que antes.



ASUNCION.—Los invitados al «diner bleu», con que el señor ministro del Brasil y la señora Laura Ch. de Nacimiento Feitosa, han inaugurado una serie de fiestas a cual más encantadoras, en su residencia. Actuó de Reina de la Belleza la señorita Anselmita Heyn. Los recuerdos de la grata fiesta perdurarán en el ánimo de los concurrentes a ella.


Polvo Graseoso
LEICHNER
No sólo conserva el cutis, sino que le imprime una suavidad extraordinaria y una frescura juvenil; por cuyo motivo es hoy preferido por todas las damas elegantes que saben apreciar el valor de su belleza natural.
A su vendedor exíjale el verdadero y legítimo LEICHNER y no otro.
VENTA EN TODAS PARTES
Representante:
En Asunción (Paraguay)
GUILLERMO PERONI
Benjamin Constant esquina Ayolas

Casino

Un número extraordinario.— El chimpancé Carlitos, imitador de Charlie Chaplin.

El lunes pasado ha realizado su debut en el teatro Casino, el original chimpancé «Carlitos», desempeñando el principal rol de una interesante pantomima, imitando con rara perfección y justeza, al célebre bufo americano.

Repetidas veces en el citado coliseo fueron presentadas originales atracciones ejecutadas por monos, pero ninguna de ellas ha logrado despertar tanto interés, como las desopilantes pantomimas del chimpancé «Carlitos».

Es realmente maravillosa su labor artística. Al presentarse en escena *es todo un* distinguido personaje que viste correctamente, camina, fuma, come y bebe como un ser racional, ejecutando al mismo tiempo una serie de divertidos trucs cómicos, que dan





la impresión exacta y real de una chistosísima farsa de Charlie Chaplin.

Aparte de sus raras y excepcionales condiciones artísticas, «Carlitos» es un hermoso ejemplar de chimpancé, de tres pies y medio de altura y de una curpulencia que pasa de lo normal. Es originario del sud del continente africano, tiene seis años y medio, de los cuales tres en cautividad.

Su presentación en las principales ciudades europeas y americanas, ha causado sensación motivando él más vivo y creciente interés. Posee una rara inteligencia y una intuición sorprendente. Es tal su docilidad que un niño puede manejarlo a su antojo. El chimpancé «Carlitos», será el número predilecto de las familias y el ídolo del mundo infantil, que concurre asiduamente a las matinées familiares de jueves y domingos. The New York Dancing Revue, por las 10 Girls Americanas, en su novedoso acto de cantos y bailes; Kennedy et Kramer, campeones mundiales de zapateo; Louis Chetam et Co., virtuoso musical; Mis Elmina, hermosa equilibrista, de soberbia plasticidad, etcétera, etc., complementan eficazmente el monumental programa de nuestro primer music-hall. Un párrafo especial merecen las matinées de los días sábados, dedicadas a la colonia anglo-americana, que tan extraordinario éxito han alcanzado.



En los salones del «Círculo de Aragón», durante el gran festival dado en honor y beneficio de la diminuta y gentil tonadillera, la niñita Amelia Petrone. La fiesta terminó con un baile familiar.



LIQUIDACION

No deje de aprovecharlos, todavía está a tiempo para economizar dinero.

TRAJES a . . . . $ 35.—
confeccionados en casimires de muy buena calidad, gustos de gran aceptación y modelos de moda.

SOBRETODOS a. . . . . $ 48.—
confeccionados en casimires ingleses, muy bien terminados, forros de calidad extra, modelos de última moda.

CAMISAS a. $ 2.90
en telas riquísimas, blancas o de color, muy amplias y terminación perfecta.

MEDIAS a . . . . $ 0.80
negro firme, calidad extrafuerte, reforzadas; tenemos en todas las medidas.

BOTINES a . . . . $ 11.90
de potro charolado, con caña de becerro mate o paño fantasía, hormas cómodas y de moda.

SOMBREROS a . . . . $ 6.90
en castor fino, forma "Orión", forro de seda, en negro y colores de moda.

CREDITOS
Acordamos créditos, a pagar en 10 mensualidades, sin recargo en los precios y sin cobrar interés. Pidan informes

M. ZABALA
= Bme MITRE Y ESMERALDA



BIBLIOGRAFÍA

"Educación moral" (Tres repiques), por Agustín Alvarez. Edición de La Cultura Argentina.

"La madrileña", por Alberto Insua. — "Así vivimos", por Luis de Tapia. Biblioteca Renacimiento. — "Lo que debe saber todo joven para vivir su vida".—"El libertador Bolívar y el Deán Funes", por J. Francisco V. Silva. Biblioteca Ayacucho. — "Las confesiones de Federico Muga", por Luis G. Bilbao. — "¿Qué es la electricidad?", por Blas Cabrera. Edición Residencia de Estudiantes. Rep. Agencia General de Librería y Publicaciones.

"Las dos quimeras", por Otto Miguel Cione. Edición El Cuento Ilustrado.

"Radium", su aplicación para la curación del cáncer, por el doctor Zacarías Guzmán.

"Nosotros". Número dedicado al doctor Carlos Octavio Bunge.

"Flor de durazno", solo para piano, por Gilda Muriel, a beneficio de la Liga Antituberculosa.

"El triunfo argentino", vals boston, composiciones musicales por Cataldo Vinci.

"Boat Club", tango para piano, por Rosita Melo.

"La lectura", por Víctor Mercante. Editor: Cabaut y Cía.

"Carmencita", por Leonor del R. de Orlandiz. Edición de La Novela para todos.

"Memorias de Matheu". Editor: Julio Suárez.

EPIGRAMAS

LA CIGÜEÑA

Orillando la laguna
La cigüeña se pasea,
Y a la vez que se recrea,
Pescando se desayuna.
Mas de repente si alguna
Cosa o bullicio la espanta,
Su largo cuello adelanta,
Da tres trancos en la arena;
Y luego... como con pena
Su tardo vuelo levanta.

EDUARDO GÓMEZ LANGENHEIN.

Tremenda contradicción
esconde en sí un sacristán;
¿por qué?... por qué forma con
sus dos extremos: *Sa-tán.*

—¿Por qué el Barón de la Hogaza
Reclama, con tal cinismo,
Protección para la raza
Caballar? — Por egoísmo.

LIBORIO PORSET.

Juan a Domingo reñía
Porque nunca trabajaba,
Y mientras Juan se enfadaba
El buen Domingo decía:
— Yo no debo trabajar,
Estoy, Juan, en mi derecho;
Pues los *Domingos* se han hecho
Sólo para descansar.

VITAL AZA.

¡Matrimonio! Acto fatal,
Contrato bilateral,
Y hasta negocio también,
Que dos que se encuentran bien
Hacen para hallarse mal.

M. OSSORIO Y BERNARD.

Yo le vi a todas horas a mi lado
En casa, en el café,
Tomando parte en todos mis placeres
Y en mis penas también.
Yo le vi ser la sombra de mi cuerpo,
Mi compañero fiel,
Y le vi celebrar mis desatinos
Con fraternal placer.
Yo le vi a la amistad rendir tributo,
Yo le vi demostrándome interés;
Y un día le pedí cuatro pesetas...
¡Y no lo he vuelto a ver!

LUIS TABOADA.

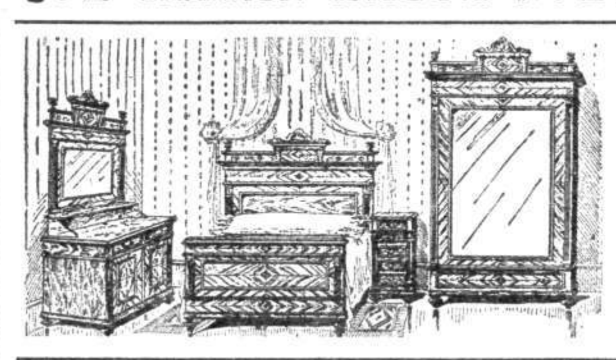
— Ayer se casó Pascual
Cosa que me ha sorprendido.
— A mí no. ¡Si ese perdido
Tenía que acabar mal!

LIBORIO PORSET.

Tuvieron que demandar
Al marqués de la Ensaimada,
Por un quintal de cebada
Que se resistió a pagar.
Y el juez, sin más miramientos,
Al ver al marqués enfrente,
Juzgó el pago preferente,
Como cuestión de alimentos.

LUIS TABOADA.

DESCONFIE DE LAS CASAS
QUE IMITAN HASTA NUESTROS AVISOS.



N.º 200. — DORMITORIO nogal de Italia, Renacimiento, completo con ropero, cama matrimonio, lavatorio, mesa de luz, a $ **245**

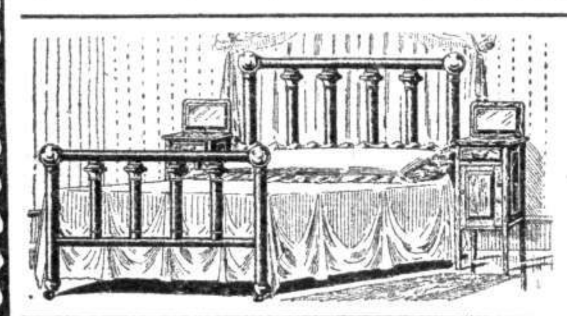
El mismo, con luna chica en el ropero, a $ **230**

N.º 200 bis. — Igual al anterior, con ropero chico y para una persona, a $ **185**

N.º 202. — DORMITORIO nogal de Italia, Luis XIV, completo, con ropero, cama matrimonio, lavatorio y mesa de luz, a $ **230**

N.º 202 bis.—El mismo, con ropero chico y para una persona sola, a .. $ **180**





CAMA de bronce para matrimonio . . . . $ 200

Imponente cama de bronce, con pilares de 5 centímetros de diámetro, de 2 1|2 plazas, norteamericana, garantizada por 20 años, NOVEDAD, a .... $ **200**

Camas de bronce, para colegiales, a............... $ **100**

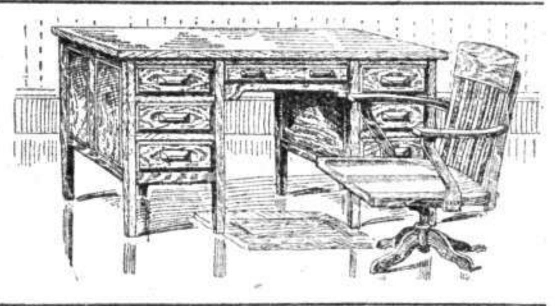
LAS DOS PIEZAS, $ 150

Un ESCRITORIO de roble, a .... $ **120**

Un SILLON giratorio, a .... $ **55**

Un sofá, dos sillones y cuatro sillas, para OFICINA, a $ **150**

LA EXPOSICION DE ESCRITORIOS MAS VASTA DE BUENOS AIRES.



VISITE DEPARTAMENTO MODELO.

Corrientes, 1145



Facilidades de pago en la Capital.

PEDIDOS AL INTERIOR

Gratis Catálogo Nº 17

FUNDADA EN 1853

Enlaces



Señorita Zulema Bosch, con el señor José Carracedo Núñez — Capital.



Señorita Mercedes Picazo, con el señor Rómu o Pietranera — Santa Fe.



Señorita Clara Teresa Sala, con el doctor José A. Piccinali — Capital.



Señorita Luisa Spaducci, con el señor Asdrúbal Vique — Capital.



Señorita Rosa Molinari, con el señor Antonio Juan Verlini — Capital.

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, una vez por mes publicaremos una sucinta bibliografía y juicio crítico de los libros que hayan aparecido en ese tiempo.



Lucía de Miranda, *por Alejandro R. Cánepa.* — El amor a la tradición es ya una buena cualidad en un escritor, y ese amor lo tiene el señor Cánepa en alto grado, porque está convencido de que los pueblos deben buscar en el pasado la explicación de sus fenómenos actuales y aún de su porvenir. El episodio, tan hermoso como trágico, de Lucía de Miranda, ha proporcionado al señor Cánepa asunto apropiadísimo para una novela histórica, en la cual ha trazado, para encuadrar convenientemente ese episodio, un cuadro animado y coloreado de la estupenda empresa hispana que fué la conquista de este nuevo mundo. Ya apreciado por otros escritos, el señor Cánepa, en *Lucía de Miranda* ha confirmado las espectativas que los entendidos habían fundado en aquéllos.

Patagonia. — Mucho se ha escrito sobre la Patagonia; pero parece que esta obra, que acaba de publicar la Sociedad Científica Alemana, puede considerarse como una de las más valiosas contribuciones al conocimiento de esa región, en la cual el pueblo argentino ha de encontrar quizá los elementos fundamentales de su porvenir. Los autores de las diversas partes de la obra, todos especialistas, han tratado las cuestiones a ellos encomendadas, con criterio rigurosamente científico y con aquella prolijidad y paciencia que son características de su raza. Y a los méritos propios de esos trabajos, hay que agregar la espléndida presentación material de la obra, que la completa hermosamente.



Los Presidentes Argentinos, *por Ismael Bucich Escobar.* — La falta de pretensiones de esta obra es indudablemente la mejor de sus cualidades. El autor se ha limitado a la exposición de los hechos, y ha escrito un libro muy útil, en el cual no falta, por lo demás, cierto espíritu de crítica fundamentado en un sincero patriotismo. Obras de esta clase son necesarias entre nosotros, y particularmente a quienes tienen, en una u otra forma, alguna misión educativa, pues precisan hechos que suelen desvanecerse en la neblina de la literatura grandilocuente, creando apreciaciones falsas, cuyas consecuencias son, a veces gravísimas. Escrupulosamente documentada, bien construída, bien escrita, la obra del señor Bucich Escobar merece estar a la mano de todos los que se preocupan de las cuestiones en ella expuestas.

Sistema «Ulled». — Don Santiago R. Ulled, justamente alarmado por el desarrollo del cuatrerismo, y dueño de la experiencia ganada en su larga actuación en la policía de la provincia, ha ideado un ingenioso y práctico sistema para combatir el cuatrerismo e identificar el autor o autores de ese delito, sistema que ha presentado en calidad de proyecto al Poder Ejecutivo Nacional. Dada la importancia del asunto, es de esperar que la obra del señor Ulled sea tenida en la consideración que merece, a fin de que se intente siquiera concluir con la verdadera plaga que es el cuatrerismo en nuestros campos.

De Avellaneda



Grupo de concurrentes a la tertulia celebrada en los salones que el «Club Pueblo Unido» posee en la calle Mitre. Como se preveía la fiesta patrocinada por la prestigiosa asociación, resultó llena de interés, reinando un gran entusiasmo.



Toda persona
tiene la edad que representa.

* * *

Algunas recetas caseras y sencillas para conservar la BELLEZA JUVENIL

por Charlotte Rouvier

* * *

Barrillos grasientos y porosos

EL nuevo tratamiento del cutis del rostro por el sistema del baño espumante de la cara, extirpa instantáneamente los puntos negros, grasas y poros que nos afean. Es inofensivo por completo, agradable y de un efecto inmediato. Todo lo que tiene usted que hacer es echar una tableta de stymol (de venta en las farmacias y droguerías) en un vaso de agua caliente, y tan pronto como haya desaparecido la efervescencia que se produce, bañe usted su cara con este líquido. Cuando se seque usted encontrará que los puntos negros han salido de su guarida para ir a morir en la toalla, que los poros de su cara se han contraído y que también ha desaparecido la grasitud, dejando el rostro liso, suave y fresco. Este tratamiento debe repetirlo usted con intervalos de varios días, para asegurarse de que ese primer resultado se convierte en realidad permanente.

Las canas. — Remedio casero

SON muchas las razones para que consideremos a las canas como huéspedes molestos, y muchas también las que nos hacen aborrecer el uso de los tintes. Y, por otra parte, no hay razón para tener canas si no queremos tenerlas. Devolver el color natural a las canas es realmente la cosa más sencilla. Basta comprar en la botica dos onzas de tammalite y mezclarlas con tres onzas de ron o espíritu de laurel. Aplíquese la loción a la cabellera por medio de una esponjita durante algunas noches, y las canas irán desapareciendo paulatinamente. Este líquido no es pegajoso ni grasiento, ni tampoco produce daño de ningún género al cabello. Ha estado en uso durante generaciones que han conocido la fórmula, con los más satisfactorios resultados. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

Manera de hacer desaparecer un cutis malo

LOS cosméticos nunca mejoran un cutis malo; con frecuencia son positivamente dañinos. La manera racional es quitar el velo apagado mortecino de la cara y dejar que la nueva piel debajo pueda salir y respirar mostrando su frescura y juventud.

La mejor manera de hacer esto es de una manera muy sencilla. Póngase en la cara cera pura mercolizada por las noches lo mismo que se pone el cold cream, y lávese por las mañanas. Cera buena mercolizada puede obtenerse en cualquier botica importante. Absorbe la cutícula desfigurante, de una manera gradual y sin dolor, dejando un cutis natural y brillante. Naturalmente, también quita todas las imperfecciones de la cara, como manchas rojas, palidez, barrillos, tostaduras del sol, etc., etc. Como quitador de pecas y hermoseador general del cutis, este antiguo remedio no tiene rival. Tengo entendido que el producto genuino se vende solamente con un envoltorio de cartón blanco, con las palabras en inglés "pure mercolized wax", impresas en azul.

Para extirpar las raíces del vello

LAS damas a quienes contraríe el crecimiento de pelo superfluo, deben saber que hay un medio de hacerlo desaparecer, no sólo temporalmente, sino de matar por completo sus raíces. Para este propósito basta aplicar porlac puro pulverizado a la parte donde se haya presentado ese huésped molesto. Este tratamiento se recomienda porque borra instantáneamente el vello y además extirpa para siempre sus raíces de tal manera que el vello no vuelve a hacer su aparición. Una onza de porlac, que puede usted comprar en cualquier botica, es suficiente para el caso.

El atractivo de los Cabellos Abundantes

LA belleza del cabello contribuye poderosamente al magnetismo personal de damas y caballeros. Lo mismo las actrices que las damas de la sociedad elegante, están siempre a la mira de cualquier producto inofensivo que aumente la natural hermosura de su cabellera. El remedio novísimo es usar stallax puro como shampoo a causa de la brillantez, suavidad y ondulación que produce en el pelo. Como el stallax no ha sido usado nunca antes de ahora para este efecto, sólo lo reciben los droguistas en paquetes con sello original, conteniendo cada uno cantidad suficiente para veinticinco a treinta lavados de cabeza. Una cucharadita de las de café llena de los olorosos gránulos del stallax, disuelta en una taza de agua caliente, es más que bastante para cada shampoo. Beneficia y estimula grandemente el cabello, además del efecto embellecedor que le produce.

Nuestros inventos. — Caja fuerte insumergible

A principios de junio del corriente, se realizó en el puerto de Nueva York, la prueba de una caja de valores insumergible, experimento que produjo gran sensación, y al que se concedió la importancia debida.

En 20 de julio de 1917 se patentó en Buenos Aires, con el número 13.855, un invento de caja insumergible, destinada al salvamento de valores y correspondencia en los buques. Un modesto obrero naval de Zárate es el inventor del artefacto. Este aparato puede ser colocado en cubierta, bajo cubierta, o sitio que sea más conveniente para el buque, en una cabina especial, cuya construcción combinada permite que en el momento del naufragio, salga el aparato automáticamente sin el menor esfuerzo.

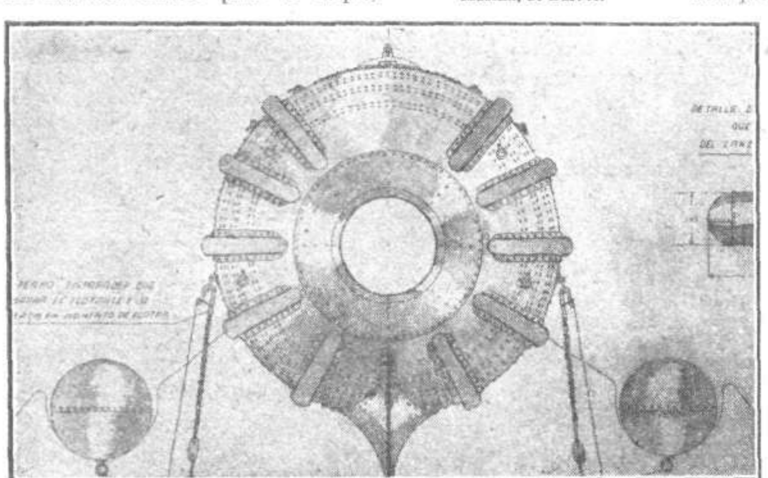


Ernesto Rossi, obrero del Arsenal de Marina, de Zárate.

Si no se pudiera colocar dicho aparato bajo cubierta, será colocado en la cubierta misma, sobre una base construída para el caso, y retrincado con cadenas o cables de acero.

El aparato se soltará automáticamente de sus amarras, para flotar en las olas en caso de naufragio.

En la superficie del aparato hay una lámpara eléctrica, de muchísima duración que se enciende en el momento de salir el aparato del buque.



La caja.

Podrán guardarse en la caja los libros y documentos del buque mismo; esto será de gran utilidad en caso de no quedar ningún sobreviviente del buque náufrago.

En el momento de salir el aparato de la cabina en que está encerrado, desparrama también una gran cantidad de pequeños boyadores especiales, que podemos llamar «Salva Vida», porque están preparados para este fin, y cada uno de éstos puede tener una persona a flote con mucha facilidad.

Los dos inventos tienen suma analogía, por no decir son análogos; la diferencia principal estriba en que el nuestro es anterior, puede reclamar la primacía; pero... el de Norte América se ha realizado.




Polvo Grasoso Brissac.
PARIS
El gran triunfo alcanzado por nuestro Polvo Grasoso Brissac, se debe exclusivamente a que sus componentes son purísimos y de primera calidad, por eso es **legítimo.** Sin mezcla y sin composición química que desvirtúe sus altas cualidades de adherencia e invisibilidad; de ahí su gran aceptación. $ 1.40 la caja.
En venta en todas las buenas Tiendas, Perfumerías y Farmacias.
Unicos concesionarios: L. AUBERT Y CÍA.
CHILE, 1958-72 — Unión Telefónica, 7260, Lib.
Rogamos a nuestros favorecedores observen si lleva impreso el nombre registrado en la tapa, debajo de la caja, además de la faja de garantía.
Parfumerie Hygienique
Polvo Grasoso de Brissac · Paris
POUDRE GRASSE de BRISSAC
BRISSAC
PARIS
PARFUMERIE HYG

De Quilmes

Señoritas y niñas que actuaron en el festival artístico celebrado a beneficio de la Cruz Roja Aliada, bajo la dirección de la señora V. B. Garret.



Sumario del número 28 de

PLVS VLTRA

que aparecerá el 31 del corriente.

Portada: El hombre de la pipa, óleo de Sánchez Barbudo. — Estados Unidos: Galería de Júpiter. — Arizona: El bosque petrificado. — Colorado: Jardín de los Dioses. — El ganador, gouache de Zavattaro. — El arte de la platería en América, por Antonio Pérez-Valiente. — Preparando las redes, óleo de Joaquín Sorolla. — Regalos de boda, por Antonio Cañamaque, dibujos de Alvarez. — Dancing-tea, por Roberto Gerchunoff, dibujos de Alonso. — La amita, óleo de Ana Weiss. — Un matrimonio de artistas, por Víctor Andrés. — El tren de carga, por R. Rovira Vilella, dibujo de Peláez. — Cisnes blancos y negros, por Eugenio Díaz Romero, dibujo de R. Riambau. — Fin de temporada: a la última de abono, gouache de Alonso. — En la Estancia de San Jacinto (Mercedes), fotografía de Alberto del Solar Dorrego. — Iglesia de la Merced (Santa Fe). — Metamórfosis: Las raíces del roble, por Enrique de Leguina, dibujo de Petrone. — Estilos criollos: Facilidad para el pago, por Severiano Lorente, dibujo de Zavattaro. — Oro, por Albino Dardo López, dibujo de Centurión. — En el puerto: Los nuevos astilleros, oleo de Alberto M. Rossi. — La funesta manía de pensar, por C. García Landa, dibujo de Guido. — Tormenta en San Martín, aguafuerte de A. Bosco. — Una vista del barrio de Chamberí (Madrid), óleo de Enrique Martínez Cubells. — El maestro Marinuzzi. — Páginas femeninas: La cabeza de Arcilla, por Luisa Israel de Portela, La belleza, por María Rosario Ledesma. Cruzando el río, por Sara Blixen. Encuesta, por Fanny Coverton de Woodgate y M. Graciela Baliero. — Una ciudad provinciana, por Arturo de la Mota, dibujos de Sirio. — Problema difícil: La elección de sombrero, gouache de Alvarez. — Amber: Interior del palacio. — Modas.









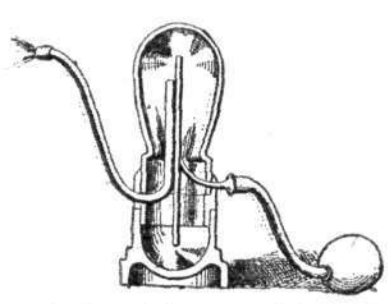
De Bahía Blanca

Concurrentes al festival artístico-literario, verificado en la iglesia anglicana, a beneficio de la Cruz Roja Británica.


BIZCOCHOS CANALE
BIZCOCHOS
CANALE
ESPECIALES PARA
TE, CHOCOLATE Y VINOS AÑEJOS
El
de los niños

Inventos, recetas y procedimientos útiles

NUEVO PULVERIZADOR DE AIRE COMPRIMIDO



Consta de dos recipientes: uno inferior, directamente relacionado con la bombilla compresora del aire y que constituye el pulverizador propiamente dicho, y otro superior, que recibe el líquido ya pulverizado y del cual parte el tubo que comunica con el exterior.

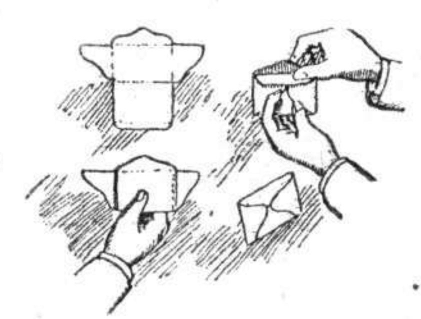
Una importante ventaja resulta de dicha modificación en los pulverizadores de aire comprimido y es la extremada sutilidad de las partículas que salen al exterior, puesto que las más voluminosas, se van precipitando en forma de gotitas en el fondo del aparato.

SE QUITAN LAS MANCHAS DE ACEITE de los papeles y pergaminos, quemando y pulverizando huesos de carnero y frotando con ellos las manchas por sus dos lados. Después se coloca el papel o pergamino manchado entre dos tablitas para prensarlo, y en ellas se deja durante un día.

SE DA COLOR A LOS PISOS DE LADRILLOS, de tierra cocida o de madera, frotándolos con un pincel empapado en tinta de escarlata, sin pasar sobre ellos. Después se les echa mina de plomo negra o rojiza, y se frota el piso pasándole luego una brocha.

LA ESCRITURA CON LÁPIZ se hace imborrable si se pasa con un poco de goma líquida o con un poco de leche fresca.

NUEVO SOBRE PARA CARTAS



Se corta el papel en la forma que indica la figura; se dobla aproximadamente por la mitad siguiendo la línea punteada, y se adaptan en seguida las dos alas laterales. Después de cerrar con goma la parte interior del sobre, quedan las extremidades del papel sujetas de tal modo, que resulta imposible abrirlo tirando por la parte inferior.



Ya se termina

el plazo acordado para la remisión de soluciones al

GRAN CONCURSO

dedicado a los consumidores del delicioso "TE SUIZO", aromático, estomacal y laxante.
SOLO QUEDAN TRES DIAS *para que pueda usted obtener fácilmente algunas de las*

109 libras esterlinas

que distribuiremos según las sencillas condiciones que explicamos a continuación y cuya base principal consiste en recortar las letras de las palabras "TE SUIZO", que sirven de título a este aviso y pegarlas sobre un papel de manera que formen una taza.

Cada una de las siete letras del encabezamiento de esta página, lo mismo que las comillas, acento y punto, corresponden a una fracción de la taza que se debe componer, siendo por lo tanto sumamente fácil pegarlas unidas de manera que todas ellas den la forma del artículo indispensable para tomar el saludable "TE SUIZO".

Por los cortes especiales de cada letra es fácil pegarlas entremezcladas, y con la inclinación que corresponde para hallar la formación de la taza.

En poder del Escribano Público, señor Francisco E. Collazo, Avenida de Mayo, 733, hemos depositado, en sobre cerrado y lacrado, la taza completa, formada con las letras recortadas tal como lo explicamos y de acuerdo con la cual se hará la aceptación de las soluciones que remitan los consumidores del "TE SUIZO".

Cualquier persona puede enviar a este concurso cuantas soluciones desee, siempre que cada recorte, completado según las instrucciones que anteceden, venga acompañado de la cédula de garantía con la firma de P. Soldati y Cía., que lleva en su interior cada caja de "TE SUIZO".

No será tomada en cuenta toda solución que llegue sin la cédula a que hacemos referencia.

El primer obsequio será adjudicado a la persona que haya acertado con la exacta solución, o en su defecto, a la que más se aproxime.

En caso de ser más de una las soluciones acertadas, se resolverá, de común acuerdo con los interesados, la forma más equitativa de adjudicar el obsequio.

Este concurso se clausurará el 31 del corriente mes de Agosto.

Las soluciones deben remitirse a P. SOLDATI y Cía., Catamarca y Rivadavia, Buenos Aires, poniendo en el sobre "Concurso TE SUIZO

Detalle de los 100 OBSEQUIOS y forma de distribución de los mismos.

1	obsequio	de	10 libras esterlinas	
3	„	„	5 libras esterlinas	c/u.
5	„	„	3 libras esterlinas	„
25	„	„	1 libra esterlina	„
50	„	„	½ libra esterlina	„

Obsequios de compensación:

A los que manden mayor cantidad de soluciones, — sean exactas o no, — se distribuirán los siguientes obsequios:

1	de	5 libras esterlinas	
8	„	1 libra esterlina	c/u.
12	„	½ libra esterlina	„

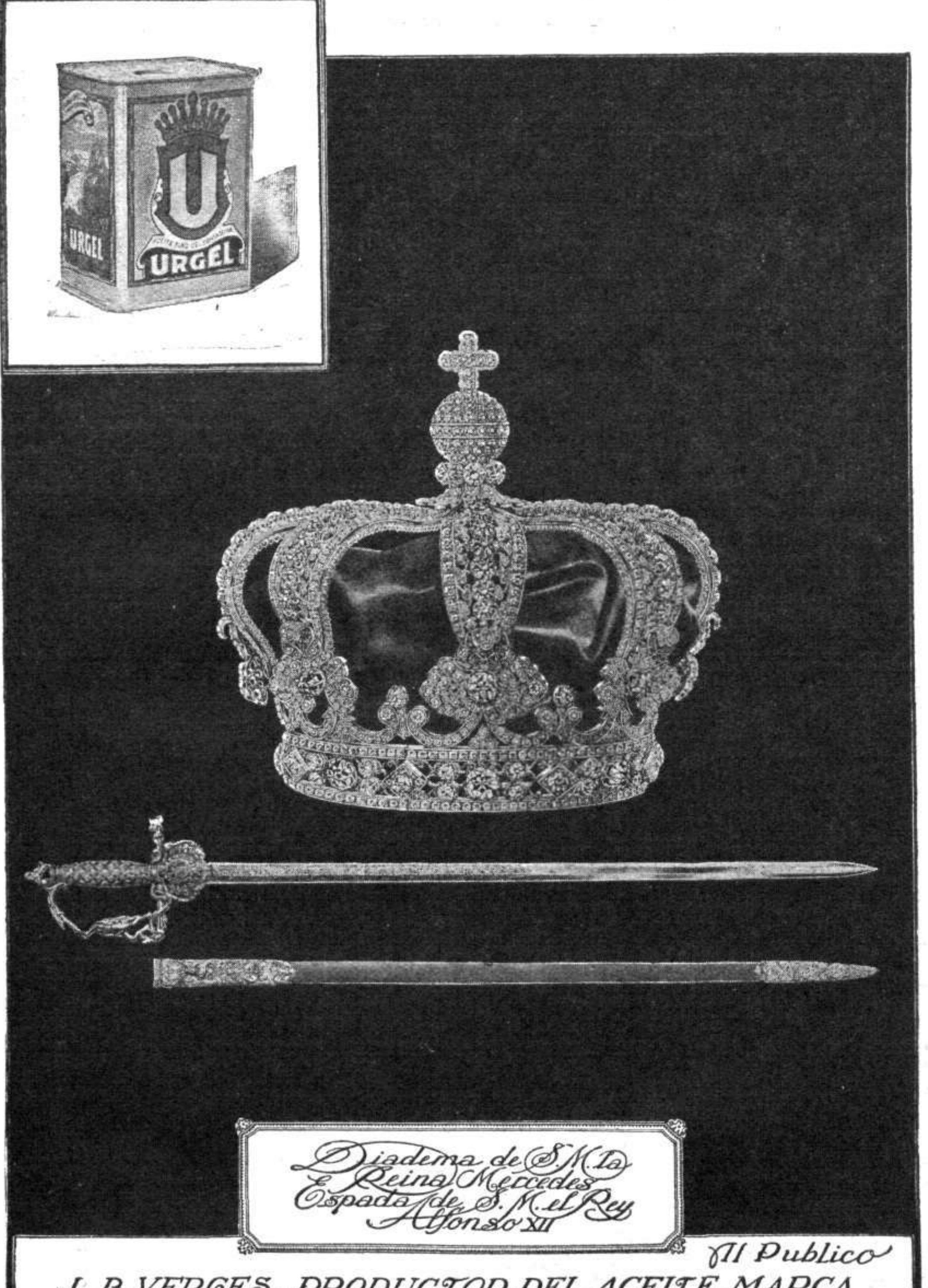
«TE SUIZO», se vende en todas las Farmacias.

UNICOS DEPOSITARIOS:

P. SOLDATI & Cía.

DROGUERIA SUIZO - ARGENTINA
CATAMARCA y RIVADAVIA - Bs. Aires

Fiesta íntima realizada en la casa del doctor Eduardo Rezábal, celebrando un acontecimiento de familia.


URGEL
URGEL
Diadema de S. M. la Reina Mercedes
Espada de S. M. el Rey Alfonso XII

CONSULTORIO DE CARAS Y CARETAS

Todas las preguntas que se nos hagan respecto a Artes, Ciencias, Historia, Geografía, Curiosidades, etc., serán contestadas en esta sección. — Las preguntas deben ser formuladas en forma breve y clara; las publicaremos con la firma y domicilio del remitente. — Confiamos en la buena voluntad de nuestros lectores para que cuando sepan algo de lo que se pregunta, envíen la respuesta, que publicaremos con la firma del remitente.

N.° 1365. — ¿En qué año quedaron abolidos los instrumentos de tortura, en nuestro país?

JACINTO PLATA—Jujuy.

La Revolución de Mayo, a la vez que llevaba escrito en su programa la emancipación del territorio de las Provincias del Río de la Plata y el credo político de la sociabilidad argentina, rompía con todas las tradiciones del pasado. La asamblea, instalada en Buenos Aires, el día 24 de marzo dicta una ley para que sean destruídos por mano del verdugo, los instrumentos que habían servido para dar tormento a los hombres; y en este día memorable se da cumplimiento a la ley, en la Plaza Mayor y ante un inmenso pueblo, haciendo pedazos, pieza por pieza, esas horribles máquinas de tortura, inventadas por el genio del mal para hacer odiosa la existencia y hasta para hacer dudar de la bondad de Dios... Al acabar el verdugo de inutilizar esos malditos instrumentos que habían servido en la época del coloniaje, el pueblo prorrumpe en un grito de júbilo. La libertad, los derechos y la dignidad del hombre se acaban de revelar con un hecho práctico.

———o———

N.° 1366. — ¿Por qué se dice una familia "cursi", qué origen tiene ese dicho?

JOSÉ GARAY — Capital.

Hace muchos años que en una de las ciudades de Andalucía moraba una familia, parte de la cual la componían varias hermanas que, vistiendo lujosamente, lo hacían, empero, con pésimo gusto y ridícula afectación atendidas las leyes de la exigente, despótica e inexorable moda. Unos cuantos jóvenes de buen humor pertenecientes a las clases más distinguidas de aquella localidad, aficionados a burlarse hasta de su propia sombra y que para entenderse mejor en sus reuniones privadas, habían adoptado un lenguaje especial, tan sólo de ellos conocido, consistente por lo regular en el uso de la metátesis, dieron en llamar cur-si a toda aquella persona que en su modo de vestir lujoso, pero desgarbado, era una viva imitación de aquellas señoras; bien así como a todo objeto chocarrero e inelegante, aun cuando de valor; de donde, repetido un día y otro dicho término, llegó a hacerse en breve de un uso común y corriente, hasta el extremo de verse precisada la Academia Española a darle cabida en las columnas de la última edición de su "Diccionario".

———o———

N.° 1367. — ¿Quién fué el autor del himno religioso "Dies Irae?"

JUAN JOSÉ ALVAREZ. — Capital.

Este célebre himno, cuya poesía y ritmo son conmovedores, se atribuye a un fraile franciscano llamado Tomás de Celano, muerto por el año 1255.

La gran belleza de la composición fué causa de que se atribuyese a Gregorio el Magno.

Otros dicen que su autor fué San Bernardo, y no falta quien adjudique la paternidad a dos notables poetas religiosos: Humberto y Frangipani.

Sin embargo, hoy día los críticos están conformes en que su verdadero autor es Tomás de Celano.

———o———

N.° 1368. — En realidad, ¿de qué color es el cielo?, ¿es azul como lo vemos: o es esto una ilusión de óptica?

PEDRITO. — General Urquiza.

Todo el mundo está perfectamente de acuerdo respecto del color del cielo; pero en lo que difería, hasta hace poco, la opinión de los físicos era en la explicación de su color. Leonardo da Vinci creía que el color azul era una mezcla del color blanco dispersado de los rayos solares y del color negro del espacio comprendido entre las estrellas; Newton la atribuía a corpúsculos flotantes en el aire, tales como gotas finísimas de agua que por reflexión de los rayos solares producían las coloraciones de las láminas delgadas y pompas de jabón, percibiéndose solamente el color azul; otros lo atribuyeron más tarde al ozono contenido en el aire; hubo otras muchas teorías, pero la que parece prevalecer hoy es la de lord Rayleigh. El demostró que los rayos luminosos atraviesan un medio lleno de muy numerosas partículas opacas, con tanta mayor facilidad cuanta mayor sea su longitud de onda, más fuertemente dispersados serán los rayos emergentes en todas las direcciones. Un tal medio debe aparecer rojo o amarillo, visto por transparencia en la luz que lo atraviesa, puesto que la longitud de onda disminuye del rojo al violeta y así aparecen efectivamente el Sol y la Luna cerca del horizonte. El humo de un cigarro toma un color rojizo o azulado según se le mire, alumbrado por transparencia o por reflexión. El papel de partículas opacas puede ser llenado por los polvos impalpables que están siempre en suspensión en la atmósfera, pero también por las mismas partículas líquidas o de vapor y por las moléculas de los gases constituyentes. El color azul del cielo no es más, en resumidas cuentas, que el color natural de cualquier medio turbio.

———o———

N.° 1369. — ¿Quién descubrió el Japón?

JOSÉ PAÚL. — Rosario.

Es creencia general que Marco Polo, el famoso viajero del siglo XIII, fué el primero que reveló la existencia del Japón al resto del mundo, y que los primeros europeos que pisaron este archipiélago fueron unos portugueses en la primera mitad del siglo XV; pero no es difícil probar que ambos asertos son falsos.

Respecto al conocimiento de la existencia del Japón, si no se tenía en Europa, entre los árabes existía ya mucho antes de Marco Polo. En el siglo IX los árabes ya hablaban de una isla próxima a China, y tributaria de ésta, que según toda probabilidad era una de las del Japón, y en los "Segundos Anales Japoneses" se hace mención de algunos árabes, hombres y mujeres, que se establecieron en el país hacia aquella misma época. Aun antes, los comerciantes musulmanes debieron saber que existía el Japón; los mismos "Segundos Anales" refieren que en el año 753 hubo en la corte de China una disputa entre el embajador árabe y el embajador japonés acerca de quién debía ocupar el asiento más honorífico en un banquete celebrado el día de año nuevo, y por el "Hokuhen Zuihitsu", escrito en el siglo XVIII, sabemos que desde los comienzos de la Edad Media había relaciones entre los japoneses y los persas.

En cuanto a los primeros europeos que llegaron al Japón, en una Memoria japonesa escrita en el siglo XV, se refiere que el 22 de junio de 1408 llegó a las costas de la provincia de Wakasa un barco de los "nambans" con regalos para el gobernador, barco que, al regresar a su país, fué sorprendido por una tormenta, y volvió destrozado al Japón el 18 de noviembre, permaneciendo allí hasta octubre de 1409, en cuyo mes, reparada la embarcación, salió con rumbo a China.

El autor de la Memoria no dice fijamente la nacionalidad de los tripulantes; pero el nombre "namban", que significa "bárbaro del Sur", era en el siglo XVI aplicado por los japoneses a los españoles y portugueses que llegaban a sus puertos; así que parece indiscutible que aquellos "nambans" del año 1408 eran también europeos.

———o———

N.° 1370. — En los Estados Unidos, ¿tiene estatua "Búffalo Bill"?

JACINTO GÓMEZ. — Capital.

Los diarios ilustrados de los Estados Unidos hablaron sobre un monumento que pensaba levantarse al coronel Cody, cuyo apodo "Búffalo Bill" se ha hecho célebre en el mundo entero.

El monumento lo va a levantar la ciudad de Denver en lo alto del monte Lookout, desde el cual puede verse una gran extensión de los estados de Colorado, Wyoming, Nebraska y Kansas, que fueron precisamente teatro de las proezas del gran coronel de escuchas. Una carretera conocida con el nombre de Lariat Trail (el Rastro del Lazo), conduce hasta el punto mismo en que se ha de colocar la estatua. Esta será de proporciones gigantescas y tal vez polícroma, y representará a "Búffalo Bill" a caballo, con el rifle al brazo y examinando el horizonte.

———o———

N.° 1371. — ¿Cómo se reparan los zapatos de goma?

ESTUDIANTE. — Capital.

Lo mejor es proceder como si se tratase de la reparación de las cubiertas de bicicletas, valiéndose al efecto de soluciones que se venden en todas partes. Lo esencial es tener presente que para pegar una suela nueva a unos zapatos de caucho, es necesario dar primero una capa muy débil de la solución, extender a seguida otra nueva más fuerte cuando la primera está casi seca, y prensar bien después de haber calentado ligeramente la suela. Con estas soluciones está probado que se adhiere el cuero al caucho, admirablemente.


PHILIPS
ARGA
PHILIPS ARGA
TIPO ½ WATT
la mejor lamparita

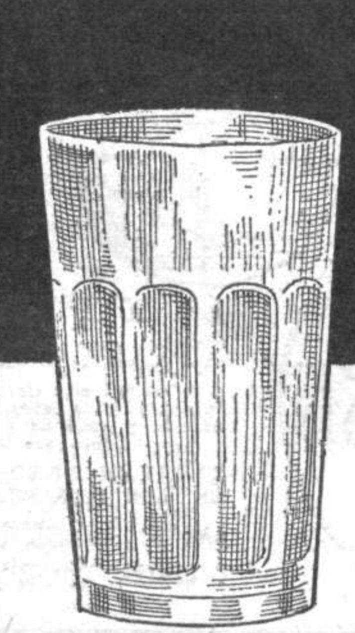
De San Nicolás

Banquete celebrado en honor de los estudiantes cordobeses, que recientemente visitaron la ciudad.



Preferido por
sus excelentes
cualidades
tónicas





CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XXI — BUENOS AIRES, 31 DE AGOSTO DE 1918 — N.º 1039

El niño está kabrero



—¿Qué tienes, hijo mío?
—¡Estoy triste, muy triste, papá!
—¡Eso es que estás enamorado! ¿De quién?
—De la señorita Paz.
—Es tarde; no nos lleva el apunte.

Dib. de Alonso.

Combate de Caraguatay

21 de agosto de 1869

El tratado de la triple alianza estableció que el ejército en operaciones en el Paraguay fuera mandado en jefe por el presidente de la República Argentina, general don Bartolomé Mitre. Pero habiendo ocurrido la muerte del vicepresidente don Marcos Paz, el general Mitre se trasladó a Buenos Aires en enero de 1868, a hacerse cargo del gobierno. Al mando del ejército argentino quedó el ministro de guerra y marina general don Juan Andrés Gelly y Obes. Concluído el período presidencial del general Mitre, el 12 de octubre de aquel año, ocupó ese mismo día el alto cargo, Sarmiento, que acababa de llegar de los Estados Unidos, donde había representado a la República como ministro diplomático hasta que fué elegido presidente. El general Gelly y Obes, renunció al poco tiempo el mando en jefe del ejército. La forma en que el presidente Sarmiento encaraba sus relaciones oficiales con aquél, fué causa de la renuncia. Sarmiento, queriendo marcar la orientación de la que podríamos llamar su política militar, nombró general en jefe al general don Emilio Mitre.

Don Emilio Mitre había servido desde su primera juventud la causa de la libertad durante el gobierno tiránico de Rosas. Como sus hermanos, tuvo que expatriarse, tuvo que sobrellevar el destierro y que abrazar la carrera de las armas. Sirvió a las órdenes del general Paz, asistió al sitio de Montevideo, y tuvo la gloria como lo recordaba siempre, de haber disparado el primero y el último tiro de cañón. Estuvo luego en Caseros, en Cepeda y en Pavón, batalla esta última en que una bala de cañón le mató su caballo, en circunstancias en que como lo dijo un orador en su tumba, «se destacó envuelto en una nube de humo que lo cubrió momentáneamente como un nimbo que orlara la imagen de la victoria, gritando con su potente voz que estremeció la tierra, como el estampido horrísono de la artillería: ¡Viva la patria! ¡Adelante!» Fué diputado a la legislatura de Buenos Aires, y en circunstancias en que lo designó Sarmiento para el mando en jefe, después de haber asistido a casi todos los combates de la guerra del Paraguay, se hallaba desempeñando una intervención militar en Corrientes donde había estallado una revolución reaccionaria. La carta en que Sarmiento le comunicó su nombramiento, es un verdadero «spécimen» en su género y muestra el alto respeto y la profunda consideración que recíprocamente se guardaban ambas personalidades. Muestra también, el indiscutible placer que sentía Sarmiento en dar órdenes a los generales aunque salvando siempre el alto concepto de su investidura. La carta es de fecha 23 de diciembre de 1868 y está encabezada con estas palabras: «Excmo. señor general en jefe del Ejército del Paraguay, brigadier general don Emilio Mitre». Luego dice: «Mi estimado general y amigo: Ya verá por el encabezamiento, de qué se trata. Haga la maleta y marche al Paraguay. Hice todo lo posible por entenderme con Gelly. Dentro de diez años, seis hombres como yo, Vélez, Gainza, Varela, Gorostiaga, Avellaneda, dirán, «no hubo intención, propósito, deseo, de ser desagradable a Gelly». No nos explicamos lo que sucede. Todos le eran afectos, con más o menos concesiones. Yo, el que menos, podía decir nada en contra. Su reclamo sobre admisión de propuestas en una carta confidencial, habría sido atendido, aún sin hallarlo fundado; pero hacerlo como «cuestión de honor», como que decidiría de la suerte de su vida, era poner en cuestión la autoridad del presidente y yo no puedo hacer concesiones a este respecto». Se extiende sobre el particular haciendo mención de la correspondencia cambiada con el general Gelly, de la que le envía copia al general Mitre, y luego dice: «En fin, marche al ejército. Necesito que se mueva: organicemos. Allí encontrará los rudimentos de nuevas reformas que quiero introducir. Sus notas sobre cosas de Corrientes, son muy buenas; se han publicado. Hoy estuvo el general Vedia a verme. Le ofrecí hacerlo jefe de Estado Mayor, si creaba ese empleo. Déme su parecer a ese respecto. Quiero organizar, responsabilizar, regularizar. ¿Es ese el hombre? ¿Lo completa a usted, si así lo necesita?» Al llegar la respuesta del general Mitre a Buenos Aires, se creaba el Estado Mayor del Ejército y se designaba jefe del mismo al general Julio de Vedia. En cuanto a la carta transcripta, de la que suprimimos muchos párrafos, dada su extensión, termina en esta forma: «Escribíle a Gelly al principio pidiéndole me indicase todo lo que creyese realizable en mejoras del servicio, economías, etc. Me contestó que dados los hábitos adquiridos, la rutina, etc., nada podía hacerse. Un jefe nuevo se halla en otro temple y puede innovar, y dejando pesar sobre usted la responsabilidad del acierto, lo conjuro y conmino para que proponga todo lo que juzgare del caso teniendo por base que quiero pagar y hay poquísimo con qué hacerlo; ergo, economía; que quiero que tenga la república ejército, ergo, — disciplina, — honor, — deber. Le recomiendo a Varela. Quedo su afmo amigo D. F. Sarmiento.»



Teniente general don Emilio Mitre.

El general don Emilio Mitre marchó, en efecto, de inmediato a ponerse al frente del ejército. Al poco tiempo entraban bajo su mando las tropas en la Asunción, se organizaba el gobierno provisional del Paraguay y se entregaba sus banderas en fiestas solemnes a las legiones de patriotas paraguayos que combatieron contra el tirano de su patria. López estaba en derrota. Se batía en retirada al frente de sus últimos soldados. Al llegar el ejército a los montes de Caraguatay, el general en jefe nombró jefe de vanguardia al coronel brasileño don Carlos B. de Olivera Nery. Este avanzó al mando de fuerzas brasileñas y argentinas, trabó la acción contra su ejército y lo puso en fuga. Toda la artillería quedó en poder de los aliados, así como un número crecido de prisioneros. Los partes oficiales recomiendan el comportamiento de la caballería brasileña que dió repetidas cargas con singular denuedo y el de los coroneles argentinos Ayala, jefe de la infantería y Alvarez, jefe del regimiento general San Martín. Es un detalle pintoresco y trágico de la acción la salvación por las fuerzas de la Alianza, de numerosas familias que en la mayor miseria y casi muertas de hambre habían sido obligadas por López a seguirlo en su marcha a través de montes y bañados.

Es éste uno de los últimos combates de la guerra del Paraguay, a que se lanzaron los aliados para defenderse de ataques a su soberanía y lograr la conclusión de una tiranía repudiada por inmensa parte del pueblo paraguayo. Durante toda la guerra, se respetó en absoluto la soberanía del país hermano, y cuando fué posible organizar en él un gobierno formado por sus hijos así se resolvió como antes queda dicho, ratificándose la lealtad de propósitos que inspiraron a nuestros ejércitos victoriosos.

M. de Vedia y Mitre.



MI PRIMER ESTRENO

Fué un diálogo escolar, cuando aún la escuela proyectaba su sombra sobre mí; pero nunca le consideré, magüer su éxito y su rápida popularidad, mi verdadera iniciación en el teatro.

Mi primer estreno fué, en realidad, una obra: un drama comprimido, con «tesis» y todo lo demás. Se titulaba «Los Rebeldes» y en el título se puede leer el asunto. Fué en aquella época nuestra, en la que un nuevo ideal, un extraño viento de rebeldía envolvió a casi toda la juventud más o menos intelectual o más o menos bohemia de Buenos Aires. En la época en que Florencio Sánchez andaba con los pantalones rotos, Calcagno con la barba larga y Martínez Cuitiño escribía rapsodias paganas y tomaba café con leche.

Arrastrado por la vorágine, yo mezclaba mi «filosofía» del seminario con mis lecturas de Malatto y Kropotkine. Por una extraña o por una sarcástica asociación de ideas y de circunstancias me atraían poderosamente el «pan nuestro» de la oración judaica con «la conquista del pan», del príncipe ruso. Sostenía el personaje central de «Los Rebeldes» que siendo la vida todo amor y todo reciprocidad, no debería devolverse con «odio» de los «más» el «egoísmo» de los «menos»; y la obra entera resultaba un apostólico canto de esperanza y de optimismo; una especie de prédica tolstoiana con todas esas características de misticismo y rebeldía que yo acaso acababa de recibir en la lectura de «Crimen y Castigo», «La escuela de Asnaía Palyana», etc.

La piecita fué rechazada en el Teatro Apolo por «Anarquista», según el informe del asesor, con el paternal consejo de que me dejara de escribir «macanas». Un cuadro filodramático la prohijó, entonces, y una noche, — en plena huelga ferroviaria, — la estrenó en un teatrucho de Belgrano, ante una sala repleta de obreros huelguistas, divididos en dos tendencias antagónicas: «anarquistas» y «sindicalistas». ¡Había que ver en aquellos tiempos lo que significaban esas palabritas!...

Entre gritos, insultos y siseos se desarrolló la interpretación de la pieza, hasta que, al final, el ambiente era de bofetadas como se dice. Tuve la infeliz ocurrencia de salir a escena y rebalsar la copa y la función terminó en la comisaría para unos y en la enfermería para otros!...

Una profunda desilusión sustituyó al entusiasmo del principio y juré no escribir más para «el teatro.»

Pero, reaccionando en serenidad y buen sentido, pensé que el teatro podía ser, — y lo es, — un admirable agente de propaganda de ideas y de principios; que, por lo mismo que es un recuerdo de la vida, podía ser para el espectador un medio de reconocer en él, la propia existencia, — que su parte de actor le impide apreciar debidamente, — idealizada o corregida por la moral o el talento superior del autor que la estudia en la ficción escénica, a la manera de un espejo inteligente que nos reflejara con nuestras bellezas y nuestros defectos... Y aquello, que en mi primitiva ignorancia me parecía un descubrimiento propio, concluyó por afirmarse en mí, cuando ví y leí el maravilloso teatro de los nórdicos y de algunos franceses.

De ahí, mi manía de querer hacer «teatro de ideas», — que tantos fracasos como vapuleos me ha valido. Y de ahí ese convencimiento mío, — erróneo acaso, pero de cuya sinceridad no tolero que nadie dude, — de que nuestro teatro si ha de ser nacional por algo, más que por las costumbres que describa ha de serlo por las inquietudes que refleje o por las tendencias que señale.

JOSÉ GONZÁLEZ CASTILLO.

GUILLERMO II Y CASTELAR

UNA PROFECÍA QUE SE CUMPLE

Poco tiempo antes de ascender al trono imperial de Alemania Guillermo II, el eminente hombre público don Emilio Castelar, corresponsal de "La Nación", en aquella época, discurría en una de sus notables correspondencias quincenales acerca de los graves trastornos políticos que acarrearía al equilibrio europeo, la ascención al trono del que sería "horroroso déspota para Germania y para Europa espantable azote"; y al concluir sus terribles recelos sintetizaba su profecía sobre la inevitable guerra con estas palabras: "¡Qué naufragio para la civilización europea!..."

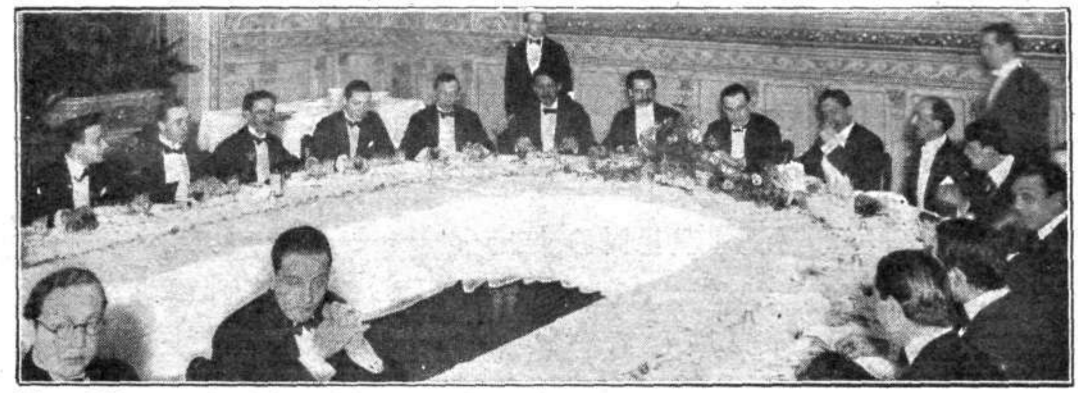
¡El fatídico vaticinio demoró en cumplirse, pero en qué forma atroz hase cumplido! Acaso la clarividencia del preclaro pensador, aun suponiéndola una verdadera catástrofe para el mundo civilizado, no imaginó todos los pavorosos horrores y las indecibles calamidades de la más espantosa guerra que ya cuenta cuatro años de exterminio.

cando todo una verdadera catástrofe. Y he aquí la triste condición de los poderes personales y de las instituciones familiares: el dolor causado por la enfermedad incurable del Príncipe Imperial se aumenta con los recelos terribles del carácter atribuído por la opinión universal a su hijo, en quien todos ven a un horroroso déspota para Germania y para Europa espantable azote. Serán quizás infundadas aprensiones, tales sospechas; pero todo el mundo juzga la guerra encendida, en cuanto ascienda sobre los cadáveres de su malogrado padre y de su viejo abuelo el Príncipe Guillermo al trono imperial. Bajo tan triste pensamiento, cierro esta carta y me despido en esta quincena de vosotros. ¡Qué naufragio para la civilización, una guerra europea! Queda vuestro afmo. amigo,

EMILIO CASTELAR.

Reproducimos como una curiosa nota de actualidad, la última página de esa correspondencia de Castelar, que conserva nuestro colaborador, el doctor Martiniano Leguizamón.

En el "Club del Progreso"



Cabecera del banquete con que fué obsequiado, por un núcleo de amigos, el conocido pintor señor Rodolfo Franco, festejando los recientes éxitos obtenidos con sus cuadros.



El señor José de Lossada, conde de Ornessant, capitán de artillería del ejército español, llegado recientemente a Buenos Aires, donde dará unas conferencias sobre asuntos militares.



Escena final de la comedia del señor José León Pagano, estrenada con éxito en el «Teatro Argentino».

93.° aniversario de la independencia del Uruguay



Cabecera del gran banquete celebrado por los residentes uruguayos, en el salón de fiestas del «Club Oriental», conmemorando la gloriosa fecha. A los postres, pronunció un patriótico discurso el doctor Juan A. Golfarini, presidente de la institución, hablando luego el doctor Pedro O. Luro, en nombre de los argentinos presentes en la fiesta.

Té de beneficencia



Distinguidas personas, que concurrieron al té danzante dado por la «Asociación Presbítero Alberti», en los salones de la Exposición Rural, con el propósito de arbitrar recursos para la niñez desvalida y en edad escolar.

En la Escuela Normal de Profesores



El Ministro de Instrucción Pública, doctor Salinas, y parte de la concurrencia que asistió al acto organizado por la dirección de la citada institución, a fin de poner de relieve los beneficios que reporta la enseñanza del idioma italiano en las escuelas secundarias y normales, y los que ya se obtienen del curso inaugurado en ese establecimiento.

El profesor doctor Octorino Bonfanti, pronunciando su elocuente y extensa disertación sobre la historia de la literatura clásica italiana.

"Treinta años de mi vida"
por E. Gómez Carrillo

(Continuación)

III

EN EL COLEGIO

Cuando, al cumplir yo los 14 años, mis padres se dieron cuenta de que no sabía más que leer y escribir, decidieron encerrarme como interno en un colegio. Era necesario domarme, según parece, y como entonces el Instituto Nacional de Guatemala estaba dirigido por un marino español que tenía fama de gran energía, en sus manos de domador acordó mi familia ponerme. Al oir mi sentencia, no sentí ninguna pena. Con dedos ligeros hice mi baúl y sin una queja, sin una protesta, dejéme llevar al encierro. El lobo de mar convertido en dómine de novela picaresca, recibióme armado de una arcaica férula y me examinó, en silencio, con sus ojillos grises que brillaban cómicos y amenazadores, a través de unos enormes quevedos redondos. Desde luego comprendí que entre aquel señor y yo, no podría jamás existir la menor simpatía. El deseaba, evidentemente, inspirarme el santo y saludable terror que constituyó siempre su principio pedagógico. Yo no sentía, ante su rostro de lechuza, sino unas ganas terribles de reir. Muchas veces, más tarde, ante ciertos matamoros con los cuales tuve necesidad de batirme en duelo y que se figuraban poder impresionarme adoptando actitudes feroces, sentí renacer aquella mi primera sensación de risa, y si, por respeto a lo que se llama «el terreno del honor», no solté nunca una carcajada, al menos tuve el gusto de sonreir ciranescamente, contando las estocadas. Mas ante mi futuro domador, no podía, no quería reir. Le había prometido a mi madre ser bueno, ser humilde, ser estudioso, ganar el tiempo perdido en andanzas callejeras... Le había enjugado las lágrimas con mis labios, jurándole que en un par de años haría mi bachillerato... Y dispuesto a cumplir mi palabra, me incliné respetuoso ante la mirada escrutadora del hombre de la férula, y esperé sus consejos. «Al fin y al cabo — me dije — no ha de comerme». Con los lentes me devoraba, midiéndome, pesándome, buscando lo que había en mí de débil, sondeando mi almilla clara, que de seguro a él antojábasele tortuosa. Al fin, esforzándose por parecer más desagradable de lo que era, hablóme de esta guisa:

— Caballerito, entra usted en estas aulas precedido de una reputación poco envidiable y si se le recibe a usted es por el gran respeto que a su hidalga familia se le debe. No ignoro que es usted díscolo, pendenciero, desaplicado, orgulloso, y no agrego nada más por no ser prolijo. El padre Solís, un santo sacerdote, tuvo que expulsarle a usted de su colegio; lo mismo que el señor Esponda de su liceo. Tal vez viene usted aquí con la esperanza de hacerse también expulsar para ir a proseguir su carrera de vago. En ese caso, le prevengo que se equivoca usted. De aquí saldrá usted regenerado, aunque para lograrlo le sea necesario derramar lágrimas de sangre... Escúcheme usted bien...

* * *

Mientras el dómine pronunciaba así su pavorosa catilinaria, yo, en vez de temblar, contemplaba un inmenso atlas histórico que tapizaba los cuatro muros de su despacho. Confusamente reconocía las barbas de los faraones, las cabelleras hirsutas de los profetas, las blancas túnicas de los apóstoles... Mi alma predestinada a las largas romerías orientales, gozaba ante las vistas del desierto, ante los alminares de las ciudades musulmanas, ante las palmeras que reflejaban sus penachos en ríos color de rosa.

Sin notar mi desdén, el señor domador seguía hablando y mezclaba los consejos a las amenazas... Era preciso, según su teoría, renunciar a toda voluntad y someterse en carne y en espíritu, como los militares y los monjes, a la obediencia ciega.

— ¿Qué sería del orden social sin la disciplina? — gritóme de pronto poniéndose en pie y alzando su férula cual una antorcha.

Por decirle algo y por cumplir mis promesas de santa humildad, le dije:

— Es cierto, señor director... Yo haré todo lo que usted me ordene, y si Dios me ayuda, ganaré el tiempo perdido.

Suavizándose preguntóme:

— ¿Es usted muy religioso?...

Creyendo mentir, contestéle:

— Mucho...

— Bueno, no me meto en eso; aquí la enseñanza es laica... Nada de capellanes... Cada uno su conciencia... Vamos a que le presente a sus profesores...

* * *

Como transcurrió para mí el primer día de encierro, no lo sé... Automáticamente pasé de una sala a otra sala, de una clase a otra clase, de un patio a otro patio... En todas partes encontraba las mismas caras, las mismas sonrisas hostiles, las mismas curiosidades irónicas. De manera confusa, dábame cuenta de mi fama, que era una mala fama. Pero todo aquello no me importaba, no me llegaba al fondo del alma, casi no tenía nada que ver conmigo. Más que en un mundo real, figurábaseme estar en un universo imaginario, rodeado de fantasmas de todos tamaños y de un solo color gris, opaco, monótono. Ahora mismo, tratando de evocar aquel hormiguero humano, no distingo, fuera de la caricaturesca silueta del director, sino un largo desfile de fantasmas, altos y flacos unos, envueltos en levitas descoloridas, otros pequeños, otros más pequeños aún. Y todos medrosos, todos obsesionados por la férula del dómine supremo, todos dispuestos a temblar, sin rubor en cuanto oían la voz agria que los hacía moverse cual muñecos. Yo no había leído nada en aquel entonces y sólo tenía de la existencia una noción sentimental y salvaje, en la que se confundían las imágenes suaves de las chicas bonitas, con un instintivo desdén por la seriedad de los hombres formales. En el fondo, no creo haber cambiado mucho andando el tiempo... Hoy como ayer, a pesar de mis penas, de mis meditaciones, de mi experiencia y de mis canas, no logro dar una importancia muy grande a las cosas que preocupan en general a los hombres. Sólo que hoy mi sonrisa suele ser amarga, mientras hace treinta años era fresca y alegre, o suavemente melancólica. Ni el lobo marino que de tan mala manera me recibió, pudo inspirarme odio. Yo me daba cuenta de su injusticia, de su crueldad, de su falta de razón. Yo le juzgaba indigno de inspirar cariño. Sin embargo, no me parecía detestable sino grotesco, y en vez de odiarlo, le tenía algo de lástima. Sin saber por qué, estaba seguro de que sus manos peludas no se atreverían nunca a golpearme...

* * *

Pasaron ocho días, diez dias... Yo me sometía mecánicamente a los reglamentos, haciendo lo que hacían los demás. Mis profesores, que conocían mi renombre de travesura y que esperaban mi primer desmán para tratarme «con una dureza militar», parecían algo desconcertados, ante mi obediencia franciscana. El director mirábame de reojo con mayor interés que a los demás alumnos. En cuanto a mis compañeros, pasado el primer movimiento curioso, me consideraron como a cualquiera otro, como un número más, como una nueva víctima de la suerte. Yo mismo, apenas le daba importancia a mi situación y creo que ni siquiera sufría mucho del encierro. La idea que poco a poco había penetrado en mi cabeza de que era indispensable estudiar para llegar a ser algo, animábame en mi tristeza de prisionero y me obligaba a asistir a los cursos con un vivo interés. La geografía me apasionaba en sus rudimentos de cabos, islas y oceanos. La historia también y también la física. Sólo la gramática me aburría casi tanto como me aburre ahora con su inutilidad teórica y sus complicaciones absurdas. Al tercer día de clase, uno de mis maestros me dijo:

— Póngase en pie y dígame lo que expliqué ayer.

Timidamente, con temblores en la voz, le recité su propia lección en los propios términos que él había empleado. Mi memoria era grande y mi atención no desmayaba. Habíame propuesto hacer mi bachillerato en dos años y creo que lo habría conseguido, a no ser mi mala suerte, que había decidido en sus misteriosos designios que yo no tuviera nunca un título académico. Más tarde, es cierto, la Academia Española de la Lengua se sirvió elegirme miembro correspondiente. Enton-

ces *fué mi mal carácter el que tuvo la culpa de que tamaño* honor, que a todos les dura hasta la muerte, a mí no me durara sino unos meses. Por no ser colega del señor Cotarelo, en efecto, puse mi dimisión, y la docta compañía, indignada, decidió, «en vista de que no había precedentes de un acto igual», no tomarla en cuenta y borrarme de la lista de sus miembros. Por *descuido no más, ese pobre nombre mío sigue figurando* en las primeras páginas del léxico oficial, entre los de algunos uruguayos doctos y algunos castizos mexicanos. Lo que me hubiera interesado, en todo caso, era ser bachiller, nada más que bachiller, ya que así se lo había prometido a mi mamá...

¡Mi buena mamaíta!... Ella fué, sin quererlo, la causa de mi gran desgracia universitaria...

* * *

Un jueves, en efecto, el inspector de la sala de estudio se acercó a mi pupitre y me dijo:

— Salga al locutorio, doña Josefina lo llama.

Corrí hacia la fría estancia de nuestras recepciones y me senté en el suelo, a los pies de mi madre, como lo hacía antes *en mi casa, como lo he hecho más tarde*, tantas veces. Ella me acariciaba los rizos castaños y me hablaba, lentamente, de nuestro hogar, de nuestra familia, de nuestras flores. Yo la oía y la contemplaba, palpitante de triste júbilo, jadeante de emoción. Jamás me había parecido tan bella con sus dos grandes ojos de ámbar que nunca se abrían completamente, como para no dejar escaparse el dulce sueño que acariciaban; con su boca a la vez triste y burlona; con su cabellera ondulada de un extraño color de hierro enmohecido; con su óvalo largo y pálido siempre muy triste. ¡Cómo amaba y cómo admiraba yo a mi madre! Observando mis mimos, mi hermana Luz solía decirme: «Tú estás enamorado de mamá». Y era cierto. Había en mí algo más que un amor de hijo por aquella divina mujer, había un fervor algo celoso, una ternura infinita, un entusiasmo religioso, que me hacía besarle las manos durante largos instantes sin pronunciar una palabra. Y como aquella tarde, en la penumbra del locutorio, su gracia de madona parecíame más admirable que antes, yo se lo decía tratando de hacerla reir. Pero ella conservaba su tristeza y pronunciaba frases que me llegaban al alma.

— No sé — murmuraba — si he sido buena o mala al encerrarte aquí... Tú no quieres quejarte por no aumentar mis remordimientos... Yo siento, sin embargo, que no puedes ser dichoso en esta cárcel... Por la noche, cuando me acuesto, se me figura que te veo llorar en tu cama y tus lágrimas me torturan... No me ocultes nada...

Yo no era desgraciado. Mas aunque lo hubiera sido, jamás lo habría confesado ante tanta pena. Así, pues, riendo, bromeando, le juré que me hallaba en el colegio mejor que en ninguna parte. Luego, solemnemente, cómicamente, agregué:

— Dentro de dos años seré bachiller y hasta doctor si tú quieres...

Ella se marchó consolada y yo me dirigía cabizbajo hacia mi sala de estudios, cuando el terrible dómine de la férula salió a mi encuentro y con voz dura exclamó:

—¡ Cree usted que esa es manera de sentarse en una aula!... Aquí no estamos en el campo... ¿No sabe usted para qué se han hecho las sillas?... Otra vez que lo vea a usted acurrucado como un perro, le impondré el castigo que merece...

Yo tenía el corazón tan lleno de la imagen de mi madre, que ni siquiera me sentí herido por tales palabras. Sin contestar incliníme y seguí mi camino, melancólico...

* * *

En la tarde de aquel día, en los instantes sublimes en que el cielo del trópico se ilumina de luces color de rosa y color de oro, sentíme tan triste, tan aislado en medio de mis compañeros, que por primera vez experimenté esa lástima de mí mismo que luego, en la vida, me ha causado tantos ratos de amargura. Exaltando mis males íntimos con orgullo diabólico, decíame a mí mismo, como si me dirigiera a un ser sin consuelo:

— Es cierto que no hay en el mundo nadie tan infeliz como tú... Eres prisionero y te hallas rodeado de enemigos que te detestan... En vano cierras los ojos para no darte cuenta de las envidias que inspiras, de los rencores que suscitas... ¿No notas que te has convertido en el blanco de todas las malas miradas?... Pobrecito de ti... Por más esfuerzos que hagas, jamás lograrás pasar desapercibido como tus otros compañeros... Llevas en ti una maldición astral que te coloca siempre en el centro del universo para que los demás seres giren a tu derredor señalándote con el índice airado...

Hablándome así, exasperando así mi vanidad adolescente, *acariciando así mis nervios enfermizos*, llegué a sentirme el pecho cargado de sollozos, el corazón lleno de lágrimas, y para no dar el espectáculo de mi dolor a los niños que jugaban en el patio, refugiéme en un lejano jardín hasta el cual llegaban, por encima de unas viejas tapias coloniales, los ruidos vespertinos de la calle, con sus divinas alegrías de libertad. Instintivamente *mis ojos llorosos contemplaron* la escalerilla del jardinero... Pero la imagen de mi madre apareció entre un ramillete de laureles floridos, recordándome mis promesas de sumisión y mis miradas huyeron en el acto de las tentaciones de independencia... Era preciso resignarme, callar, soportarlo todo, estudiar, ser bachiller... Al fin y al cabo, aun en el caso de escaparme, ¿a dónde demonios podía ir?... En mi casa, a pesar del amor de mis padres, mi existencia sería imposible. Pensar en otro colegio más suave, más humano, sin férula, sin lobo marino, sin atmósfera de miedo, resultaba ilusorio. ¿Qué colegio quedaba, del cual no me hubiesen expulsado?... Y renunciar al estudio, era como renunciar a la vida, al porvenir, a la ventura tranquila... Para alejarme de los malos pensamientos, para no oir las voces callejeras que parecían decirme: «ven, ven, tú no has nacido para vivir en la cárcel», decidíme a volver hacia el patio donde jugaban mis compañeros. Al llegar al fin del jardín, encontré la verja cerrada. Y sobre la verja, leí un letrero verde que rezaba: «Queda prohibido, bajo pena de cuatro domingos sin salida, penetrar en el parque...»

* * *

¿Qué hacer ante aquella nueva desgracia inmerecida?... Mi juicio sereno aconsejábame llamar, excusarme invocando mi ignorancia de la dura ley, inclinarme bajo el sino fatal, sufrir el castigo que me amenazaba... Pero al mismo tiempo mi instinto comprendía que era en vano luchar contra la suerte, que había algo de providencial en la existencia que me impedía y me impediría siempre seguir el camino ordinario por el cual llegan los hombres a la meta de sus anhelos, que todos mis esfuerzos se estrellarían un día u otro contra algún inesperado rompiente... «¿Para qué oponerte a lo inevitable — decíame una voz misteriosa y amarga, — para qué atormentarte en peleas estériles contra lo que está escrito en el libro de tu sino, para qué ir contra la corriente que ha de llevarte, quieras o no, hacia donde debes ir?...» Y a medida que las iluminaciones del poniente se apagaban, los ruidos de la calle crecían como para aumentar mis tentaciones de libertad. Figurábame que entre aquellos muros me faltaba aire. Tenía urgencia, una urgencia física, de respirar fuera del colegio, de correr, de ir en busca de aventuras, de ver rostros felices, de reir, de vivir, en suma. ¡La vida!... Ha sido siempre mi pasión desenfrenada. Por vivir, por no tener lazos que me aten a un solo sitio, he renunciado mil veces a situaciones envidiables. Pero ningún paso loco me ha costado nunca *tanto cual aquel primer salto que me alejó* de mis ensueños de bachillerato. «Resígnate, domínate, hazlo por mí» — murmuraba en la penumbra, entre los laureles y los rosales, la imagen pálida de mi madre. En mi alma salvaje y tierna, los sentimientos encontrados, daban una batalla desgarradora. Yo era el centro del mundo a mis propios ojos, y todo giraba en torno mío. Si el sol se escondía, era para proteger mi fuga... Si la escalerilla del jardinero estaba ahí, era porque una mano de misterio la había querido colocar al alcance de mis manos. Si la calle cantaba, era para celebrar mi independencia. Si la cancela del patio estaba cerrada, era porque Dios, pensando en mí, sólo en mí, lo había decidido así... No pude más. Me subí a la tapia, esperé un momento en que no pasaba nadie y me dejé caer. Ni un solo segundo tuve miedo de romperme las piernas. La providencia, que no sabía ayudarme a ser formalito y estudioso, tenía que protegerme en todas mis empresas aventuradas. Al levantarme del suelo, algo magullado, murmuré: «libre, libre». Y fuí feliz un instante.

(Continuará.)

Partido Internacional de Football

Desempate del "Gran Premio de Honor" Ministerio de Justicia e Instrucción Pública



Saporiti, el guardavalla uruguayo, poniendo fin a un ataque argentino



Isola, haciendo una de sus magistrales atajadas.



Un momento de peligro para la valla defendida por los uruguayos, a raíz de un «corner» shoteado por Calomino.

En la cancha del «Club de Gimnasia y Esgrima», ante un público enorme, se jugó este match de desempate, resultando, después de un reñido encuentro, ganador el team argentino, por dos goals a uno.

En las canchas del "Tennis Club Argentino"



Buscando en el «fixture» el turno correspondiente para entrar a disputar el partido por parejas.



Señoritas y jóvenes formando uno de los numerosos grupos de los que tomaron parte, presenciando el juego, que alcanzó momentos muy interesantes, durante el torneo verificado a beneficio del taller del Santísimo Sacramento.

Emisión menor



Llambías. — Protestan porque me han nombrado profesor de la Facultad de Medicina, cuando sirvo para ello; y en cambio, me dejan hacer los disparates que se me antojan como intendente... y nadie dice nada!



— ¿De modo, que el doctor Salinas se marcha a Córdoba?
Salinas.— Sí; así lo ha ordenado el Presidente; pero, francamente, no sé en clase de qué se me envía a la Universidad.
— ¡Como demoledor!

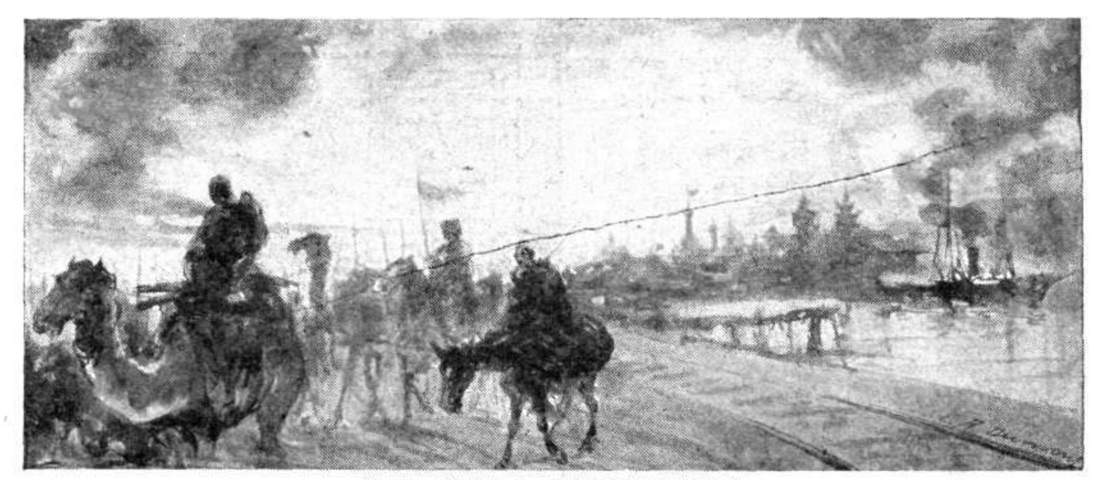


— ¡No se asuste de las bombas, doctor Elpidio! Un mariscal como usted, no debe tener miedo a nada.
Elpidio. — ¡No crea! Estoy en una situación tan política, que me asustan las bombas y los bombos.



— Doctor Giuffra, es usted el hombre más portentoso que se conoce.
Giuffra. — ¿Por qué?
— Es usted director de Correos, interventor en Corrientes, y hasta suena para otros cargos. ¿Cómo puede hacer para estar en tantas partes?
Giuffra. — ¡Con pasaje oficial!

Dib. de Polimani.



LA VIDA ERRANTE

A E. Gómez Carrillo.

¿Por qué con ese tema, particularmente estremecísteis las fibras íntimas de un número de vuestros lectores, echando sobre sus espíritus los tules grises de imprevista melancolía?

Esta vez, ni la mujer, ni el paisaje, ni las crónicas de la guerra, material fueron de que usara el estilista sutil. ¡Dicho sea de paso, que aporte de ática enseñanza destila siempre vuestra pluma!

¿Qué hubo, pues, en el númen o en la prosa, para que tal huella vuestros suspiros dejaran? Atracción que promueve el dolor moral o acaso inquietud que saben pulsar los que virtualmente se entienden sin haberse visto jamás... No precisamente; otra sugestión parece ser la que ha penetrado por los poros de esos cuyas almas habéis dejado mustias. Sabed que escuchándoos han entornado sus párpados y balbuceado cual si fuera un eco de evocaciones predilectas, el vero pero triste decir aquél: «Partir c'est mourir un peu»... Ellos también en alguna ocasión y en vías de alejarse de parajes que vivieran con afán, notáronse heridos por el mismo sentimiento, que para que señalarlo, no con tan bellas palabras supieron expresar...

Vuestra sorpresa se adivina al constatar aquí la existencia de cierto lote de vagabundos natos, emotivos, para quienes nada es comparable a la turbación que se gusta dejando un lugar al que se está apegado, — siquiera sea fugazmente, — por otro que sólo se conoce de nombre y al que aproxima intraductible y misteriosa simpatía ambiente. Por lo demás, como en todas partes, no faltan los que tienen por su programa capital, el desplazarse, aguijoneados por la ansiedad hecha obsesión, que se inicia desde la hora en que se figuran estar maniatados a la expresión geográfica que les da cabida.

¡Pobres!, cuántos quedan sin partir...

Vos que conocistéis allende los mares, lo que hay de más exótico, fascinante y pintoresco, de seguro que si por esos mundos una segunda vez os pilotearan los céfiros caprichosos de vuestra musa, habríais de esquivar más de un sitio, de esos que podríamos llamar escollos para el que va con sus jornadas contadas y cuyo peligro consiste en que pierde el hombre la noción de la marcha y en que puede sin término quedar sustraído para aquellos que bajo el techo paterno, en el hogar o en el cónclave bohemio, miden el tiempo que hace que falta el ausente.

¿Tendríais confianza en vuestro retorno a occidente, si reemprendieséis las andanzas que os llevaron a bordear los lagos azules, a excursionar las campiñas y a parlamentar con las diminutas figuras femeniles, del remoto país de gentes afables y sonrientes, que vulgarmente se conoce por el archipiélago nipón?... ¿Recordáis el clac, clac, clac... que producen los zuecos de la multitud, cuando en las estaciones detiene su avance el convoy que os conduce? ¿Qué naturaleza propia para biombos y abanicos os rodea por todas partes?... Por cierto que repetiríais las exclamaciones de sorpresa y de placer, que son inevitables cuando a boca de jarro se topa con el espectáculo de un semejante de tez cetrina, envuelto en los pliegues de un kimono y recorriendo su plantío de arroz a la sombra de amplio y coloreado quitasol de papel... Y aquellas aldehuelas de techos caprichosos emergiendo de las entrañas frondosas de unos cerros adorables por su tamaño y perspectiva...

Pero cerremos los ojos y siguiendo viaje no los abramos hasta anclar en la bahía que los naturales llamaron de Hong-Kong. ¿No pensáis que es este un paraíso capaz de retener a cualquiera eternamente? La topografía, su exuberante vegetación y el confort que se ofrece al turista, son halagos más que sobrados para explicar la desaparición de un esteta o de un sibarita, del resto del globo...

....

Y aproximándonos a Europa, sin otra hilación que las que conceden los recuerdos hondamente grabados, ¿no es verdad que os extasiaríais por siempre jamás, en la contemplación de lo que encierran los muros de la ciudadela de Agra? La ciudad de los palacios de mármol, asiento y metrópoli de los grandes mogoles, donde se alza la célebre Moti Musjid, la perla de las mezquitas... teniendo por cubierta, su interior, blanco más que blanco, blanquísimo, el cielo transparente de la India. Y el Taj Mahal, el mausoleo de contornos indecibles, fruto de la más exquisita concepción árabe; connubio de amor y poesía que hace latir el corazón cada vez que los labios su gloria repiten...

Sin salirnos de la zona tórrida y realizada la travesía del mar Rojo, vengamos ahora al canal que abre la antigua tierra faraónica, en uno de sus tibios crepúsculos, cuando el aire se impregna de resplandores purpúreos, que pasan a trasfundirse en los arenales y médanos de la costa en la más inmensa sinfonía de rosados pálidos y evanescentes...

... Allí el místico júbilo ante el desfile de las largas caravanas: el beduíno, el camello, el asno... todos de contraluz destacando en el cuadro vespertino sus obscuras siluetas...

Finalmente, lleguemos a Jerusalén, donde cada vara de terreno es como una página petrificada de la sublime epopeya que culminó en la cruz... y en donde más de un caminante que lleva vacío su pecho, carga los elementos con que ha de encender la hoguera de su fe...

Y después de este jadeante y fantástico recorrido insistimos en la pregunta: ¿Estaríais seguro de volver a Europa, si repitieséis vuestra visita, por aquel mundo antiguo, adormecido y vasto?

Antes tendríais impaciencias por conocerlo de un extremo al otro; pero hoy, que estáis saciado de aquel vértigo, ¿qué sucedería?...

Si viajar es vivir, también lo es volver, aunque sólo sea con la mente. Compadezcámonos de los que para sus días tristes o de soledad, no poseen un carnet en que tengan estampadas visiones de oriente, amarguras espirituales, fechas felices...

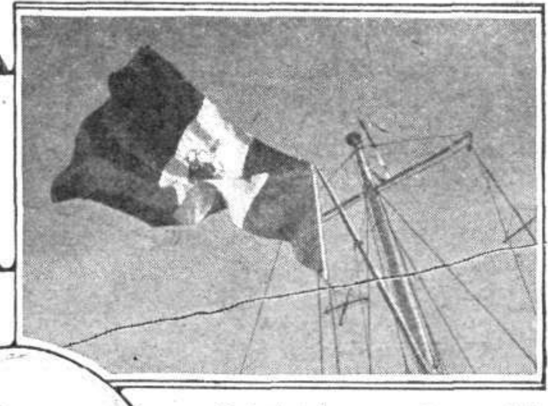
Idos convencido de que aquí quedan quienes os han comprendido; que son los que suspiran con vos, siempre que os ausentáis de donde os ha sido cara la vida e indeleble la emoción...

CÉSAR VIALE.

Dib. de Alvarez Dumont.



ITALIA EN LA GUERRA

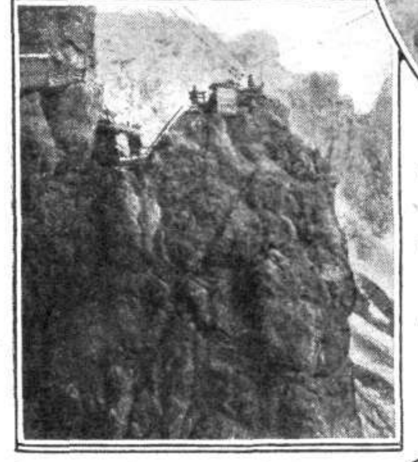


La bandera de una nave de guerra de la marina italiana.

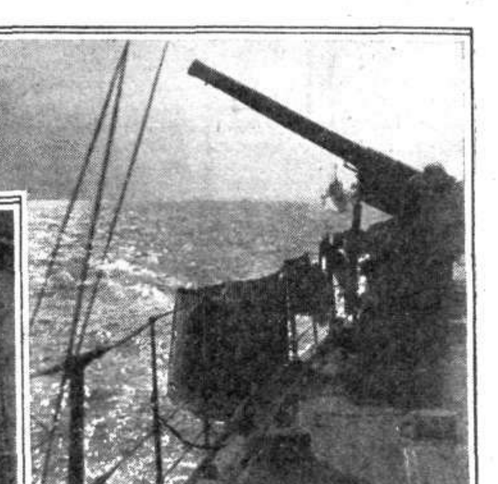
Cuando se escriba serenamente la historia imparcial de la guerra, se hará justicia plena a Italia y a los italianos. Las alternativas de la guerra han encontrado siempre al pueblo de Garibaldi y de Cavour dispuesto a los mayores sacrificios para alcanzar la victoria, que ha de tener como consecuencia la reintegración total de la patria italiana. Y hay que pensar en las especialmente difíciles condiciones en que los italianos hacen la guerra, para apreciar en toda su magnitud su patriótico esfuerzo. Y en los momentos actuales, cuando parte del territorio se encuentra en poder del enemigo, el pueblo italiano está más resuelto que nunca a darlo todo por la patria. Todas sus clases sociales, en un arranque unánime, se han puesto a la obra salvadora; y los resultados ya empezaron a verse con la retirada austriaca a través del Piave. Tan brava es la resistencia en el frente como en la retaguardia; y todos los que han tenido ocasión de visitar el frente italiano, no encuentran palabras con que ensalzar al soldado italiano, cuyo entero ánimo no se ha visto abatido ni por desastres que pudieron parecer irremediables. Por el contrario, la retirada de Capporetto, como que sirvió para aumentar la resolución italiana de luchar hasta que la victoria definitiva de todos los defensores de la causa, que es la causa de la democracia y de la libertad. El soldado italiano ha resistido todos los ataques posteriores, y ha obtenido hermosos triunfos, precursores de mejores días, para la Italia, que tiene reservado tan gran papel en la historia.

Un paso difícil.

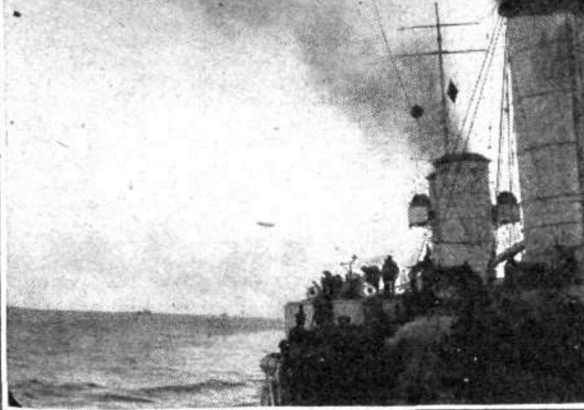
Una trinchera en el frente italiano.



Instalación de la batería en un pico de montaña



Cazatorpedero en servicio de vigilancia.



Una escuadrilla de cazatorpederos, escoltando a un dirigible.

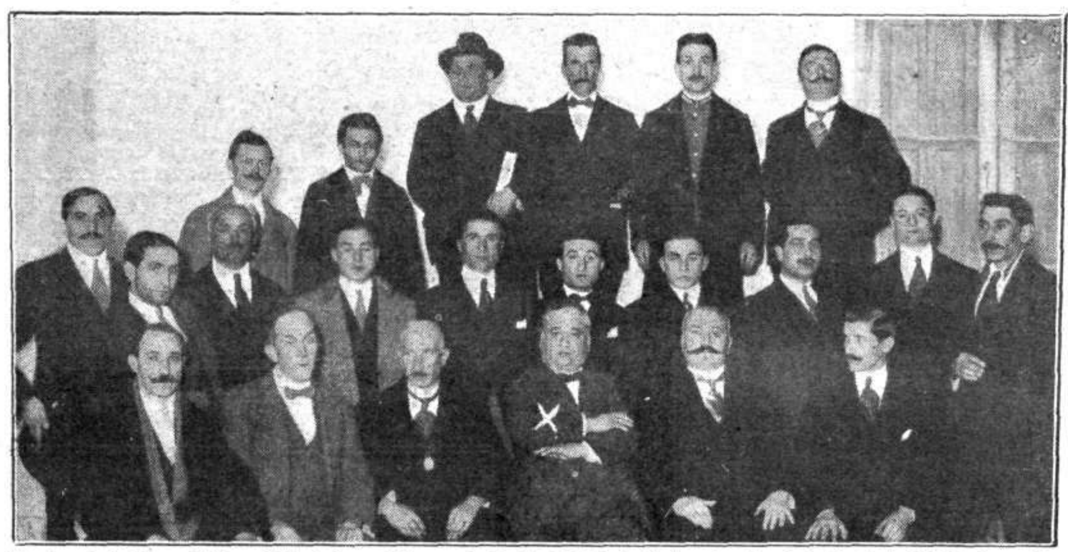
De Rosario



Grupo de señoritas y caballeros, ganadores del campeonato de lawn-tennis, celebrado durante la temporada de invierno, en la cancha del «Club Gimnasia y Esgrima».



El doctor Pedro Arias, presidente de la institución, distribuyendo los premios a los ganadores del torneo.



Miembros de la Cámara Italiana del Trabajo, presidida por el señor José Mataloni, de la redacción de la «Patria degli Italiani», reunidos después de la constitución de dicha Cámara.



El campeón argentino, señor Rolando Illa, jugando 30 partidos simultáneos de ajedrez, en el «Club de Gimnasia y Esgrima», de los cuales ganó 26.

De Montevideo

Conmemoración del 25 de Agosto



Los estudiantes, llevando una gran bandera uruguaya, en la manifestación patriótica organizada para solemnizar la gloriosa efeméride.



El ministro argentino, doctor Estrada, con los marinos argentinos, al salir de la casa de gobierno, después de la recepción ofrecida en su honor.



Personalidades brasileñas y los marinos de ese país, retirándose, terminada la recepción que les fué ofrecida en el palacio de gobierno.

La Embajada Italiana



El honorable Luciani, con los demás miembros de la embajada, el señor ministro de Italia, miembros de la Alta Corte y autoridades universitarias, en la ceremonia de la entrega que se hizo a la «Sección de Enseñanza Secundaria», de la placa que en memoria de Rodó, fué donada por la sociedad «Dante Alighieri».

Pro homenaje a O'Higgins



Señores: E. Ramos Oromí, E. Bradley, mayor J. Mohr, doctor C. Viale, J. A. Quesada (presidente), R. de Labougle, teniente de navío J. Villegas, A. C. Temperley, B. Velar de Irigoyen, J. B. Canedo, H. Oliver, doctor A. Pillado Matheu, ingeniero E. Tello, R. Pérez M. (delegado de «La Estrella de Chile»), O. P. Maschwitz, D. de Urquiza Anchorena, ingeniero C. Blaquier Alzaga, U. F. Vignar, R. Herrán, escultor G. Córdoba (chileno, autor del monumento), R. A. Maschwitz, J. Susini, doctor F. Linares, A. Vellegal y P. A. Bianchi, que forman, con otros caballeros, la Junta Ejecutiva del Comité Argentino y delegaciones de las instituciones adheridas.

Exposición de arte cerámica

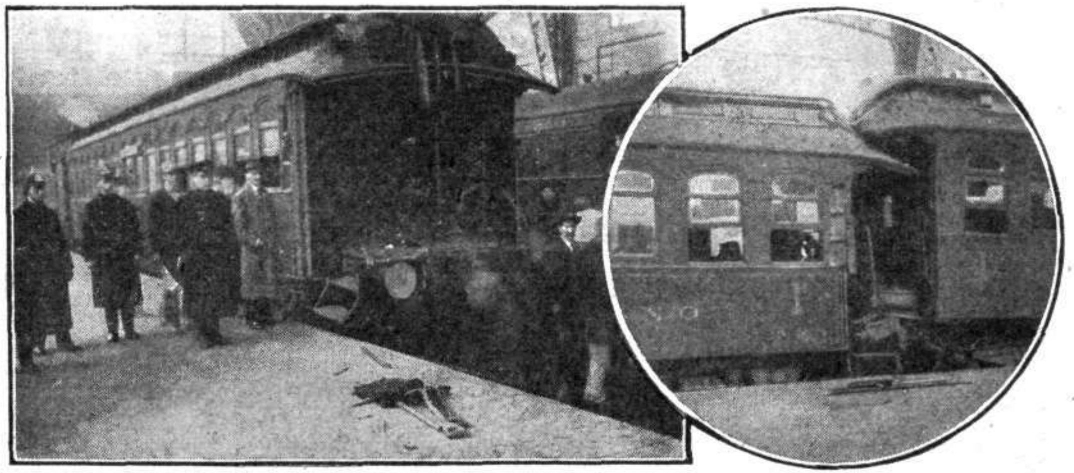


Señor Alfredo Guido.

Un detalle de la interesante exposición de obras de carácter autóctono, que los jóvenes artistas Guido y Gerbino exhibieron recientemente. Es una labor espiritual, que ha merecido caluroso elogio.

Señor José Gerbino.

Accidente ferroviario



Plataforma del primer coche N.° P. 42, después de haber sido separada de la del vagón N.° P. 21, entre las cuales quedó muerto el menor Fernando Chión y gravemente herido el señor Ramón Bargo.

Las plataformas de los coches citados, tal como quedaron al producirse el violento choque del tren N.° 612, contra los paragolpes hidráulicos de la Estación Retiro.

Notas sociales

De un tiempo a esta parte, vemos figurar en los programas artísticos de festivales benéficos o en los de las matinées improvisadas en elegantes residencias, para obsequio de minúsculos concurrentes, el *número* sensacional: "divertissements, danses classiques, danses sacrées..." tal vez lleguemos a las profanas... números de baile todos, e interpretados siempre por deliciosas muñecas de seis u ocho años, y también — ¡ay de mí! — por encantadoras jovencitas; son los quince años el supremo límite que rige, por ahora, para estas manifestaciones artísticas... ¿será definitivo?

Ha transcurrido larga temporada desde que se iniciara tímidamente en nuestro ambiente social esa moda, realmente inusitada, si consideramos la tradicional severidad de los prejuicios en nuestros hogares patriarcales; pero el *Ballet Russe* ha triunfado, a pesar de todo el socorrido salvoconducto de *manifestación artística,* proporcionó a nuestras jovencitas el admirar espectáculos que hubieran escandalizado a sus mamás, cuando no les dominaba aún el vértigo de la evolución actual. Pero ahora, son esas mismas criaturas, que empiezan a vivir, las intérpretes de esas mismas danzas, y no puedo menos de advertir el peligro... (ya lo hice antes, y sin el menor resultado, ¡lo confieso!) porque si bien es delicioso ver bailar una *Gavotte* a una parejita de muñecas, que refleja con toda exactitud las atildadas maneras del siglo de las grandes elegancias, no me conformo con verlas estudiar también *clásicas* actitudes, vestidas con la vaporosa túnica, luciendo con absoluta desnudez sus gráciles piernecitas... No es la primera vez que lo digo, porque no en balde tenemos fama de insistentes las que hemos llegado al antipático *certain age;* jóvenes mamás, escúchenme, se lo ruego...

Vistan a sus niñas con toda la fantasía imaginable; pero no las hagan interpretar toda clase de danzas, — porque es la moda — y sobre todo, con las vestiduras cuyo culto impuso la célebre Isadora.

Habiendo tantas y tan elevadas manifestaciones artísticas, a las que puede aspirar el espíritu femenino, me parece un lamentable retroceso que con la elástica clasificación de arte se conquiste a las mamás que aspiran, como es natural, al lucimiento de sus hijas, por pequeñas que ellas sean...

Dejen esas exhibiciones, lo repito, para las desheredadas de la fortuna, que no tienen otro medio para alcanzar notoriedad que la agilidad de sus pies y las felinas ondulaciones de sus formas. Y no propicien, ¡por el amor de Dios!, este nuevo *arte,* entusiasmo del momento, que acabará por borrar el instintivo recato de esas deliciosas criaturas, familiarizándolas desde su primera edad con tan impropios exhibicionismos.

Enséñeseles, en buena hora, bailes de salón, para que adquieran gracia y flexibilidad, y se familiaricen con el ritmo... pero no se las convierta por eso, en *frisos animados,* ni se las vista con túnicas que revelen o acentúen su naciente belleza; ¿no están ustedes conmigo, lectoras amigas? Por otra parte, se nos prepara una generación de niñas que será algo así como nueva edición de cien o doscientos ejemplares; aquí entre nosotras, donde por extraordinario se destaca de un grupo de amigas o conocidas que actúan en el mismo círculo, alguna personalidad que tenga *estilo propio,* pues nuestras jovencitas adoptan todas, resignadamente, igual peinado, igual modelo de traje o abrigo, igual actitud en el teatro; la edición de frisos animados que educan las maestras de moda, levantará los brazos, se inclinará, erguirá su cuello, exactamente lo mismo que la célebre estrella de las danzas rusas; ¡adiós espontaneidad! Y habituadas, sobre todo esas niñas a exhibir su gracia o su hermosura con toda la independencia que estimula el divino arte de Terpsícore, cifrarán muchas de ellas todas sus aspiraciones en alcanzar dentro del ambiente propio de su rango, igual notoriedad que las estrellas profesionales...

Pero, ¿a qué luchar contra la moda? — dirán ustedes, amigas mías, sonriendo burlonamente... Comprendo la inutilidad de mi protesta, pero no puedo menos de hacer nuevamente mi profesión de fe y de abrigar también la esperanza de que *pase* esta moda, y se releguen al olvido *divertissements, danses clasiques et sacrées* y todo ese paganísimo repertorio...

A nuestros hogares, citados siempre como alto ejemplo, corresponde defenderse contra el empuje de un modernismo malsano y conservar a toda costa su tradición...

Hace pocos días, y con motivo de solemne acontecimiento religioso, dirigía la palabra a brillante y aristocrático núcleo de devotas, una de las más altas eminencias de nuestro clero; predicaba serenamente, prescindiendo de todo efecto de oratoria, pero con la verdadera unción de un pastor de almas... no puedo menos de repetir aquí alguna de sus palabras: "La educación verdaderamente cristiana, practicada por elementos religiosos, se esfuerza en modelar el corazón y la inteligencia de los niños a su cargo, inculcando en ellos todas las virtudes... pero, ¿qué reflexiones podrán hacer esos mismos niños, al comprobar que en el propio hogar imperan soberanamente el egoísmo y la vanidad?"

Pues esa decantada manifestación artística, que nos ocupa hoy, y que ha de parecer a muchas tan inocente, tan inofensiva, no es más que una de tantas manifestaciones de la vanidad social.

La dama duende.

ORACION AL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA

Señor caballero que me concediste
la gracia divina de ser el más triste
de todos los tristes que por tu camino
arrastran contigo la embriaguez del vino

de los Odres Grises; Señor tú que acaso
fuiste quien me armara de un espaldarazo
"caballero errante de los caballeros"
que por los caminos salen por los fueros

de la Fantasía y de la Armonía;
Señor que me diste la melancolía
de los sacerdotes del Verso y del Bien.

— Haz que siempre tenga, señor caballero,
ceñida la adarga y ágil el acero
por los bellos ojos de mi Dama.

¡Amén!

LA RÚBRICA

Ahogar las protestas de mi propio egoísmo
que me exila en la torre de marfil de mi mismo;
abrir sobre la ruta por donde va la Vida
el portillo ignorado de mi huerta escondida;

incorporar mis pasos a la columna ingente
que carga con la cruz larga de su doliente
marcha; tender la ayuda propicia de mi mano
al caído, diciéndole: "Soy tu báculo, hermano";

decirles a los hombres mi Palabra (Alabanza
a la vida que se abre nimbada de esperanza);
donarles el tributo de mi Verso de Ensueño

(un poco de mi alma trocada en flor).
...¡Y todo
para volver al mismo castillo marfileño
rubricada la frente con la mancha del lodo!

Enrique Fernández Latour.



El Sable de la Noche Triste

No en idioma guaraní,
sino en la jerga corriente
que entusiasma a mucha gente,
Salaberry canta así:

—Pechando vivo. A tal cosa
me ha obligado el ser ministro,
y hasta al dueño de un registro
pedí plata, sin rubor.
Yo que siempre estoy callado,
por las deudas obligado
resulté gran orador;
y la gente que me escucha
dice: —¡Pecha! —o dice: —¡Pucha,
qué ministro pechador!

Cuando me voy a la cama
separado de ti ¡oh, sable!
compañero inseparable
de las glorias que alcancé,
pienso mucho en Torellito
y me acuerdo de Elpidito,
que me admiran el tupé,
¡y si vieras la cartera
cómo se pone cabrera
si contigo no me ve!

Allí sufro porque debo
a los yanquis y a los bancos,
y a los negros y a los blancos,
y principio a suspirar,
pues sos-pecho con des-pecho
que me enfermaré del pecho
con tal modo de pechar.

Sólo tengo en la cartera
pagarés y papelitos,
documentos muy bonitos
que aumentan que es un horror.
Al mirarme el ordenanza
dice el hombre medio en chanza:
—Me da miedo este señor.

Ya no hay plata en ningún lado,
ni acreedor que no proteste,
ni usurero que me preste
ni otra cosa que empeñar.
Y, o me aceptan la renuncia
o pignoro en mi defensa,
hasta el foco de "La Prensa"
si me lo dejan sacar.

El hombre queda rendido;
pero, a pesar del sofoco,
va a cantar dentro de poco:
"¡Pobre mi sable querido!"

Por el atropello lírico-gramatical,

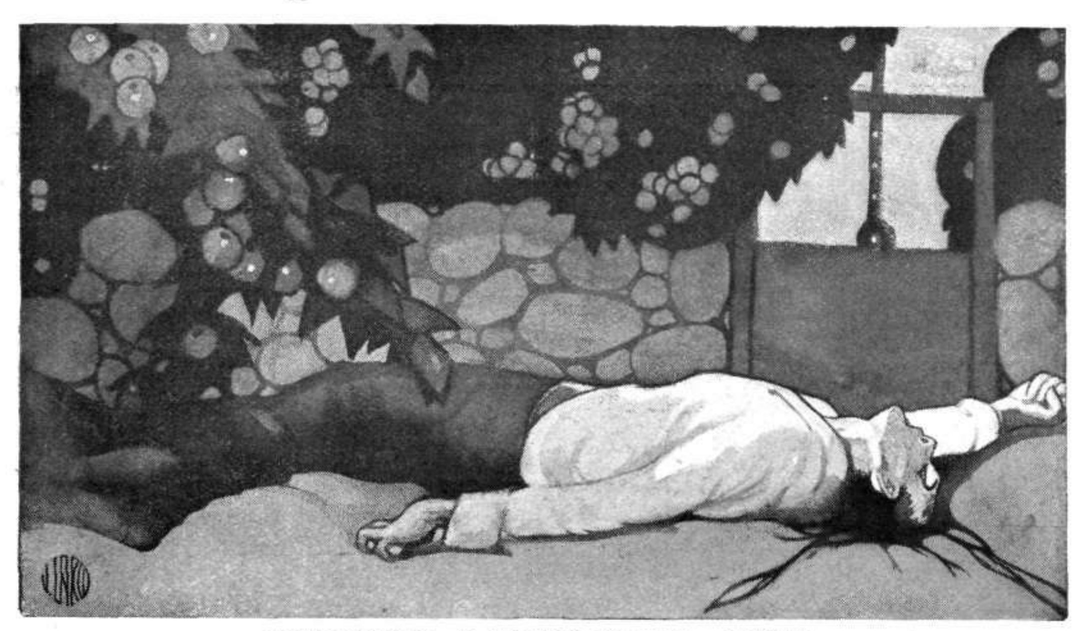
Luis García.

Dib. de Redondo.

EL HÉROE DE FRANCIA



MARISCAL FERNANDO FOCH



ISIDORO, LADRON DE AGUA

— ...

— Buenos los tenga usted, don Carmen...

Noté aquel día en el aspecto de don Carmen Luna (curioso, ¿no?... nombre de mujer...) algo de insólito que llamó fuertemente mi atención: su fisonomía de ordinario triste, impasible, sus ojos inexpresivos que eran como el balcón donde exhibíase el alma mansa de sus antepasados, aun no lejanos los huarpes, mostraban en esa particular oportunidad un cierto fulgor y viveza que parecían reflejarse sobre su faz morena surcada de prematuras arrugas, prestándole inusitada animación y energía.

Era mi vecino don Carmen un buen criollo, industrioso y honrado, propietario de uno de los predios situados aguas abajo del mío. Regábamos por la misma «hijuela» derivada del canal «Las Pircas». Su finquita, en realidad apenas un «sitio», constaba de tres hectáreas, es decir, casi dos de las cuadras españolas que aún se estilan en las provincias del litoral. De tan reducida parcela lograban los Luna, de padres a hijos, arrancar a la tierra el sustento diario de la familia, que bien que mal vivía del producto de la viñita, la venta de duraznos e higos, que colocados sobre largos «cañizos» podían verse secar al sol durante buena parte del verano, y del maíz, porotos y zapallos, dulces éstos, suaves como crema, que la huerta producía generosamente. Ayudaba a cubrir el humilde presupuesto doméstico el fruto de la labor personal de don Carmen, hábil como ninguno en los trabajos de regadío, — para los que era muy buscado, — atención de «tomas» — presas de agua en el río, — colocación de compuertas, cierre de «derrumbes», tan frecuentes en los canales y demás menesteres de la agricultura regional, sin contar por cierto los trabajos «por tanto» en los fundos y viñedos vecinos.

Como digo, noté a don Carmen algo alterado.

Sería tal vez el calor de esa mañana de primavera perfumada y de ese sol esplendoroso de Mendoza, cuyos rayos atravesando una atmósfera límpida, de azul purísimo, nos regala aún en invierno días que son una gloria y una delicia... O acaso — ¡ay! — posiblemente sólo los efectos del vino, que si hace la fortuna es también la maldición y el azote de la comarca... Sea de ello lo que fuere, el caso es que don Carmen era presa de viva agitación.

— ¿Qué es de su vida, amigo, qué le anda pasando?

— Qué quiere que me pase poé, sino que esos cachafaces de los Jofreces, como de costumbre me han estado robando el agua anoche. ¡Ah, pero ya me las pagarán!... ¿Se acuerda de esa chacrita de maíz nuevecito, lindo como una bendición, que le mostré los otros días? Bueno. No le había dado más que un riego, porque el agua viene tan escasa este año que cuasi cuasi apenitas si alcanza para la bebida... Y sabe, va venir menos todavía, porque mi compadre Miguel, que h'andao por la Cordillera, dice que arriba no hay más que una miseria de nieve... ¡Señor! ¡Es lo que faltaba! Bueno; ya la hoja del maíz comenzaba a amarillar y a doblarse de puro sedienta, cuando llegó por fin el turno del agua. ¡Ahora, sí, que estamos salvados! me dije. ¡Pero qué había de ser! Si no bien comenzó a salir la primera tapada, ya no más se empreneipió a mermar el agua, y en idas y venidas a averiguar la causa, se pasó el tiempo del turno. ¡Eran esos bandidos de los Jofreces que, como están más arriba que yo, en cuantito me descuidaba abrían un boquete en la cequia para robarme el agua! ¡Claro, así quien no tiene la huerta como un jardín!

— Bueno, — agregó, — ahora he conseguido del Inspector un chorrito como para bebida, sabe, y voy a regar esta noche. Como llegue a encontrar a alguno d'ellos robándome el agua, pobre de él, — ya se los hi dicho, — ¡lo hago sonar de un azadonazo! Por esta cruz.

— Pero, amigo, ustedes siempre peleando... ¡Parece mentira!

Era ese, sin embargo, uno de los tantos episodios de la eterna cuestión del agua en Mendoza, la lucha enconada que divide a los regantes de un canal en bandos enemigos, «los de abajo» contra «los de arriba», los que están a la cola y los ubicados a la cabeza del cauce; el origen de antagonismos insalvables, odios y rencores que suelen terminar en pleitos, y a veces de peor manera, entre vecinos, amigos, y hasta parientes; el tema obligado de las conversaciones en la campaña y de más de un agrio comentario en el club de la ciudad... Es que nada crece aquí sin el riego artificial, sin esa agua turbia, espesa, rojiza, rica en substancias minerales, que desde los macizos cordilleranos desciende como torrente, lavando la falda de la montaña, arrastrando entre pedruzcos y cantos rodados el limo fertilizante que luego millones de hilos de agua reparten sobre el antiguo yermo de la planicie, donde hoy maduran los dorados racimos de uva y las exquisitas frutas de toda especie que doblegan las ramas del árbol bajo el peso de su carga...

— Bueno. Calma. Yo hablaré mañana con el Inspector; veremos de arreglar el asunto. No riñan por tan poca cosa.

— ¡Calma!... ¡Calma!... Mi viña, mi maíz, arruinados por culpa de esos borrachones sin vergüenzas... y usted me pide calma. ¡Yo les voy a dar calma a ellos! ¡Ya verán! — y salió protestando.

....

Al día siguiente entró Juancito muy de mañana a mi pieza.

— ¿No sabe la noticia, patrón? A Isidoro, el mayor de los Jofreces, lo han encontrado junto a la compuerta con la cabeza rota. Habrá venido «curado» y se ha caído del caballo...

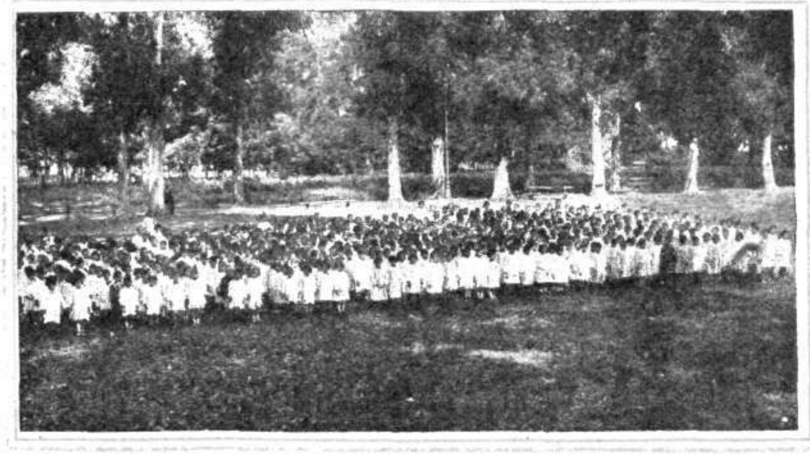
Ricardo Videla.

Mendoza, junio, 1918.

Dib. de Larco.

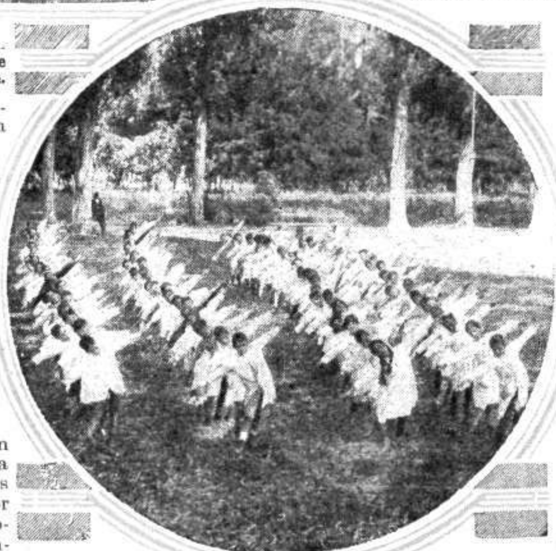
LA CRUZ ROJA DE LA PAZ

Uno de los más grandes problemas que preocupan a las sociedades contemporáneas, es el de la tuberculosis, bajo su doble aspecto social y físico. Clasificado este mal, como «enfermedad del pueblo» es de imaginarse la triste evidencia de tal clasificación, cuando en las ciudades populosas se observa a diario, *el cómputo* de los casos nuevos, y la cifra sigue en progresión alarmante. La estadística, que ha servido en todos los tiempos, para falso justificativo de situaciones que se consolidaban a fuerza de ser sostenidas en el aire, tiene, en cuanto a la morbilidad del pueblo se refiere, una indiscutible elocuencia. El desarrollo de los males que crecen como oleadas de miseria, se refleja en números que hablan a los poderes públicos y a los hombres de ciencia, como si ellos fueran la voz de la conciencia, encarnada en una representación gráfica que está llamando a la acción eficaz, en que esas dos clases aristocráticas: la una, por ser la preponderancia del poder; la otra, por ser la preponderancia del talento, deben unirse para luchar en beneficio de las clases que soportan el azote de la mediocridad *económica*.



Los niños débiles y defectuosos que se educan en la escuela «Nicanor Olivera», en Vélez Sarsfield.

Un quinto grado en plena actividad. Los alumnos inscriptos en este curso son 35 y los presentes 34.



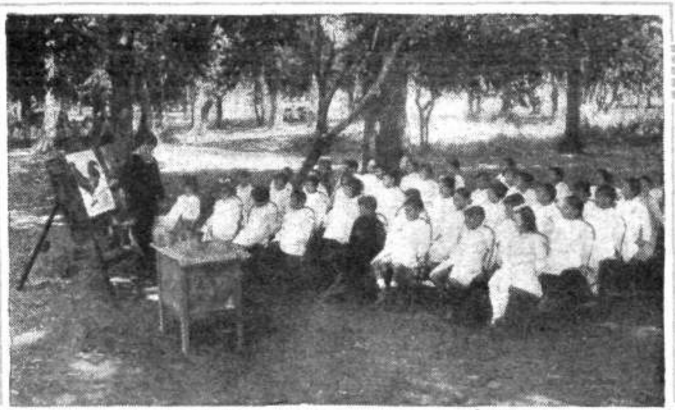
Dentro de un cuadro de eucaliptus centenarios: un poco de gimnasia sueca, bajo la dirección de la señorita Romero Brest.

Los grandes pueblos de la Tierra, tienen una legislación aparente, y en los días que corren, el parlamento argentino habrá de destacarse entre los de aquéllos, si sanciona el proyecto de ley que tiene a su estudio, creando un impuesto a la lotería, para utilizar los fondos que por él se recauden, en la campaña de profilaxis contra la tuberculosis, que ya no admite dilaciones. Inspirado el P. E. en los propósitos más loables, nos consta que se halla abocado al examen de planes científicos, que lleven a los que sufren, el alivio que sólo los poderes públicos pueden costear y mantener, porque una campaña grande y popular, escapa, por sus exigencias, al mayor alcance de la acción privada, y supera a todo lo que pueden reunir por mera filantropía, las sociedades constituídas con fondos particulares.

Habrá de llegar esta acción del gobierno, según nos parece, no sólo hasta el lecho de dolor en que el paciente sufre su mal, en forma tal vez ya incurable, sino a todos los lugares públicos y privados, en que lógico sea presumir que en las condiciones de vida y de trabajo agostan el organismo de seres que van irremediablemente hacia el ocaso prematuro. El empleado y el obrero que apenas disponen de hora y media y a veces de una hora, para realizar el traslado hasta su casa, almorzar y volver a su oficina o a su taller; el niño que malgasta sus energías en tareas que están abiertamente en pugna con su edad y con su complexión; la mujer joven, que realiza en la fábrica labores que coartan sus funciones fisiológicas; la pobre manufacturera de tabacos que mata su fecundidad allí, sentada junto al montón de tabaco en rama y cambia por un mísero salario, su don natural de la maternidad; los centenares de obreros que pasan ocho horas dentro de galpones antihigiénicos, sin comodidad alguna para asearse y sin una tregua que dé reposo a su organismo; la vivienda mala y sucia del conventillo, en que la familia palidece y enferma, porque carece de aire y de sol, obligan una obra preventiva muy especial, que sólo puede llevarse a cabo, obteniendo del parlamento una sanción que vendrá enhorabuena, a ser la tabla de salvación de los varios millares de seres que se sienten náufragos de cuerpo y de espíritu, porque éste también padece los

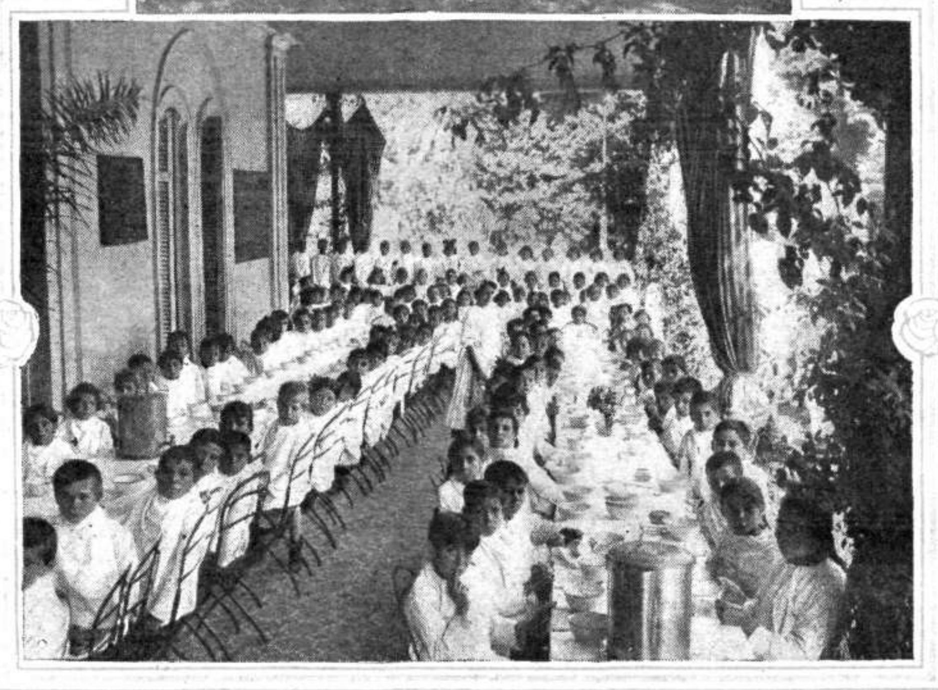
reflejos de dolencias que matan el nervio y la voluntad.

El mensaje del P. E. dirigido al Congreso, acompañando el proyecto de ley, no puede estar mejor fundado. En las afirmaciones que vamos a transcribir, la opinión pública hallará reflejadas las conclusiones que desde tiempo atrás,



Una lección de zoología. — «Y los pobres pollitos — decía la señorita profesora — tienen mucho frío en invierno, porque no usan zapatos.»

« parse que el plan « ha de comprender la habilitación de dispensarios, de hospitales y de sanatorios de montaña y marítimos « para enfermos « indigentes, y la « fundación de ins-



El desayuno. Bajo este amplio corredor almuerzan los niños y asisten a sus clases los días de lluvia.

forman ambiente, y que su éxito sólo depende ahora de la votación favorable de las cámaras.

El mensaje dice así:

« La tuberculosis como agente contagioso y heredita« rio de degeneración física, es uno de los males que « dañan el presente y comprometen el porvenir, y que « los poderes públicos deben combatir incesantemente.»

« El mal avanza, y las naciones que no intensifican « su acción enérgicamente para estirparlo sufren conse« cuencias funestas en la vitalidad de su organismo. Lo « ya hecho en nuestro país ofrece el ejemplo de nobles « iniciativas, pero ha faltado la obra del Estado con un « plan de campaña sistemático y coordinado, y los re« sultados han sido poco eficaces, agravados por la « escasez de recursos de todo orden que ha sufrido espe« cialmente el país en estos últimos años, más que todo « en las clases indigentes.

« La ciencia y los ejemplos prácticos de otros países « han demostrado que la tuberculosis es evitable y se« guramente curable. Debe, pues, ampliarse y perfec« cionarse en forma cohesiva y permanente la obra rea« lizada en el país difundiendo la medida profiláctica y « facilitando los tratamientos curativos, anticipando así « al momento que una mayor densidad de población « hiciera más difícil la lucha contra el mal. »

« El proyecto de ley que tengo el honor de someter a la « sanción de V. H. se circunscribe a crear los recursos « para la realización de la obra iniciada, dejando a la « reglamentación del P. E., la distribución de los mis« mos, y la forma de aplicación. Desde ya puede antici« titutos de previsión que llevarán un servicio demográ« fico completo, intensificando la campaña contra el « alcoholismo, mejorando la situación precaria de las « clases pobres y velando por las condiciones debidas de « las madres y de los niños. »

« Para la realización de estos fines, el P. E. ha encon« trado que la medida menos gravosa consiste en aumen« tar el impuesto sobre la lotería nacional, considerando « que los fondos monetarios para la gran obra que este « mensaje someramente expone, podrán obtenerse así sin « alterar la distribución que hoy se hace de sus utilidades.»

Para combatir la predisposición congénita, esa herencia de lo malo que lleva a las fórmulas negativas, en el sentido del bien de la raza, el doctor José M.ª Ramos Mejía creó las escuelas al aire libre, para niños débiles, y puede asegurarse que son un verdadero modelo de escuelas de profilaxis por su método científico y su utilidad práctica. Reproducimos varias fotografías de una de ellas, para que puedan formarse criterio de su papel social, y el P. E. y las grandes sociedades de caridad que atisban siempre la ocasión de hacer una buena obra, tengan presente que multiplicar ese género de instituciones en la hora actual, es trabajar por el encumbramiento de uno de los más puros ideales de patriotismo y por la realización de los altos destinos de la «Cruz Roja de la Paz», que así pudiera llamarse a la institución humana que cura los heridos por los flagelos sociales.

Agosto de 1918. ARTURO M. MAÑÉ.

Los charabones

I

Despliegan los ñandús al correr por la pampa las velas batientes de sus plumas... Largos los cuellos, avistan a distancia los jinetes; redoblando a la menor inquietud el son liviano de sus fugas... Son cimarrones, abarbarados. Se llevan los alambres por delante, en toda la furia, bandeándolos limpios, o descalabrándose. Del tronco de los cuellos — codiciados para guayacas — en las épocas del desplume, se anudan a pulso, sobre épicas persecuciones cinegéticas, las sogas de las boleadoras de plomo.

Se consuma en ellos un fenómeno contrapuesto del don natural de la sucesión. El macho surte la especie. En su cabeza angulosa de serpiente boba, que acentúa ojos dulces y cándidos, concentra una celulación instintiva, fuertemente labrada, de amor a las crías. Cuando la hembra abandona insensible los huevos, él, desbandando a patadas mortales los zorros y lagartos que los rondan, con poderosa resignación, dejándola ir, contrae absurdo estado de clueco, empollándolos.

Nacen los charos quebrando como una redoma de porcelana los cascarones. Tímidos, con el menor tropel o a la oscilación de los vuelos, se echan pegados contra la tierra, el cuello estirado, la hereditaria cabecita angular de serpiente boba, inmóvil, inapercibidos entre las hebras de los pastos.

Y fuera de admirar, a ser posible aproximarse al «sacado», que es tan tierno con los pichones como bravo para los importunos, el celo, la pasión paternal, con que les procura alimento, los abriga, y protege siempre de todo riesgo. Sus patadas son terribles en tales circunstancias. Las da para adelante, y bien asentadas derriban un hombre, o la uña central, reseca y filosa, rasga como un refilón de cuchillo. En las quietudes, los charos emiten un silbido blando, como de gentes... Y después, cuando crecidos, ya charabones, suenan precoces el redoble zancudo de las carreras: el amor, los desplumes, o la persecución gastrónoma por los alones y la *picana* tiernos, los lleva para no volver más. Y el macho entonces sobreexiste solo, la mirada cándida, que si sabe de amores genitores no sabe de lágrimas, tendida por la pampa; solo, flaco y más viejo.

II

Le llamaban en el pago el Ñandú, quién sabe si por su temperamento huraño, disparador de los roces, o por el perfil agudo y óseo de su cabeza. Su rancho, petizón, cortado de las huellas, quedaba al fondo del campo. De allá venía diariamente a peonar en la estancia. Ya pintaba en canas...

Viviera siempre solo. Pero, cierto día, contaban, se supo que llegó a su rancho una mujer forastera, y que él, tras la hospitalidad brindada, la tomó por suya. Y, la mala lengua de las mujeres, a las que nunca se atrevió, propalaba, sobre la unción crismal de una cruz tamaña, que era su hermana propia. La versión suscitaba en el pago diferentes apreciaciones.

— Y ta en su atrebución no más, doña... Qué se v'almirar.

— ¿Qué dice? ¡Semejante cosa!

— Sí pues... No sabe qu'el avestruz cuando encuentra agua toma, y sino no. El Ñandú ha encontrao agua, ha tomao. ¡Qu'iba desperdiciar l'ocasión rala el pobre! ¿No son de una mesma postura los casales?

— Pero los animales, son los animales. Y las gentes...

— Somos las gentes. Ya sé, bah, bah... Este Ñandú es medio animalón, eso sí, no es por ponderarlo. Bárbaro como él solo.

— ¡Arrejao de un castigo e Dios!

— Uh, no espere... Lo qu'es de no fiarle, es que a lo mejor la paica le pague como las ñanduzas.

— ¿Y cómo pagan las ñanduzas?

— ¿No sabe? ¡Cha qu'es niña! Le largan los güevos al ñandú, y hast'otra vista... si te vi no m'acuerdo.



Un día llegó el Ñandú peón más tarde al trabajo; en su mirada plácida, en el viso de su cabeza aguda, había como el rebote de un resplandor interno; se retiró más temprano. Al poco tiempo, faltó del todo a las labores.

Alarmados en la estancia, fué un mensual a informarse. Y le halló... amamantando con leche de vaca, mediante un chupón de trapo liado al pico de una botella, a un precioso par de gemelos.

El peón, absorto, inquirió:

— Y la madre, ¿ta enferma?

Pero el Ñandú meneó triste su cabeza de serpiente boba, y miró el campo, en un hilo largo de luz muy suave. Muy inconsolable...

— ¿Andará en alguna diligencia?

Hubo un silencio de desmoronamiento, palpable y suspenso, como un anochecer, y después, los labios se abrieron, secos, apenas:

— ¡Se'aido!...

III

Increíble... La luz generosa ardió fiel en la celulación progenitora, por el término duro de la crianza. Después de las vacas, mantuvo con sus manos tenaces en lo obscuro de las noches, las bocas rosas de sus hijos. Vivió siempre alerta sobre ellos. Los cobijó, rompiendo para mantillas sus pilchas, como si desdoblase magno el abrigo propio de sus alones. Sufrió cuanto es imaginable, hizo imposibles. Atropelló los alambres del destino acosante. ¡Bárbaro como él solo! Y otro día, al fin, el casal emitió sobre su increíble desvelación la albricia grata: tal si fuera el uso de la razón: silbaron como gentes. ¡Ya eran hombres!

Y llegados a los quince años, pintón el secreto imperativo de la capacidad, aspiraron la propensión nata de las correrías, que emplumasen sus juventudes deslucidas bajo el reparo de la tutela. La pampa, grande, se extendía tentadora; abierta como una ilusión. El

instinto primavereaba en la sangre...

El día decidido para la partida, ensillaron de tardecita. Tácitamente abochornados de las pobres caronas del avío casero. Pronto tendrían caronillas bordadas, sobrepelos de felpa. Serían mozos pintores, con novias lindas... El Ñandú notó los preparativos, y comprendió; sin decir nada.

Ya el sol se había ido, y la brisa vivificaba la murria del día estival, cuando se le acercaron bajo el alero; listos. Uno, el que a pesar del isónomo nacimiento aventajaba un palmo al otro, el *mayor*, llamado así por esa progenitura de la naturaleza, el más querido a los ojos del padre, habló, entrecortado.

—Tata, nos tamos por dir... Aura... ya. ¡La bendición, tata! —y los dos cruzaron los brazos, con las cabezas dobladas sobre el pecho.



El Ñandú, sin responder, sintiéndolos intensamente en sí, desvió la mirada, perdiéndola en el vacío. Trasflorándose en lo cárdeno del horizonte, a lo lejos, cruzó ante ella un avestruz, fascinado con la lechigada de sus crías. Y asintió.

—Güeno... Sí pues... ¡Dios les dé su gracia, m'hijos! —y les estrechó la mano, la cara firme, seca de emoción delatora.

Caminaron gachos hasta el palenque. Al desatar los caballos y poner el pie en el estribo, no pudo reprimir el corazón, que clamó:

—¡M'hijo!

Tornó el *mayor*, con el andar solemne.

—Lleve estos reales... pal camino... ¡Y cuideló a su hermano más chico!

—Sí... tata...

No hubo otra dilación. Y cayó sentado en un poyo. Los vió montar, saludar al alejarse, llevando la mano insegura al ala de los sombreros.

—¡Adiós!...

La pampa, grande, abierta, muda. Ya sabía que no volverían, que quizás no los viera más. Y sus ojos dulces, de ñandú macho, vírgenes de lágrimas, los acompañaron fijos en el rumbo que rayaron al naciente, hechos dos sombras endebles que iban a encajarse en la sombra colosal de la noche que avanzaba, patente como la sombra injusta de la vida... Y sobre sus años de sufrimiento y abnegación, presentes a esa hora en un cortejo hondo de recuerdos, la cabeza ósea de serpiente boba, colgó sobre el pecho; zumbó en sus oídos azorante el «chiflido» filial... ¡como de gentes! Y solo, ¡solo otra vez!, flaco y viejo, bajo el plomo de su cabeza, tendió todavía el brazo tembloroso hacia los bultos borrosos, con la suprema intuición de su amparo bárbaro:

—¡Mis charabones! ¡Mis charabones!...

Albino Dardo López.

Dib. de Macaya.

ESPERANDO

Esperar... Esperar..., y luego un día
adverso a los ensueños del destino,
hallar la copa del ideal, vacía,
y haber vivido sin tomar el vino.

Esperar... Esperar..., sin saber cuando
vendrá lo que soñando ha envejecido,
lo que una noche nos llegó cantando
y otra noche después, quizás se ha ido.

Esperar... Esperar..., como si hubiera
muerto, lo que en nosotros vive y arde,
ser mañana de sol en primavera
y sentir el excidio de la tarde.

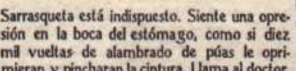
Y así vivir, cuidando los ideales;
y así morir, buscando la alegría;
tener sembrada el alma de rosales
e ignorar si darán rosas un día.

Por Gustavo A. Ruiz

Dib. de López Naguil.

UNA INDIGESTIÓN DE SARRASQUETA




Sarrasqueta está indispuesto. Siente una opresión en la boca del estómago, como si diez mil vueltas de alambrado de púas le oprimieran y pincharan la cintura. Llama al doctor.



El galeno le pregunta lo que ha comido, bebido y la vida que hace. Sarrasqueta dice que después de almorzar, estuvo viendo una exposición de majas con miriñaque.



Doctor. — Si no me equivoco, como de costumbre, esos alambres de los miriñaques de las majas que ha visto y las vueltas que le ha dado a la imaginación buscando en qué época vistieron así, le han cortado la digestión y producido un majestuoso cólico.



Sarrasqueta. — Eso creo, doctor, porque he consultado con mi abuela, que en su juventud fué maja y hoy es momia, y me ha dicho:

Que en sus tiempos, tuvo el placer de ser requebrada por Goya y el gusto de no llevarle el apunte a Napoleón, y no usó miriñaque, sino falda de medio paso.

Que las peinetas no eran como respaldos de sillas baratas, ni la pollera como paraguas abierto de cochero, ni llevaban una flor en la mano como el que lleva una vela.



Que jamás vió llevar las mantillas sueltas y flotando al aire como bandera de remate, sino artísticamente prendidas al pecho.



He visitado los museos; miré a la maja vestida, de Goya, y de reojo a la desvestida; la primera tenía la pollera muy ceñida. Vi las aguas fuertes, las livianas y todos los caprichos, y vi que nunca se encaprichó en pintarlas con miriñaque.



Doctor. — Si quiere conservar la salud y vivir feliz y tranquilo, no le dé vueltas a la imaginación soñando con miriñaques que no han existido, pues todo son fantasías de artistas decadentistas.

Dib. de Redondo.

¿COMO ENVEJECEMOS?

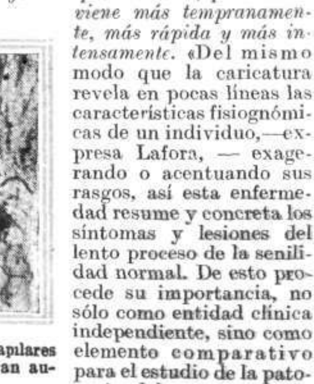
Para Caras y Caretas

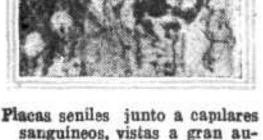
Un joven y ya ilustre neurólogo español, el doctor Gonzalo Rodríguez Lafora, al estudiar la enfermedad de Alzheimer, que representa la forma atípica de la demencia senil y que se observa en viejos patológicos prematuros y en los seniles propiamente dichos, ha tenido ocasión de desarrollar una nueva teoría muy original acerca del desarrollo de la vejez, o si se quiere, de establecer la patogenia de la senilidad. ¿En qué consiste la senilidad, y por qué envejecemos? Esta es la grave pregunta, que ahora gracias a las investigaciones del doctor Lafora, casi estamos en condiciones de contestar, dado que la enfermedad de Alzheimer ocasiona un proceso senil, tanto clínica como patológicamente, en una edad de la vida humana en la cual normalmente no empieza la senilidad.



El doctor Gonzalo Rodríguez Lafora, profesor auxiliar de la Universidad de Madrid, Patólogo del Hospicio Nacional de Alienados de Wáshington.

Sabido es de todos que, como Lorand y otros autores, que se han preocupado del estudio clínico y anátomo patológico de la vejez normal, han pretendido explicarse su mecanismo como resultado de un proceso patológico originado por la hipofunción de la glándula tiroides, hipótesis combatida por Biedl, que cree que las alteraciones tiróideas son concomitantes con los demás fenómenos atróficos seniles y no las causales de los mismos, y contra la cual deponen también los casos de hipotiroidismo congénito, con falta de lesiones seniles. Ahora bien, investigando en diversos casos de enfermedad de Alzheimer y en uno propio que Lafora ha estudiado con minucioso cuidado, dando de él un notable protocolo anátomo-patológico, el autor español ha visto que la demencia senil no se diferencia de la senilidad normal, más que cuantitativamente y que sus características sintomatológicas y patológicas son las mismas, pero mucho más intensas y presentándose en más breve plazo. Así que, podría decirse, con propiedad, que *la enfermedad de Alzheimer representa una simplificación aun mayor del proceso senil, pues sobreviene más tempranamente, más rápida y más intensamente*. «Del mismo modo que la caricatura revela en pocas líneas las características fisiognómicas de un individuo,—expresa Lafora, — exagerando o acentuando sus rasgos, así esta enfermedad resume y concreta los síntomas y lesiones del lento proceso de la senilidad normal. De esto procede su importancia, no sólo como entidad clínica independiente, sino como elemento comparativo para el estudio de la patogenia del proceso senil.»





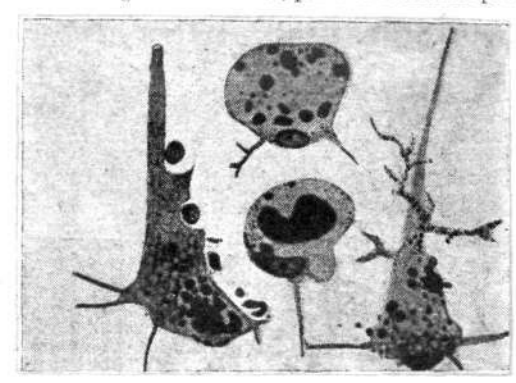
Placas seniles junto a capilares sanguíneos, vistas a gran aumento (según Lafora).

Desde hace algún tiempo, Maly, Robertson Metchnikoff y otros sabios, emitieron diversas teorías para explicar la senilidad, basándose en un proceso de intoxicación, ocasionado según el último de los autores, por las toxinas que se producen constantemente en el tubo intestinal a causa de las bacterias saprófitas, — flora salvaje, decía el viejo sabio ruso, — que pululan allí en número de millares de millones y que producían poco a poco la degeneración progresiva de los elementos nobles del organismo, — células musculares, glándulas y aún más las nerviosas, — la cual degeneración tenía por consecuencia la proliferación de tejidos conjuntivos y sus semejantes, como la neuroglia en el sistema nervioso. En este proceso tendrían parte esencial los elementos conjuntivos, merced a cuya acción destructiva o fagocítica, originaríase la destrucción de los elementos nobles hasta la proporción de hacer imposible la vida. Y fundamentó Metchnikoff en esta hipótesis, cuya verosimilitud está lejos de demostrarse, toda una terapia de la vejez, sustituyendo la flora intestinal parásita, mediante una alimentación adecuada y el suministro sistemático de *bacillus bulgarus*, por una no agresiva, no productora de toxinas. Los resultados de este método, frustraron las esperanzas que desde un principio se pusieron en él.

Otros autores, hacen de la senilidad un proceso fisiológico que puede ser influenciado por diversos factores; y las corrientes científicas modernas han llevado su estudio al fecundo campo de la endocrinología, en el cual las investigaciones de otro ilustre español, nuestro querido amigo el profesor Gregorio Marañón, de Madrid, han llegado a ser clásicas.

La teoría hipotiroideana de la senilidad, encuentra como hemos dicho, serias resistencias, si bien es cierto que Schnitzler, Lafora y otros autores han encontrado perturbaciones tiróideas apreciables a simple vista en tres casos de enfermedad de Alzheimer (veinte hasta hoy suma el total de los descriptos); pero muchas son las dudas que se ofrecen acerca de la exclusiva influencia del *hipotiroidismo* como causante de la senilidad prematura, debiendo interpretarse más bien las alteraciones anatómicas y funcionales que determina, como fenómenos concomitantes, dependientes del proceso involutivo senil de aquellas glándulas, y, por consiguiente, originados por la misma causa desconocida que produce la senilidad cerebral.

Es pues, en verdad, imposible, precisar si este proceso tiróideo es causa de la involución senil cerebral prematura y sus lesiones correspondientes, o si lo mismo que para el cerebro, existe para la glándula tiróides una causa morbígena desconocida; por lo cual creemos prudente concluir con el doctor Lafora, diciendo que: «En el estado actual de los conocimientos acerca de la patogenia de la senilidad normal y patológica, no podemos aseverar nada, pero sí permitirnos conjeturas para encaminar las investigaciones venideras por estos derroteros, a fin de que el resultado de ellas deseche de una manera definitiva o confirme con nuevos hechos lo que no había sido más que una especulación.»



Degeneración necrótica de las células nerviosas. Trátase de células piramidales en las cuales se observa la degeneración grasienta, la reticular y la cromatolisis intensa, en las células mejor conservadas, debidas a procesos degenerativos crónicos y agudos de dichas células.

«Hoy por hoy, podemos conjeturar, por tanto, que en los procesos seniles prematuros de naturaleza morbosa, intervendrá posiblemente una disfunción de la glándula tiróidea (hipotiroidismo), puesto que, en los pocos casos que van descriptos, en los que no se ha estudiado ni investigado nada relativo á la función tiróidea, el 15 o/o han mostrado clínicamente perturbaciones hipotiróideas intensas.»

Víctor Delfino.

Teresa de Jesús

La ciudad de Avila, situada al paso de los expresos internacionales, no tiene muchas de aquellas cosas que interesan a los viajeros atareados. Es inútil perder el tiempo en sus calles antiguas; una persona muy práctica no hallará ninguna lección de modernismo.

En Avila sólo *viven* los recuerdos del pasado. Pero está particularmente vivo el espíritu de una mujer genial que ha llenado con su aliento extraordinario la historia de la literatura mística. Y sólo para comunicarme con ese espíritu de Santa Teresa he descendido yo del tren y me entrego a las sugericiones de la noble ciudad.

A ninguna inteligencia será nunca permitido enfrentarse con la personalidad de la Santa sin un previo compromiso de pudor y de respeto. Nuestras mentes modernas pueden reservarse sus pensamientos frente a los grandes problemas religiosos; creer y no creer, en este caso, es asunto que pertenece al secreto de nuestra intimidad. Lo verdaderamente desatentado sería acercarse al alma de Santa Teresa con aire frívolo, como si examinásemos un caso vulgar y de todos los días. Hay espíritus excepcionales que nos imponen una inmediata compostura y nos obligan a descubrirnos y a bajar la voz.

Sin duda se ha operado en los últimos tiempos un cambio de conducta delante de los nombres, los actos y los enigmas sobrenaturales. Ya no se desea tanto destruir los símbolos ni deshonrar los prestigios grandes, como conocer la verdad; entendiéndose por verdad aquella suma variada de conocimientos que abarca desde el dato material y preciso de los fenómenos reales, hasta aquellos otros fenómenos aparentemente vagos que corresponden al mundo de la intuición, del sentimiento y de lo indiscernible o inefable.

El sistema burlón y mordiente que se hizo magistral con los enciclopedistas y culminó en el ágil ingenio de Voltaire, fué agotándose por culpa de su misma limitación o sequedad. Era un ejercicio temerario y seguramente suicida, por el cual las inteligencias más elevadas apresurábanse a reducir su propia fortuna ideal, rapando cualquiera especie de floración íntima y sometiéndose, por tanto, a una intencionada inopia. Y después, cuando se venía a los resultados, sucedía al fin que la verdad no pudo ser hallada más que a medias. Asir lo externo o el vestido de la verdad, es lo mismo que carecer de todo.

Más tarde intervino la ciencia pura, y llevada de su juvenil arrogancia, pretendió explicar los fenómenos inefables sólo con sus recursos de experimentación y sin auxilio de cualquiera otra experiencia intrusa. Era el momento brillante del naturalismo. Los gabinetes de las clínicas parecían ser la cumbre de todo conocimiento, y en efecto, asistíamos al trance conmovedor en que un hombre con gafas y blusa desinfectada ponía sobre la mesa de mármol todo cuanto el hombre consideró hasta entonces sagrado: ideas, sentimientos, amores, entusiasmos, fugas ideales, la cabeza y el corazón; todo fué sometido a un examen de clínica. Entonces surgieron los pseudo-sabios, los audaces y exitistas, que aprovechándose de la ocasión fabricaron una literatura sobre la base del cientificismo experimental. Aquella literatura, salpicada de términos científicos y oliendo a clínica, puso en boga las indagaciones neuropáticas. En fin, la frase definitiva fué pronunciada: «El genio es una enfermedad». Y enardecidos por el éxito, proclamaron que en un orden natural debemos poner al Dante junto al asesino, porque ambos participan de un mismo desarreglo nervioso. Entre los culpables de histerismo estaba Santa Teresa...

Es verdad que la Santa se adelantaba a ofrecer suficientes motivos de culpabilidad en aquel proceso estúpido. La dulce mano femenina que trazó las célebres confesiones en un estilo tan ingenuo como sublime, ¿estimó nunca que fuera prudente reservarse, contenerse o mentir? Al cabo de tres siglos, unos hombres con gafas y blusa desinfectada pondrían sobre la mesa de operaciones los párrafos ingenuos de la «Vida de Santa Teresa», y los nervios de la Santa, como sus transportes celestiales, como sus éxtasis y sus ensueños, serían analizados menudamente, hasta conluir en la fórmula fatal: histerismo religioso.

La misma Santa les ofrecerá suficientes pruebas. Oigámosle: (Capítulo VI de su «Vida»).

«Quedé de estos cuatro días de paroxismo de manera, que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta, de no haber pasado nada y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estar descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza...»

He ahí, en ese *paroxismo* que describe la Santa, un *caso* de epilepsia bien utilizable para los famosos psiquíatras literarios. Teresa de Jesús ofrecerá infinitos datos de igual gravedad. Véase este otro: (Capítulo X de su «Vida»).

«Tenía yo algunas veces, como he dicho (aunque con mucha brevedad pasaba) comienzo de lo que ahora diré. Acaecíame en esta representación que hacía, de ponerme cabe Cristo, como he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en El...»

Ahora bien, si en estos pasajes nos concretamos a una observación superficial, y será siempre superficialísima toda observación que se ciña a lo inmediatamente material; si en estas confesiones de un alma sutilizada por todas las experiencias de lo inefable, apelamos al histerismo, ¿habremos descubierto alguna vía seria y que merezca considerarse? Porque el histerismo, en el concepto de decadencia, y menos en el sentido de ludibrio, y menos aún en la acepción de inferioridad, no quiere decir nada. Porque sabemos de seguro que si al mundo le hubiese faltado por azar eso que groseramente y en bloque se llama histerismo, ni el arte, ni la invención, ni lo heroico, ni nada extraordinario y sublime existirían.

El histerismo por sí sólo no expresa, no define nada. Unicamente necesitamos saber, en cada momento, qué proyecciones o fines representa esa *irregularidad;* si tiende a lo alto y eficaz, o a lo ridículo y nulo. La niña coqueta que fastidia a sus parientes y amigos, es histérica y merece que la omitamos de nuestro interés; también es histérico y epiléptico el monstruo que perpetra crímenes de estupro y asesinato. Pero en seguida nos hallamos frente al genio creador, el héroe, el místico, y entonces comprendemos que es inútil cuanto se ha divagado en los últimos lustros acerca del histerismo en arte y en religión.

Lo indudable es que nadie se ha remontado tan lejos ni ha penetrado tan dentro del infinito como los místicos, hasta conseguir desdoblar el alma y hacer de ella dos, una que queda asida a lo cuotidiano, y la otra que asciende como un hilo de incienso hacia las esferas imponderables.

¿Qué cosa es esa fuga del alma, temblorosa flecha dirigida al infinito? ¿Qué misterio de visión y de claridad es ese? ¿Qué pensar de las desconcertantes palabras de Santa Teresa, cuando con aire sencillo nos revela «que en ninguna manera podía dudar que (Dios) estaba *dentro de mí*, o yo *toda engolfada en El*»?...

Avila, junio, 1918.

JOSÉ M.ª SALAVERRÍA.

LA NIEVE PENITENTE DE LOS ANDES ARGENTINOS

Como contribución al conocimiento geológico de la Argentina, el geólogo doctor Juan Keidel ha realizado un interesante estudio comparativo y detallado sobre la nieve penitente de los Andes argentinos. Aquel magnífico fenómeno, característico de nuestras cordilleras, apenas tiene una ligera bibliografía; para que ésta se hubiera enriquecido, hubiera bastado que el fenómeno encantara los paisajes de los Alpes o Pirineos.

Pocas son las bellezas andinas que pueden superar a la montaña de los Penitentes. Aquellas rocas cubiertas de nieve purísima, salpicadas de puntos negros, semejan, desde lejos, fantásticas legiones de monjes, en las más extrañas actitudes. En algunos sitios, aquellos penitentes de piedra y nieve, parece que escalaran la montaña, en una procesión dantesca de admirables contornos, en medio de la imponente soledad nevada.



Nieve penitente en el segundo ramal del valle Tambillos, altura 4.250 metros. Vista que muestra las puntas de contorno piramidal de los penitentes, que se desarrollan en la nieve invernal. Altura de las puntas: 2 a 5 metros.



Fondo de la Quebrada de la Vicuñita, a 4.400 metros de altura.

La causa principal del fenómeno, radica, según la opinión generalmente adoptada, en la radiación solar; pero los diferentes observadores divergen en cuanto al grado de la influencia de esa radiación y de las otras causas que pueden cooperar conjuntamente con ésta.

El geólogo doctor Keidel, en el resumen de su estudio, consigna las opiniones de los diversos observadores que difieren, dice, respecto a los procesos que producen la nieve penitente. Hasta hoy día se han invocado diversas causas. Entre éstas figuran en primer término la radiación del sol, el viento y la condensación zona, que, como se supone, tiene lugar donde capas de nieve se mueven lentamente sobre bases inclinadas. La dificultad del problema resulta principalmente de la diferencia de las observaciones y del error en comparar los caracteres generales y sobresalientes.

La distinción de Meyer entre «penitentes formados por el sol» y «penitentes por el viento» no presenta, dice el doctor Keidel, resistencia a un examen crítico detenido. El concepto de la nieve penitente, según él, se deduce del modo de su formación, cuya única causa es la radiación del sol.

La región ocupada por la nieve penitente en los Andes Argentinos es muy extensa. Los mayores campos se han encontrado en la alta cordillera, entre el río Diamante y los manantiales del río de los Patos; pero se presenta también más al norte y más al sud, como sucede en la cordillera de las provincias de San Juan y La Rioja y según Reichert en la parte accidental de la Puna de Atacama. Brackebuch, la encontró en Salta, entre el río Diamante y el río Atuél; sobre los extensos escoriales del Cajón Ancho se han visto formas especialmente grandes. Los lugares más australes en que se conoce la nieve penitente, están situados en los alrededores de la parte superior del río Grande. Los campos de nieve penitente más meridionales han sido observados, en febrero de 1912, por el doctor Backlund en la cima del volcán Tromen en la parte N. E. del territorio del Neuquén.

La nieve penitente sólo se conoce, hasta ahora, en el terreno seco de los Andes Argentinos. Fórmase esa nieve en su mayor parte de la caída en invierno, desapareciendo en el verano. En muchos lugares la nieve penitente se presenta en alturas inferiores a 3.500 metros. El doctor Keidel la ha observado, al norte del río Atuél, a una altura de 2.750 metros; pero existen muchos lugares donde se conoce en grandes extensiones y en formas especialmente extensas y cuya altura varía entre 3.000 y 3.500 metros.

Para la bibliografía geológica, el estudio del doctor Keidel representa un aporte de señalada importancia.

RICARDO EDWARDS.



Nieve penitente en la cabecera del Valle de Carcarta, a 4.300 metros de altura. Las crestas y puntas se observan principalmente en las alturas mayores. Altura de las puntas, de 3 a 4 metros.

EL "CIERRE" DEL NEGOCIO

Don Aquiles, retraído de su habitual sonnolencia por los gritos de su esposa (anunciándole), «gente» en el negocio, pareció meditar un momento; dudaba y esta duda tenía su lógica, una lógica de cuyos dictados era fiel intérprete el fundador de la zapatería «El porvenir de Villa Hermosa». El origen de esta duda debíase hallar en las piernas reumáticas de Don Aquiles, de suyo quejosas y rebeldes a los movimientos extemporáneos que las frecuentes bromas de su esposa obligaban a efectuar al entusiasta satélite del bonachón San Crispín. En verdad, muchas veces hubo de abandonar precipitado, Don Aquiles, el cómodo sillón-hamaca, gloria de su vejez al anuncio de clientes urdidos por su esposa, bromas éstas que epilogábanse con una estrepitosa carcajada preludio de algo que sabía a cicuta, para el viejo zapatero: este algo era el consabido consejito de «cierre» del negocio. De ahí, que bajo el temor de sucesivas tretas, su argucia de hombre metódico que no gusta de inútil derroche de energías y paciencia, diera solución al asunto con una pequeña abertura efectuada días antes en el tabique límite del despacho con las habitaciones interiores. Por este mismo agujero los cansados ojillos de Don Aquiles pudieron percibir la elegante figura de una «chica» entretenida en ese momento en la peligrosa tarea de conquistarse la simpatía del díscolo gato echado en el mostrador. Ya con la certeza de no ser engañado aventuró Don Aquiles hacia el negocio un paso que quiso hacer marcial a fuer de ruidoso, — coquetería ésta que cierto estaba el hombre costaríale una severa represalia de sus enfermizos miembros inferiores. Ya en el mostrador y no sin hacerse antes la halagüeña reflexión de que esa simpática chica quizás fuera el supremo argumento reivindicatorio de sus combatidas teorías pro-mantenimiento de «El Porvenir de Villa Hermosa», pronunció melifluo el: ¿qué deseaba?, de ritual.

Razones y razones harto poderosas asistían a la cuerda consorte de nuestro héroe cuando aconsejábale el cierre de la casa. Ultimamente, — este últimamente remontábase a dos años, — el prestigio de la antigua zapatería había ido cayendo lentamente con la aparición en los alrededores de otros comercios empeñados en «hundir» a Don Aquiles. Los clientes habían desaparecido y en razón directa fué decayendo moralmente el negocio, decimos moralmente, pues su propietario conservaba de los buenos tiempos una fortunita que permitíale sostener contra viento y marea el negocio; y a pesar de las continuas reyertas que con su esposa costábale el capricho de que el «Porvenir de Villa Hermosa» siguiera abierto al «público» para escarnio de las malas lenguas del barrio y de los ingenuos adversarios del acreditado zapatero.

¡Oh, no, eso del cierre no podía concebirlo sin horrorizarse; no podíase sin incurrir en una injusticia achacar este horror al orgullo de un comerciante resoluto y con su migaja de vanidad como corolario, que no quiere ceder ante la competencia, aún a despecho de las finanzas; no! Don Aquiles, con ser pundonoroso, lejos estaba de sentir esta debilidad. Eran otras las razones; quizás fuera de todas ellas la de más peso el natural escrúpulo que no deja de sentir todo mortal al romper de improviso con una costumbre, costumbre en Don Aquiles no rota en varios lustros; costumbre de las siestitas robadas al negocio en sus épocas de florecimiento; costumbres de los postigos que metódicamente abría por la mañana temprano y cerraba por la noche; costumbre, en fin, de hombre que todo lo ignora fuera del mostrador. Ahora sí, aquella joven que tenía delante era su desquite, su eureka, su providencia, su todo; y esta vez la compradora parecía ser de cierto fuste, ¡vaya si no lo era! A requerimiento de «su providencia» fueron bajando de los estantes las polvorientas cajas de botitas. ¡Por curiosidad, sabe!, musitaba a modo de disculpa la chica. Don Aquiles refocilábase. ¡Oh, no se equivocaba, era de las buenas compradoras! «El Porvenir de Villa Hermosa» estaba salvado. Las groseras razones de su cara mitad tendrían en lo sucesivo un categórico mentís... Las cajas seguían bajando, y desde la burguesa botita de becerro hasta la elegante de caña de terciopelo fueron desfilando ante la presunta compradora. Todas parecían abogar en su favor; pero la chica estaba indecisa. Al fin pareció tomar una resolución. No quedaba visible más que el mejor par de botas del surtido de la zapatería «El Porvenir de Villa Hermosa», Don Aquiles repitióse interiormente toda la retahila de argumentos con que antaño sostenía la calidad de sus artículos. La cliente parecía meditar mientras sus ojos seguían los movimientos acompasados del abdomen del viejo gato; consecuente con su reputada discreción el viejo zapatero respetó este silencio hasta donde su impaciencia resistió; luego creyendo llegado el momento pronunció el clásico estribillo: ¿Lo va a llevar? ¿Lo envuelvo? La compradora, vuelta a la realidad, inconsciente del drama que iba a provocar, contestó con zalamería: Era por curiosidad, ¿sabe? ¡Por ahora deme un par de cordones de seda! ¡Otro día llevaré las botas! Don Aquiles en ese instante tuvo necesidad de llamar en su auxilio la fugitiva sangre fría de antaño. Envolvió solemne el artículo y no menos solemnemente acompañó a la traviesa «chica» hasta la salida. Luego, regresó pausado a su sillón-hamaca indiferente a las aviesas ironías de su consorte...

«El Porvenir de Villa Hermosa» sigue aún «abierto al público».

CARLOS ROVETA DEMATEI.

Dib. de Martínez Jerez.



LA MUCAMA NUEVA

GOUACHE DE ALONSO



UN PUEBLO DE INMORTALES

Uno de los gustos que acostumbro tomarme cuando llego a las etapas de mi itinerario, es de presentarme solito a cualquier parte que se me ocurra, para gozar lo agradable de lo imprevisto.

Desgraciadamente hoy no puedo conservar el incógnito mucho tiempo, debido a los certificados de identidad que publica la revista de vez en cuando con las notas gráficas, y a las pocas horas de mi llegada a un centro de población, los vecinos empiezan a cuchichear, asomados a las ventanas o las puertas de calle:

— Es el hombre de CARAS Y CARETAS. ¡Cómo no! ¡Si te digo que sí!

— ¡Qué va a ser!... ¡Si es Carossini!...

— ¿Carossini? Bueno; parecido lo tiene con Carossini. Pero no es... Es CARAS Y CARETAS...

Resulta que, según dicen, tengo un parecido muy grande con un caudillo radical de Gualeguay, y en Paraná mismo esta coincidencia ha dado lugar a que fuera objeto de saludos afectuosos, de adioses prolongados por parte de personas que ni había conocido siquiera en fotografía, mientras otros sin más trámites se me habían acercado con los brazos abiertos y:

— ¡Qué tal, amigo Carossini, qué tal!... Me parecía y no me parecía... Pues es usted, caramba... ¿Y cómo le va?...

Y se quedaban helados, cuando, con una sonrisita que les enfriaba los entusiasmos, les decía:

— Caballero, sin duda ha de haber una equivocación... Hasta la fecha yo creo de ser siempre fulano de tal... Esto no implica que seamos amigos lo mismo. El corresponsal viajero de CARAS Y CARETAS a sus órdenes y celebro. ¿Por qué, señor? Al contrario... Celebro que este parecido me haya proporcionado motivo de conocerle...

Una campana misionera, en la iglesia de Nogoyá.

Y ahí un apretón de manos, una relación hecha sin más trámites.

Sin embargo, en estas ciudades del interior de la provincia todavía puedo pasar unas horas más tranquilas y meter la nariz aquí y allá sin verme perseguido por los ciudadanos ávidos de salir en fotografía, aunque no fuera más que como transeuntes por las calles del pueblo.

Si los mozos supieran el poder seductor que ejerce el objetivo, especialmente sobre el bello sexo, no habría ni uno que abandonara el Kodak un solo momento.

Empecé por visitar la iglesia, y de la iglesia me metí en el zaguán que da a las habitaciones particulares del señor cura.

Desde el zaguán noté una campana colgada de una manera curiosa, a unos tres metros de altura. Llamé dos o tres veces, y como nadie daba muestra de apercibirse del importuno, empujé la puerta y apunté el objetivo:

— Trik-trik...

Volví a cerrar el aparato, y precisamente en el momento en que estaba por reponerlo en su estuche, se me presentó jadeante el sacristán:

— ¿Qué quiere?

— Ahora ya no quiero nada... Es decir... ¿Qué campana es ésta? ¿Por qué la tienen colgada ahí?

— ¿Esta?... Es una campana misionera... Ha sido traída de Misiones hace tiempo, cuando los jesuítas dejaron de mandar allá... Hay otra en el suelo, pero está rota... ¿Quería hablarlo al señor cura?... Si pasa más tarde...

— Bueno... En todo caso pasaré más tarde...

De la iglesia me fuí a una botica que queda en la esquina de la plaza. Allí tampoco ni un alma, tanto que empecé a toser y zapatear con una cierta energía, como si quisiera quitarme el frío de encima, para llamar la atención de alguien.

Al poco rato compareció un señor bajito, regordete, vistiendo un amplio camisón blanco, uniforme del oficio:

— ¿Deseaba?

— Estee... Como estoy de paso, señor, me he permitido molestarle para que tenga usted a bien darme unos informes sobre el pueblo... ¿Usted es el señor boticario, verdad?

Suspiró, entornó los ojos:

— Pero no se hace nada, señor... Nada... ¡Tengo quince años de Nogoyá y ya ve!

— Sin embargo, me parece que está bien instalado...

— Una que otra zoncerita... He levantado esta casa que me cuesta un dineral y si mañana la quiero vender, no saco ni la mitad de lo que he gastado. ¿Quiere verla? Pase... Fíjese que patios... Esta es mi pieza de dormir, un comedor, no es por decir, un comedor regio... Laboratorio, depósito, otras piezas de dormir, sala... un capital enterrado aquí...

— Y dígame... ¿Ha oído hablar usted del doctor Pablo Mantegazza, ese que fué senador del reino en Italia, higienista, escritor, médico de fama?... Dicen que vivió un tiempo acá, en este pueblo...

— En esta ciudad...

— Disculpe... en esta ciudad...

— ¡Cómo no!... Las que deben saber mucho de Mantegazza son las Martínez, que viven al lado de la jefatura, en esa casa de altos que habrá visto... Allí mismo... ellas lo han...

Mientras estábamos en esto, llegó a la botica un señor a quien el farmacéutico me presentó en seguida:

— El señor Carlos Leguizamón, antiguo vecino de este pueblo, ex jefe político, conocedor como él solo de la localidad... Le podrá dar los informes que necesite, mejor de lo que yo pudiera hacerlo...

— ¡Qué suerte la mía!... Celebro de veras...

— Completamente a sus órdenes...

— ¿Y cuándo podríamos empezar?

— En este mismo momento, señor... Yo lo voy a presentar a la familia Martínez, familia muy antigua de acá... Vamos no más... Hay dos ancianas... la señora Adelina Martínez, viuda de Landeta, y la señorita Alejandra que tenía cuatro años cuando el doctor Mantegazza estaba en Nogoyá.

La casa de los Martínez es una de las más antiguas de la ciudad, casa de altos, construída por el mismo arquitecto que edificó la casa de gobierno de Paraná.

Allí viven en la mayor sencillez los descendientes de esta familia, que un tiempo fué de las más pudientes de la provincia.

Cualquiera que se presente es recibido allí como se recibían los forasteros en aquellos tiempos, de todo

corazón, brindándole lo mejor que hay en la casa, haciendo lo posible para que se olvidara de estar en casa ajena y tuviera la ilusión de encontrarse en la propia.

La señora Adelina, a pesar de su edad, es todavía llena de vida, nerviosa, con una memoria de una frescura admirable. Sus contestaciones son como pistoletazos a quemarropa y salen antes de que hayáis concluido de formular la pregunta.

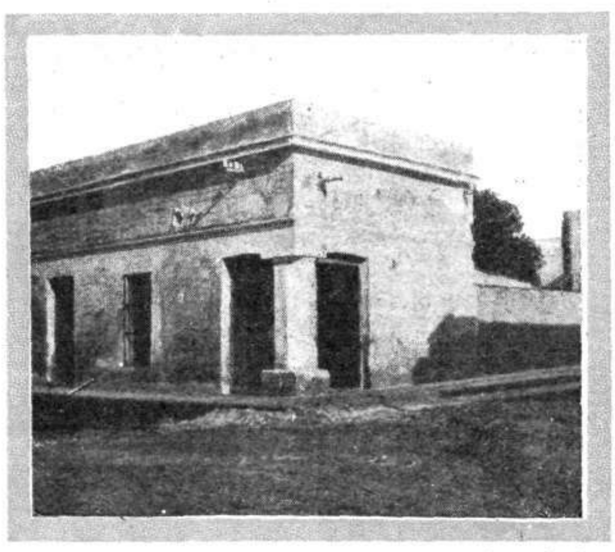
Parece que adivina lo que queréis decir, y que considera inútil dejaros gastar ulteriores palabras...

—¿Con qué la señora conoció al doctor Mantegazza?

— Como no lo he de conocer si era de casa, tan amigo de mi finado tata y de los Herreñú... Fué el primer médico que vino a Nogoyá... *Como sería* que cuando llegó al pueblo, entonces era pueblo no más, el pobre no tenía ni medio y se iba de a pie a visitar a los enfermos. Decía él que era para tomar aire, que el paseo le hacía bien... Luego un tal don Dalmacio le ofreció un caballo y *como sería*, que para pagárselo le ofreció de atender a la familia de don Dalmacio, gratis, por un año...

— Salió caro el caballo...

— ¡Qué esperanza, señor!... Si nadie se enfermaba acá, señor... Puras lastimaduras, heridas... Nunca tuvo ocasión de curarlos siquiera por un resfrío...



Casa donde vivió el doctor Pablo Mantegazza, en una esquina de la plaza de Nogoyá.

Como sería que tenía que casarse aquí en Nogoyá... Si pué... Andaba enamorado locamente de La Paz Herreñú, prima hermana de don Ventura Herreñú, que había sido padrino del general Roca... La Paz era una chica preciosa, pero no había nacido pa'querer a nadie... *Como sería* que cuando La Paz no quiso aceptar los galanteos de Mantegazza, éste sufrió un ataque de nervios, estuvo muy mal...

— ¿Y siguió escribiendo mucho tiempo después que se fué de acá? Digo si se mantuvo en correspondencia con ustedes...

— Siempre, señor, hasta hace pocos años... Era íntimo de mi padre y venía todos los días por casa, donde se reunían las muchachas de las mejores familias del pueblo y se hacía el «jaleo». Que nos hemos reído, señor, con el doctor... ¡Pero que hombre de a caballo!... Estaba loco por los caballos... Tenía uno que lo quería como a un chico, precioso animal... Esperesé lo llamaba Justo... Hubiera visto lo inteligente que era ese pobre animalito... Parecía un cristiano. Obedecía a la voz no más... *Como sería* que se lo robaron...

— ¿Pero, quién se lo robó?

— Un brasileño, según parece, un comprador de hacienda... Le ofreció primero un dineral y como no se lo quiso vender de ninguna manera, un buen día se lo hizo desaparecer... *Como sería* que el doctor lloró como un chico por no poderlo hallar por averiguaciones que hiciera.

— ¿Tiene recuerdos de él, señora?

— Ese escritorio... ese perteneció al doctor Mantegazza... Conservamos también su retrato regalado a mi finado tata... Un momentito que se lo voy a buscar... Mientras tanto entreténgase usted en ojear este álbum de retratos antiguos.

Desfilaban delante de mis ojos figuras viriles de hace un siglo, damas suaves, modelos de bellezas criollas, ataviadas con los vestidos de antaño y algunas con peinados monumentales... Me llamó la atención un espléndido tipo de gaucho, de estanciero, con negra barba entera, una figura noble, aristocrática en su porte:

— ¿Quién será éste, señora?

— ¿Este?... Don Ventura Herreñú, que fué padrino del general Roca, de don Julio A. Roca... El mismo...

— ¿Padrino? ¿De bautismo?

— De confirmación... ¿No ve que los dos, Roca y Herreñú, estaban en el Colegio del Uruguay y los muchachos más en años hacían de padrinos a los más chicos? Don Ventura fué el padrino de don Julio y era nuestro tío... *Como sería* que el general Roca le apreciaba muchísimo a Herreñú, y más de una vez quiso proporcionarle puestos importantes... Pero Ventura no quiso nunca...

Nogoyá es un pueblo donde la vida se prolonga hasta los ochenta y los cien años. Se cuentan por decenas los que han pasado los ochenta y gozan de perfecta salud.

En un ranchito que da a los fondos de la Jefatura de Policía vive un viejo paisano, Lucio Cardoso, que entra en los ochenta y que hasta hace poco tuvo como compañero de hogar a Blas Oria, que fué tambor de San Martín.

El antiguo soldado que murió no ha mucho, conservaba como reliquia de aquellos tiempos su tambor, que se encargaron de destrozar los muchachos a los pocos días de la desaparición de su dueño.

A la cuadra y media de la plaza vive, lo más fresco y lozano, Fortunato Solís, otro octagenario, que me decía, como si se tratara de la cosa más natural del mundo:

— ¡Aquí me tiene todavía, gracias a Dios, en buena salud! En mi vida no he tenido nada... Solamente en estos últimos años estuve algo embromado y me operaron dos veces en Buenos Aires... Sí, señor... Voy en los 85 años y hace cosa de cuatro me sacaron unos cálculos en el Hospital Rawson... Un par de años antes me habían operado en el Hospital de Clínicas.

— ¿Le dieron cloroformo?

— ¡Cómo no, cómo no!... Y sabía hacerlos



La familia Martínez, rodeando el escritorio que perteneció al doctor Mantegazza.

reir a los médicos... Sabrá usted que van siempre de guardapolvo blanco, medio enmascarados... y les decía: ¡Ustedes me parecen los soldados del batallón Fidelidad en los tiempos de Urquiza,... siempre listos para el degüello!...

— ¿Y se encuentra ahora perfectamente?

— ¡Cómo un muchacho, cómo un muchacho!... Si aquí sabemos vivir hasta que nos cansamos. No hace mucho murió una señora de 104 años que toda su vida la dedicó a la enseñanza... Empezó a dar clase cuando tenía 16 años, y como sería que siguió en el oficio hasta los últimos días de su vida...

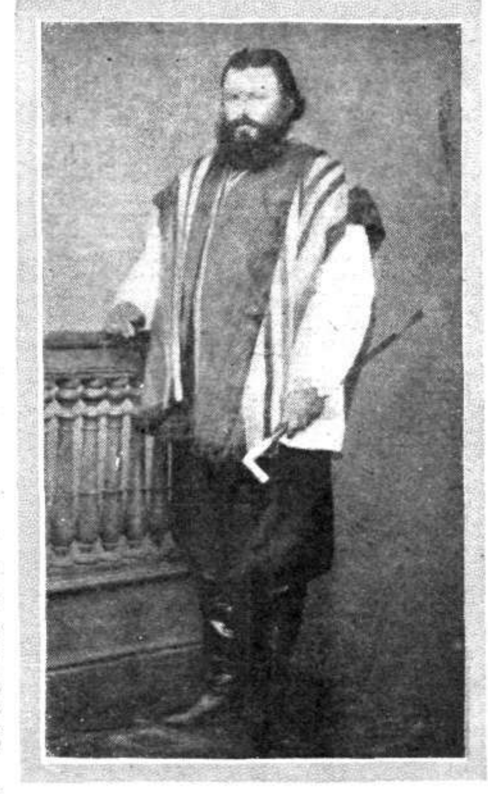
— Pues... ¡qué no se canse usted nunca de vivir!

— Por el momento a lo menos...

Cuando el último censo, la Comisión Central, algo intrigada por este exceso de inmortales, pasó una nota a la subcomisión de Nogoyá pidiendo se sirviera averiguar si realmente era cierto que:

Don Pedro Moreira y doña María Peralta habían tenido 18 hijos y que todos vivían todavía, y si era cierto que los padres alcanzaban la edad de no sé cuánto.

Si era cierto que: doña Josefa de los Santos y doña Encarnación Cardoso, mellizas, habían nacido el año 24, y estaban vivas todavía y en buena salud.



Don Ventura Herrenú, que fué padrino de bautismo del general Julio A. Roca. (Fotografía perteneciente a la familia Martínez.)

Si era cierto que: don Calixto Pavón había nacido el año 25, si... en fin, una serie de «si era cierto» que no terminaba nunca y que se referían todos a la longevidad asombrosa de estos ciudadanos.

Con decir que hace poco, muy poco, que falleció el coronel Lencina, el chasque que en los tiempos de la Confederación traía a Paraná el dinero recaudado en Corrientes.

Y Nogoyá ha conservado su antiguo «cachet» criollo a pesar de la luz eléctrica, del teatrito que funciona un par de veces por semana en lo de Bianchi, donde se exhiben vistas tremebundas, mientras un público de habitués llena el salón de la confitería, echa humo, escupe y traga, entreteniéndose al tuti, a la escoba o al tresiete.

La mayor parte de las familias tiene todavía un regimiento de chinitas, de huérfanas regaladas para los servicios de la casa, muchachas que forman parte de la familia y que ni sueñan entre las cosas posibles que se pueda cambiar ambiente para buscar algo mejor; que se estremecen de gozo y se sienten altamente halagadas, cuando la dueña o el dueño las obsequia con un par de zapatillas o un corte de percal, o mejor todavía les regala ropa interior que ya no sirve para ellos.

— ¿No te gustaría venir a Buenos Aires?... ¡Una ciudad tan grande, tan linda!... Imagínate una ciudad cincuenta veces más grande que ésta...

Me tomé el gusto de hacer esta pregunta a más de una, y siempre con el mismo resultado:

— ¡Si va mi patrona, cómo no! ¿Y dice usted una ciudad cincuenta veces más grande que ésta?... ¿Y cómo hace para «dir» a su casa? ¡Se la pasará en coche todo el día! ¿Sabe qué me parece cuento?

Abandonar a la casa donde se criaron les parecería un delito tan grande como el de una esposa que dejara el hogar, una falta imperdonable, una traición.

Y todos los acontecimientos de familia, nacimientos, muertes, matrimonios de estos viejos no tienen otras fechas de referencia que la época de Urquiza.

— Fué allá un par de años antes del asesinato de Urquiza... pocos meses después del pronunciamiento... Cuando la revolución de Jordán...

Es un pueblo de guerreros; están en la tradición, en la sangre, la rebelión y la altivez. Todos han tenido militares entre sus ascendientes...

— Mi padre era coronel, mi abuelo capitán de don Justo... Todos en aquellos tiempos eran soldados de los 15 a los 60 años... De repente don Justo pegaba el grito y había que ir...

Sin duda todo esto ha contribuído a forjar un sentimiento profundo de dignidad en el pueblo entrerriano, que no sufre imposiciones, vengan de donde vengan.

Hablaba durante mi estada en Nogoyá con un personaje radical que ocupa un puesto eminente y me decía:

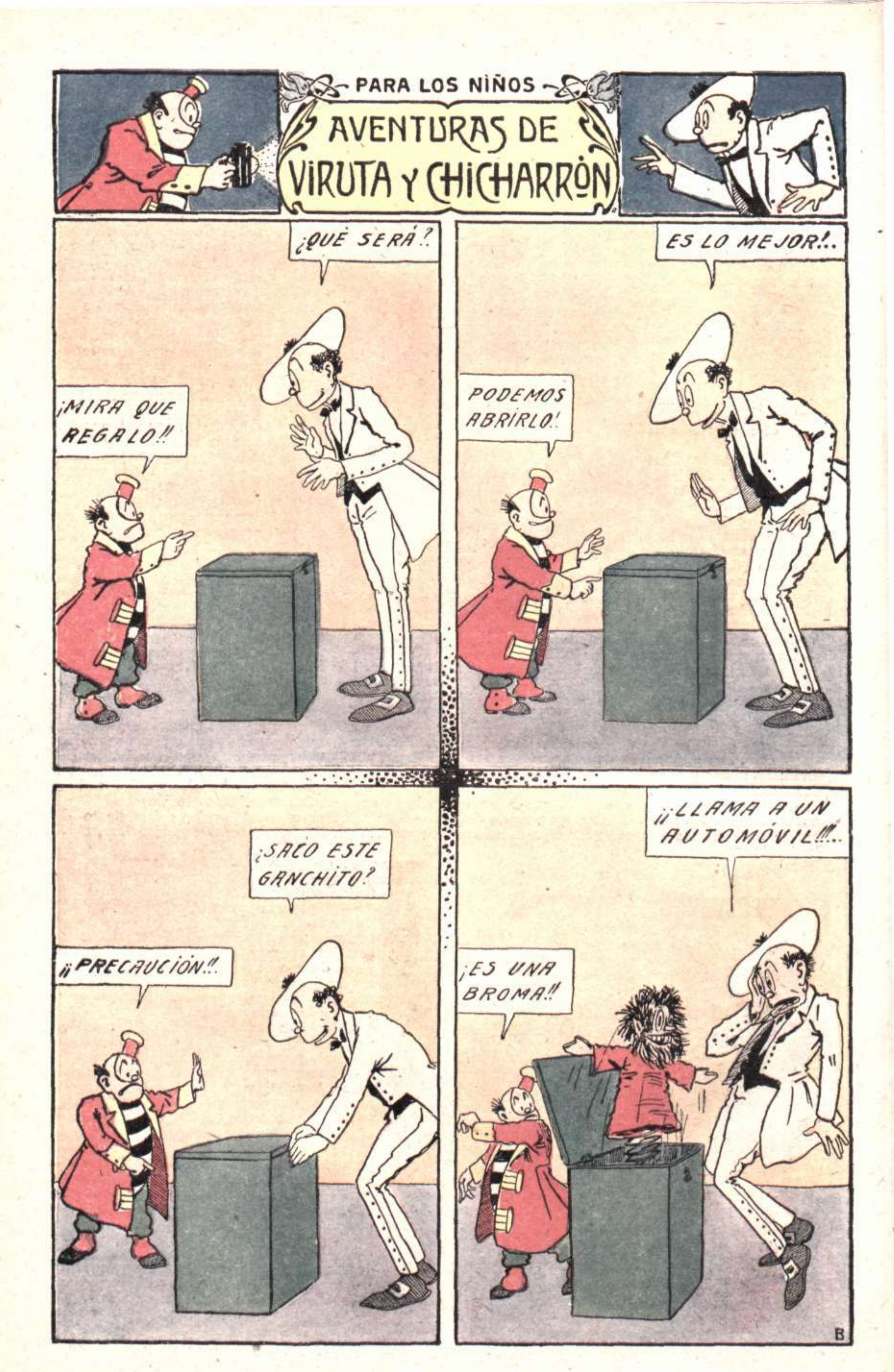
— Esos señores de Buenos Aires se han pensado que nosotros, porque somos provincianos, tenemos necesidad de tutores y consejeros... ¡Están frescos!... Voy a darle un dato: cuando la convención radical en Paraná, se le ocurrió a un señor que no le quiero nombrar, pero que hoy... es gobernador de la provincia de Buenos Aires, de mandar un telegrama diciendo que se esperara a inaugurar la convención, pues iba a llegar él acompañado por otros ases del radicalismo de allá... ¿Piensa usted que se le llevó el apunte?... Faltaba más... ¡Mire la ocurrencia!... ¿Quién le ha pedido consejos?... Y tan luego nosotros los entrerrianos que, digan lo que quieran, somos los a quienes el país debe en gran parte si hoy día es lo que es... ¡Y si no, que lo diga la historia!



De izquierda a derecha: el doctor Carlos Leguizamón y el viejo Lucio Cardoso.

Dr. A. Vaccari.

Nogoyá, junio, 1918.


PARA LOS NIÑOS
AVENTURAS DE VIRUTA Y CHICHARRÓN
¿QUÉ SERÁ?
¡MIRA QUE REGALO!!
ES LO MEJOR!..
PODEMOS ABRIRLO!
¿SACO ESTE GANCHITO?
¡¡PRECAUCIÓN!!
¡¡LLAMA A UN AUTOMÓVIL!!!..
¡ES UNA BROMA!!
B

"La paloma mensajera"

La paloma, que por su mansedumbre ha servido de símbolo a tantos poetas, pero que, prácticamente supo utilizar Marte para sus comunicaciones rápidas

Hermoso ejemplar, que obtuvo el campeonato del año 1917.

La comisión directiva de la sociedad colombófila «La Paloma Mensajera».

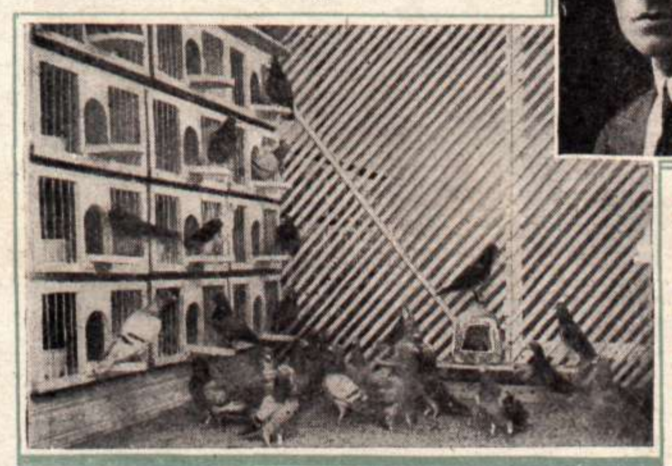
Clasificación y alistamiento de palomas.

Señor José Querol, presidente de la sociedad.

y que mereció nuestra consideración gastronómica, fué una de las infinitas conquistas de la inteligencia humana.

¿Quién diría, al ver a las «cándidas palomas» planear indolentemente en el espacio, que puedan ser portadoras de la felicidad o de la desgracia?...

Señor Agustín Marenzi, secretario.



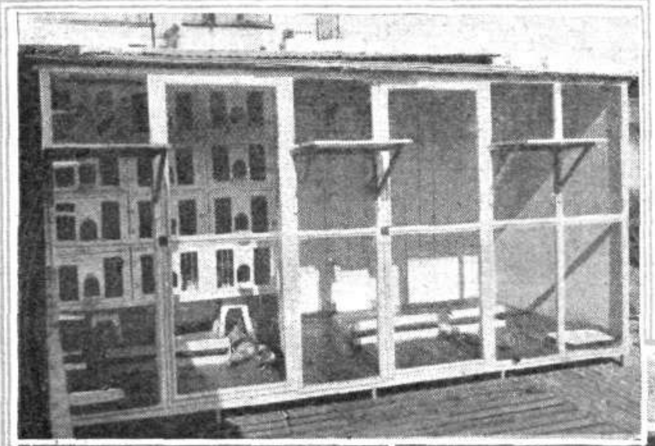
«La Favorita», palomar modelo, de propiedad de uno de los asociados.

La aplicación de esta avecilla como medio de comunicación a largas distancias, se remonta a épocas prehistóricas, insospechadas. Se las empleó casi siempre como mensajeras de infortunio, ¡a ellas, pobrecitas, tan blancas o tan grises, mas siempre inocentes!...

A pesar de toda la preponderancia del hombre sobre sus subordinados del reino animal, parece que, por algún designio divino, comprendieran que su misión no es precisamente la de ave agorera, y si no recordemos la bíblica paloma que llevó a nuestro antepasado Noé el ramo de oliva, símbolo de la paz celestial.

En todo y a pesar de todo, vemos en ellas la bondad, y aunque sean anuncio y portadoras de las mayores calamidades, no podemos menos de exclamar: ¡Pobrecitas, tan cándidas y buenas!...

Actualmente las palomas reconquistan sus fueros. Su aplicación como mensajeras



«La Mascota», otro de los palomares modelos de que dispone la sociedad.

bélicas cayó casi en desuso; el telégrafo con o sin hilos las suplanta ventajosamente, ya que es imposible cazar a tiros a un radiotelegrama...

Hoy día, la paloma mensajera es un elemento de sport. Dicho sport, además de la sana distracción que proporciona a sus cultores, tiene la ventaja de su utilidad en caso necesario.

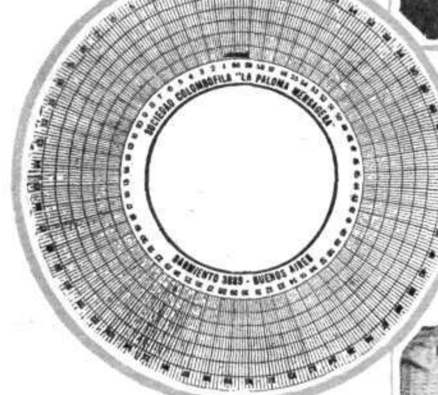
Son *múltiples, entretenidísimas* y curiosas las fases de un palomar de mensajeras y en él se confunden entre los más heterogéneos elementos, como ser el maíz y el alambre tejido, los exactos y complicados cronómetros registradores... Existen palomares de mensajeras en todos los países del mundo; ya sean de *aficionados colombófilos* o para comunicación auxiliar en el ejército.

En nuestro país contamos, además de los palomares militares, con muchos de propiedad particular y además con la sociedad colombófila «La paloma mensajera».

Esta sociedad fué fundada el 28 de octubre de 1904, por iniciativa del señor José Querol, quien desempeña el cargo de presidente desde hace trece años. Sesenta y cinco socios componen la institución, y entre todos ellos ponen más de cinco mil palomas de buena raza.



Revisando los cronómetros registradores.



Planilla del cronómetro registrador.

En Buenos Aires se efectúan anualmente, por cuenta de esta sociedad, treinta y cinco concursos de mensajeras, en una distancia de mil kilómetros, siendo los más importantes: el Derby Nacional de Pichones, de 400 kilómetros; Copa «La Argentina», donada por el diario del mismo nombre, de 310 kilómetros; Campeonato, de 500 klms.; y el de Resistencia, de 1.000 klms.

CHARRÚA.



Soberbio ejemplar, ganador del campeonato correspondiente al año 1916.



Control de canastos, en los que se remiten al interior las palomas mensajeras.



AL MARGEN DE LA VIDA

DIALOGOS CONYUGALES

Ella y El, en sendos, amplios sillones, leen los diarios de la noche al amor de la suave luz que irradia una lámpara con gran pantalla de seda verde. En la grata intimidad del cuarto de trabajo, gusta El la compañía de Ella, más que la de los bulliciosos amigos del Club, porque Ella sabe callar, si El está taciturno o preocupado. Sabe escuchar si El está en vena de disertaciones filosóficas. Sabe charlar, sencilla y discreta, si a El le place escucharla.

Selim, el mimado gato de Angora, indiferente y sibarita, duerme sobre un almohadón. Es feliz: más feliz que muchos niños que esta noche no tienen ni el calor del cariño de una madre...

Deja Ella el diario y dice: — Otra comida, y con esta van catorce...

— Para no dejarlas en trece, contesta El levantando los ojos de su lectura. ¿De qué comidas hablas?

— De las que está dando María del Rosario en el Hotel Z. Por lo visto no quiere dejar sin comida a una sola de sus relaciones...

— Y es lo justo, queridita: Si hay para unas debe haber para todas.

— Tienes razón; pero... ¿no sería más natural que teniendo como tiene una soberbia residencia, invitara a su casa, y no al hotel? A mí me parece que...

— ¿Qué tú lo harías así? No lo creas chiquita: Seguirías también la moda de dar comidas en el hotel y tendrías razón.

— ¿Explícate?

— Verás: En el hotel tienes todo dispuesto cuando llegas, fresca y sin preocupaciones domésticas, a esperar a tus convidados, a quienes ofreces, además de una buena comida, *bien soignée* como dicen los franceses, una buena orquesta y el agradable espectáculo de una concurrencia numerosa, entre la que habrá seguramente elementos de tu mismo círculo, que te será agradable encontrar y otros exóticos y heterogéneos que te divertirá observar.

— Sí, bueno, pero...

— Pero no es la intimidad exquisita del hogar, ni es el encanto de todo aquello que nos es personal, ¿no es así?

— Sin duda; a mi ver, con tal sistema va a desaparecer por completo el placer de esa clase de reuniones. Serán más brillantes, halagarán más la vanidad de los comensales, pero pierden todo el atractivo, todo el prestigio de las comidas en la propia casa, con la vajilla propia, con la mantelería en que luce la cifra de su dueña que acredita su buen gusto, en el adorno de su mesa, en la sencillez de su menú, en la elegancia de sus salones, en todas las grandes y las pequeñas cosas que hacen agradable el «home»...

— Tienes razón, tal vez, mi amiga; pero si vivimos en cierto modo una vida desorbitada, si el hogar va siendo cada día más un simple *pied a terre*, si el padre por un lado, la madre por otro, van de fiesta en fiesta *cumpliendo sus deberes sociales*, olvidando los deberes domésticos y si los hijos y las hijas, cumplen también con esa nueva ley de la sociabilidad obligatoria, no van ya quedando casas que estén en condiciones de competir con los hoteles modernos en cuanto a confort, lujo y elegancia para dar comidas.

— Vas a terminar por convencerme; pero... esas modas se explican entre aquellas personas que no tienen sus casas preparadas para hacer frente al lujo y a las exigencias de esa clase de recepciones; pero María del Rosario, Elena, Rafaelita, que tienen museos de arte y de confort, ¿por qué no lucen sus palacios? ¿Por seguir una modalidad nueva?

— Solamente por eso. Porque sí; por el eterno afán de snobismo que ni aún el siniestro resplandor de la guerra consigue desterrar del mundo...

Selím ha estornudado... y ambos miran alarmados hacia el mullido almohadón, donde relampaguean los ojos brillantes del gato, que parece reír...

Dib. de Hohmann. LA MAESTRA CIRUELA.

El paseo de los cardenales

En ninguna ciudad del mundo se ven tantos cardenales de paseo como en Roma; pero para verlos es necesario ir a determinados sitios, que parecen a propósito para los que buscan la tranquilidad y la paz. Los cardenales no pueden andar a pie por el interior de la ciudad, por lo cual, en las calles más frecuentadas, se les ve en carroza, y a veces, hasta en automóvil. La carroza de los cardenales es típica, y fácilmente reconocible entre mil: caballos negros de larga cola, al paso que los caballos de las familias señoriales llevan la cola recortada; cochero vestido de negro y con sombrero *medio-cilindro* opaco, como los *claques;* al lado del cochero, el camarero del cardenal. Y aquí se observa otra especialidad de los equipajes cardenalicios. Mientras los servidores de las familias aristocráticas llevan afeitado el bigote, los camareros y cocheros de los cardenales llevan el bigote entero y se enorgullecen de ello. La iglesia, así como ha consentido en cortar la cola a los caballos, ha querido conservar el bigote a los servidores de los cardenales.

Los cardenales modernos, han hecho estudios especiales para escoger el lugar predilecto para sus distracciones peripatéticas. Cada uno tiene su rincón preferido. Muchos van al Janículo, es decir, la parte más alta de Roma, desde la cual se domina un vasto panorama, y escogen precisamente el breve espacio comprendido entre el faro donado por los italianos residentes en la *República Argentina* y la plazuela.

La escena del paseo es siempre la misma, y tal como lo representa el dibujo que acompaña estas líneas. El cardenal, acompañado de su secretario, ambula por la limpia y cómoda vía; a diez o doce metros sigue el camarero, y después la carroza. Los más ancianos, la quieren siempre cerca; los menos viejos, más distante, para tener más libertad y llamar lo menos posible la atención de los transeuntes. Los muchachos, que nunca dejan de correr a besar la mano de los obispos, no se atreven a acercarse a los cardenales, algunos de los cuales llegan hasta la Villa Borghése, pero a horas en que es poco frecuentada y buscando el rincón más escondido. La vía Nomentana es otro punto concurrido por los cardenales. La vía, que es muy larga, con árboles y cómodas escalinatas, se presta mucho para el pasear tranquilo.



Naturalmente, los paseos de los cardenales están en relación directa con sus gustos y con sus condiciones físicas. Algunos se alejan hasta ocho o diez kilómetros de la ciudad, llegando a los solitarios caminos de la campiña romana. Nuestros padres recuerdan aún al cardenal Di Pietroil, que sin preocuparse de la etiqueta, se iba a pie a su villa, recorriendo tranquilamente 30 kilómetros, sin fatigarse.

Ahora, los cardenales son mucho menos ricos que antes. En 1510, las rentas del Sacro Colegio alcanzaban a cerca de medio millón de ducados, es decir, casi un millón de pesos oro: y como en esa época los cardenales no eran muchos, cada uno tenía una renta de más de treinta mil pesos oro, por término medio. Entre los cardenales más ricos se recuerda al de Aragón, que tenía 24.000 ducados de renta y heredó 40.000 más de su hermana. El cardenal Galeotto Della Rovere, a los veinticuatro años, disponía de cien mil pesos oro de renta. Cuando los cardenales morían sin testar, sus bienes pasaban a la Santa Sede, y los maestros de ceremonia tenían derecho a parte del mobiliario, y a los objetos y telas que se habían empleado en los funerales. Los herederos que deseaban conservar el anillo cardenalicio, debían pagar una suma respetable a la Cámara Apostólica.

Pero no hay que creer que todos los cardenales de aquella época eran nababs. Algunos, no sólo morían pobres, sino con deudas, como, por ejemplo, el cardenal Sanzeverino, que dejó un activo de 26.000 ducados y un pasivo de más de 27.000.

Hoy, los cardenales tienen rentas más modestas y no pueden permitirse el lujo de ricas carrozas. Pocos son los que tienen un hermoso automóvil, como el del cardenal Merry del Val, y numerosos criados. El mundo se va transformando, y la política de la economía doméstica ha penetrado hasta las casas cardenalicias. Pío X suprimió los caballos de las caballerizas pontificales, y es de prever que pronto se suprimirán también en las caballerizas de los cardenales. Y quizá es el caso de preguntarse si nuestros nietos verán a los cardenales en tranvía...

El suizo de la guardia.

Roma, junio de 1918.

Dib. de Mario Barberis.

UNA SOLA CALIDAD



Todas las latas dicen y contienen lo mismo

"Puro de oliva, calidad extra fina"

VENTA ANUAL **3.600.000** LATAS



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



214 — Jugando en la arena.
GUILLERMO BAYLEY.



215 — Jugando a los arquitos.
CATALINA ABSI.



216 — El molino de la aldea.
PABLO RACIOPOPI.



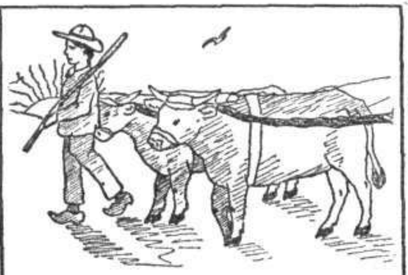
217 — El pastor y sus ovejas.
DORA HADJÉS.



218 — La japonesita.
MARGARITE ZAPALLINI.



219 — El tano José.
T. BERTOZZI (H.)



220 — Dirigiéndose al trabajo.
JUANA URQUIZA.

Los cubiertos de

"Plata Princesa"

son los únicos que pueden prestar en el uso
los mismos servicios que los de plata maciza.



Presentamos en este anuncio un hermoso juego de cubiertos de "Plata Princesa", colocado en un lujoso estuche de caoba incrustada, que forma parte de la colección que en los estilos más modernos y diversos tenemos en exposición y venta en nuestros Salones.

ESTILOS MODERNOS - CALIDAD y DURACION

Son las características de todos los artículos
que obstentan el sello de "Plata Princesa".

Mappin & Webb

LA CASA DE MODA PARA REGALOS DE CALIDAD

SALONES EN BUENOS AIRES - 28, FLORIDA, 36

LONDRES PARIS ROMA LAUSANA RIO DE JANEIRO

Tonina

Con su cesta llena de rosas pasaba una mañana Tonina junto al establo, cuando oyó unos débiles vagidos que le hicieron volver la cabeza. Y el espectáculo que se ofreció a la vista de la niña, la entristeció. Al lado de su madre muerta, se lamentaba tristemente un corderito nacido el día anterior y cuyo suceso provocara en Tonina la más viva alegría. Ahora veía al corderito sin madre y había que pensar en prestarle inmediata ayuda. Dejó en el suelo la cesta de flores y entró sin vacilar en el redil. Tomó al huerfanito entre sus brazos y sin cuidarse del lindo traje de muselina que vestía aquella mañana y que el corderito ensuciaba, lo llevó hasta donde se encontraba una oveja, madre también de reciente data, para que se encargara del pobre animalito. Este, cuyo dolor se había calmado al tomarlo Tonina en sus bracitos; que la miraba con ojos tiernos como tratando de darle las gracias por su protección y cuidado, ni bien le hubo dejado en el suelo junto a la oveja que él veía por vez primera, prorrumpió nuevamente en ayes lastimeros. Tonina, que buscaba pasto seco para hacerle una camita al huérfano, se sintió triste otra vez, pues comprendía que el hijo lloraba la ausencia de su madre y que le sería a ella imposible consolarlo. ¿Qué podía hacer? Consultaría a su mamá y ella le indicaría algún medio. Con el pasto recogido y unas pajitas, preparó el lecho para el corderito y lo colocó en él, con tanta suavidad y cariño como sólo puede hacerlo la más amorosa madre. Luego, se fué a su casa y volvió con una taza de leche tibia que el corderito bebió ávidamente. Desde aquel día, viendo el gusto con que el corderito aceptaba el alimento de sus manos, se constituyó en su madrecita, y todas las mañanas, ni bien se levantaba, llevaba al corderito el blanco y delicioso líquido que un peón extraía minutos antes de las ubres repletas de una vaca que pastaba cercana.

Así transcurrieron varias semanas hasta que el corderito se halló en condiciones de ir de un extremo al otro, de triscar libremente.

Una tarde de primavera, cuya belleza era tal que a su encanto no hubiera podido librarse ningún corazón capaz de comprenderla, Tonina se arriesgó a pasear solita por los alrededores del lago situado en las proximidades de su casa. Nubes pequeñas y vaporosas flotaban sobre los árboles y sobre la torre del campanario de la iglesia cercana, bañados por los rayos de un sol poniente, que en su despedida dejaba anchas fajas de luz sobre las aguas del lago.

Tonina, seducida por toda esa belleza, comenzó a alejarse del lago y se internó en el bosque, sin tener en cuenta la hora y la soledad en que se hallaba. Llegó un momento en que la niña comprendió que se había extraviado y sintió un gran miedo. Los árboles y las margaritas silvestres que encontraba a su paso, parecíanle duendes y hadas encantadas por alguna mala acción o por un sentimiento perverso.

La madre de Tonina, afligida, recorría los alrededores del lago y temiendo que su hija hubiese perecido ahogada, derramaba copiosas lágrimas. La acompañaba en su penosa peregrinación el perrito que había sido el juguete y compañero de juegos de su idolatrada niña, y el mismo perro daba expresión a su dolor con tristes aullidos. Cuando su dolorida ama exclamaba: ¡Oh, hija mía! ¡Búscala *Babbi!* el animal la miraba con ojos inteligentes, como si comprendiera lo que le decía, pero en vez de correr por el lago, meneando la cola, tomaba el camino del bosque, y regresaba después de una larga carrera a acariciar los pies de su ama.

Mientras tanto, ¿qué había sido de Tonina? Cuando ya desesperaba de encontrar el camino de su casa, cuando el miedo la dominaba cada vez más, sintió el balido de su cordero favorito y orientándose hacia el sitio de donde aquellos partían, se halló no sólo con él, sino con la manada de ovejas que el pastor volvía al redil. Rebosante de alegría abrazó a su corderito y retornó a su casa, platicando amablemente con el pastor, quien también se sentía contento de hallarla. Al abrazar a su madre, que dichosa volvía a ver a su hija, díjole: "¡El corderito, mamá, ha recompensado mis desvelos y por él vuelvo a verte!"

ADELIA DI CARLO.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

— Con tus palabras dulces y melosas, azucaras mi vida. En estos momentos eres una mujer capaz de resolver un grave conflicto de primera necesidad.

— ¿ Cuál ?

— El del abaratamiento del azúcar.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.

Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. —N.º 36.

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.

Cuando estaba yo en París y hubo el bombardeo aéreo, no me despertó el ruido de las bombas.

—¿Cómo fué eso posible? ¿No hacían mucho ruido?

—Un ruido tremendo.

—¿Y usted no se despertó?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me había dormido todavía.

SARTO.



—*¡Caramba! creo que me he olvidado de algo...*

—*¿No será de un carro para llevar todos estos paquetes?*

J. RIU.

—No podremos hacer la escena del naufragio esta noche; las olas se han declarado en huelga.

LAMAS.

—Si yo tuviera una cara como la tuya me suicidaría hoy mismo.

—Pues si yo tuviese un rostro como el tuyo, andaría de espaldas toda la vida.

G. P.

Cierto remendón muy humorista, colocó en la puerta de su boliche un letrero que decía: "Este es un hospital de botines".

Un burlón le lleva un par tan estropeado, que el zapatero se rehusa a componerlo.

—¿Por qué?—le dice aquél.—¿No es éste, acaso, un hospital de botines?

—Un hospital, sí; mas no un cementerio—le contestó el zapatero.

ANTOLÍN.

—Papá, ¿qué es un optimista?

—Un optimista es un hombre que no le importa nada de lo que pasa cuando no le pasa a él.

SALUSTIANO.



—*No doy dinero a los vagabundos.*

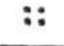
—*¿Y qué quiere usted? ¿Que ponga un escritorio para recibir limosnas?*

LÓPEZ.

—¿En qué se funda usted para afirmar que el cometa Halley volverá a presentarse dentro de ochenta años?

—En nada: es un presentimiento.

M. POL.

ULTIMOS INVENTOS  SIEMPRE NOVEDADES



U. T., 6273, Av.

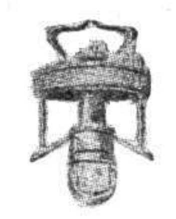
BAZAR YANKEE

211 - ESMERALDA - 223

P. A. LITERAS

LOS ESTADOS UNIDOS, EN LOS ACTUALES MOMENTOS, PRODUCEN LOS ARTÍCULOS MAS INTERESANTES A PRECIOS RELATIVOS

LAMPARA A ALCOHOL



Luz potente y clara; luz de 80 bujías, consume $ 0.02 por hora....... $ 20.—

IMPRENTA COMPLETA



Para hacer rótulos, etiquetas, etc., con todos los útiles necesarios.... $ 5.—

AMER



Máquina eléctrica para tomar masajes; cura el reuma, ciática, etc., $ 25.—

Peine especial, para cortarse el pelo.

PIDA PRECIO

MAQUINA DE ESCRIBIR



Maquinita con números y letras; se puede escribir correctamente una carta, $ 4.—

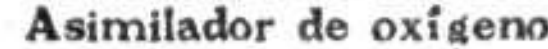
MOTORES A LEÑA



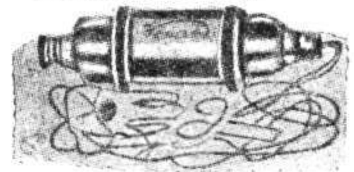
La fuerza motriz más barata. 1 H. P., 2 H. P.

FARADOR

Asimilador de oxígeno



ULTIMO INVENTO



LA MARAVILLA DEL MUNDO

Reumatismo nervioso e insomnio.

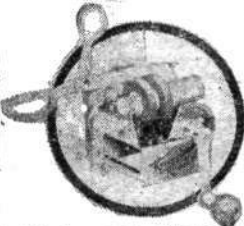
CATALOGO GRATIS

DARCHE



Reloj con despertador, con bobina para tomar corriente, caja de accesorios, etcétera. Precio, $ 40.—

RELAMPAGO



Máquinas para afilar tijeras y cuchillos.. $ 12.—

LIBRO SORPRESA



Al abrirlo, causa un gran susto.... $ 1.50

VASO DE CHASCO



Al ir a beber su contenido el convidado se moja, $ 1.50

ENROLLADOR DE CUERDA

Con 30 metros de cuerda, $ 10.—

COFRE PLEGADIZO



Puede llevarse como una valija, muy sólido, $ 16.—

PAÑUELO QUE DESAPARECE



Se muestra un pañuelo, que misteriosamente, desaparece..... $ 2.50

BOLITAS MAGICAS



Bolitas que en la palma de la mano se achican. Precio: $ 2.50

CORTA VIDRIO



Para vidrios planos y curvos........ $ 1.—

NOVEDAD



Agujas con dedales, que se enhebran automáticamente, para hombres solos. 12 agujas y dedal.. $ 0.50

DADO MAGICO



Atraviesa un sombrero. Precio: $ 0.80

JAULA MAGICA



Jaulita que desaparece al meterla en una caja. Precio: $ 10.—

COCHECITO PLEGADIZO, LLANTAS DE GOMA, SOLIDEZ Y ELEGANCIA



1. Con capota... $ 30.-
2.............. » 25.—
3. Sin capota... » 18.—

GUIA DE COMPRADORES DE ESTADOS UNIDOS, CON DIRECCION DE FABRICANTES INTERESADOS EN IMPORTAR A ESTE PAIS.

CATALOGO GRATIS

De Passo (F. C. O.)

Niños y niñas que tomaron parte en la velada dada a beneficio de los niños pobres de la localidad, bajo los auspicios del personal docente de la Escuela N.° 8.





EXISTENCIA EN TODAS
LAS MEDIDAS EUROPEAS
Y NORTEAMERICANAS

CON ELLOS SE CONSIGUE

VELOCIDAD

RESISTENCIA

DURACIÓN

USARLOS Y ADOPTARLOS,
ES UNA COSA MISMA.

1299-VIAMONTE-1299

UNION TELEFONICA, 6301, JUNCAL

Demostración

Cabecera del banquete ofrecido, en el "Restaurant del Pasaje Güemes", al doctor Darío Fernández, con motivo de la publicación de su primera obra sobre "Derecho Procesal".

Bodas de plata

MAR DEL PLATA. — Los esposos Caldararo-Villar, rodeados de sus hijos, después de haber festejado el 25.° aniversario de su matrimonio.



Cuando Vd. cobre su sueldo.....

...piense que la suma que recibe por sus servicios como simple dependiente de comercio, podría ser tres o cuatro veces mayor si en lugar de las tareas rudimentarias de la venta, estuviera Vd. desempeñando un cargo en la contaduría del establecimiento. Piense en la confianza que, además de un buen sueldo, le dispensarían sus jefes y en el rápido progreso que Vd. haría cumpliendo bien sus delicadas obligaciones; y pensando en todo esto al recibir los pocos billetes con que hoy le pagan un mes entero de su trabajo, decídase a utilizar el sistema de enseñanza por correspondencia de nuestras **ESCUELAS SUDAMERICANAS,** con el cual obtendrá en sólo tres meses el título de **CALIGRAFO, TENEDOR DE LIBROS Y ARITMETICA COMERCIAL.**

Puede estudiar en su misma casa, sin desatender sus actuales ocupaciones y abonándolos en pequeñas cuotas mensuales.

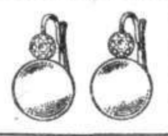
Mándenos su dirección escrita con claridad y le enviaremos nuestros folletos.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
Lavalle 1059 Bs. Aires

Nombre ....
Calle .... N.° ....
Localidad .... F. C. ....

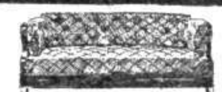


GRATIS, remitimos nuestro Catálogo N.° 17
a quien lo solicite, a cualquier parte de la República. ALHAJAS, RELOJES, ARMAS, LINTERNAS ELECTRICAS, etc., a precios módicos y en cambio de cartoncitos de cigarrillos. — Correspondencia a:
CASA MATUCCI, Sgo. del ESTERO, 653 - Buenos Aires



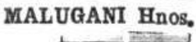


Sofá - Cama - Guardarropa (patentado)
Mueble práctico, porque aprovecha espacio. Mueble ventajoso, porque reduce alquileres. — Otros modelos, desde $ 43.50
FELIX DONARINI - Santa Fe, 2161 - Buenos Aires

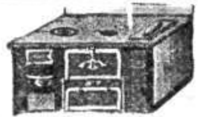


Armazón macizo desarmable

Pidan Catálogo.



MALUGANI Hnos.



ESPECIALISTAS EN COCINAS
Instalaciones de agua caliente.
Pidan Catálogos.
MEJICO, 1359, Buenos Aires.

La antigua y premiada fábrica de H. CATTOI, Cangallo, 1169, ofrece una GUITARRA, réclame, tamaño concierto, adornada en nácar, por sólo $ 15. Embalaje, $ 1.50. — — Gran voz.
CATALOGO GRATIS

AVICULTURA CON EXITO
Aves, Perros, Gatos, etc., de razas puras. Huevos plenamente garantidos. Alimentos y medicamentos insuperables. Incubadoras, Implementos, etc. Pida Folleto C. C. 8, gratis.
CASA MINANA
U. T., 1734, Av. 521, Florida, B. Aires.

GAS LIQUIDO, Marca registrada
ES EL MEJOR COMBUSTIBLE
para Lámparas, Cocinas, Calentadores para Baño.
CATÁLOGOS Y PROSPECTOS, GRATIS.
R. HAUPT y M. PIZZA
Fabricantes importadores.
3266 - VICTORIA - 3266. Bs. Aires
U. T., 643 (Mitre)





APERITIVO VINO QUINADO KALISAY EL MAS SALUDABLE PRUEBELO



Señores: Brown, Perry, Bejarano y Milné, que formaban el equipo de Mercedes (Corrientes), que disputó un interesante match con el equipo de Concordia (Entre Ríos).

Equipo «Concordia», compuesto por los oficiales del regimiento 6 de caballería, señores: Pastor, Leguizamón Pondal, Laprida y Villarruel.


AHORRO
AHORRO POSTAL
INCULCAR EL AHORRO A LOS NIÑOS, ES HACER HOMBRES FELICES Y UTILES A LA PATRIA.
Las galletitas
"AHORRO POSTAL",
además de su sabor exquisito, tienen el atractivo de inculcar el ahorro a los niños, pues cada caja de 1/4, 1/2 y 1 kilo, contiene un boletín de la
CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL,
con estampillas por valor de pesos 0.05 centavos, adheridas.
COMPRE, COMA Y AHORRE
GALLETITAS
Ahorro Postal
BAGLEY
MONTES DE OCA 199 - BUENOS AIRES
BAGLEY.



La rehabilitación del ajo

Desde los tiempos antiguos se sabe que varias substancias aromáticas y picantes poseían condiciones profilácticas poderosas, y es interesante saber que los bacteriólogos modernos han descubierto que en ciertos casos de enfermedades infecciosas los aceites esenciales de algunas plantas, tales como el ajo, la mostaza, la canela, el clavo, el tomillo y la mejorana, no solamente poseían condiciones bactericidas, sino que hasta podían conferir la inmunidad, cuando se inoculan como un suero.

Algunas investigaciones hechas sobre este punto por F. d'Herelle, del Instituto Pasteur, y relatadas en la "Bibliotheque Universelle", merecen conocerse.

Hay un bacilo que pertenece al grupo de los paratíficos, el "bacillus typhimurium", que es naturalmente patógeno en las ratas blancas. Muchos han sido los experimentos que se han llevado a cabo con objeto de hacerlo inofensivo en estos animalitos por medio de la inoculación o vacuna con un producto que contiene bacilos muertos; pero aunque se ha llevado a cabo de varios modos, el resultado ha sido negativo.

El citado bacteriólogo se preguntó entonces, si sus fracasos eran debidos a la manera de matar el bacilo, y pensó en emplear otro sistema. En el curso de sus investigaciones se le ocurrió matar los bacilos por medio de aceites esenciales como vacuna, tal y como lo había hecho E. Roux.

Este procedimiento tiene la ventaja, según dice el eminente bacteriólogo, de no alterar las materias albuminosas y las diastasas contenidas en las substancias de los microbios.

D'Herelle encontró, después de varios experimentos, que la vacuna preparada con los aceites esenciales del ajo, la mostaza, la canela, el clavo, el tomillo y la mejorana producían los efectos deseados, cuando se hacía en ciertas y determinadas condiciones.

Así, pues, una rata blanca a la que se inyecte vacuna que contenga de 500.000 a 10.000.000 de cuerpos de bacilos muertos por el aceite esencial de la mostaza, por ejemplo, queda inmune a las dosis, no solamente mortales, sino supermortales de los bacilos vivos. Pero es necesario mantenerse entre los límites indicados si se quiere obtener la inmunidad, teniendo gran cuidado en aplicar a las jóvenes ratas dosis más fuertes que a las adultas.

Si se pasa de la dosis de 10.000.000 la inmunidad es muy débil, con poco poder de resistencia y cuanto mayor sea la dosis, sobre diez millones, tanto menores serán los efectos. Por otro lado, la dosis no ha de bajar de medio millón: así, pues, una de 150.000 no produciría la inmunidad.

Es también inútil el tratar de obtener la inmunidad con un número sucesivo de dosis superiores a 10.000.000, pues el resultado será nulo.

En resumen: la esencia de mostaza, como la del ajo, procura una vacuna muy activa en este caso, contra cientos de dosis de virus mortal, con tal de que se sujete a los límites indicados.

Por lo expuesto, se ve que el humilde y despreciado ajo, debe ser rehabilitado y estimado en lo que vale; cierto que el olor que despiden los comedores de ajos no tiene nada de agradable, y debido a ello seguramente ha sido originado el desprecio en que cayó esta planta en los usos culinarios entre todas las clases elevadas de los países cultos.

Sabido es que los ingleses experimentan un verdadero horror hacia los ajos, los cuales están excluídos en absoluto de la cocina británica.

"Villano harto de ajos", exclamaba Don Quijote, el dechado de caballeros, increpando a Sancho por su rusticidad; y entre la extensa serie de sabias instrucciones y prudentes consejos que da a su escudero, cuando éste debe ir a tomar posesión del cargo de gobernador de la ínsula de Barataria, figura muy especial recomendación, de que se guarde bien de comer ajos, alimento reservado a la gente baja e impropio por lo tanto de la vida social que le impone el puesto a que ha sido elevado.

Grupo de niñas que tomaron parte en el hermoso festival celebrado a beneficio de la Cruz Roja Aliada.



¡Hace que brillen como plata!

Al fregar los utensilios de cocina se rayan, haciéndose díficil su limpieza la próxima vez.

Pero si se frotan con Noraya no se rayan y conservan el mismo brillo que tienen cuando nuevo.

Noraya a simple vista parece un jabón de fregar, aunque hecho de minerales suaves. No raya y tiene un efecto suave al frotarse.

Para espejos, ventanas, metales, y superficies pintadas.

AGENTES: DONNELL Y PALMER
562-570 Moreno 562-570, BUENOS AIRES

En el centro correntino "General San Martín"

El profesor señor T. Vallini, pronunciando su conferencia sobre «La Contabilidad Patrimonial en la Hacienda del Estado», ante una numerosa concurrencia que acudió al centro citado.

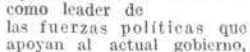
Oriente (F. C. S.)

Grupo de familias concurrentes a la fiesta dada por el señor G. Pérez, con motivo del enlace de su hija María Pérez, con el señor C. Aramburu.

Necrología

Penosa impresión causó el fallecimiento del joven diputado, doctor Sadoc Vidal Luna, Vicepresidente de la Legislatura de La Plata. Cuando apenas comenzaba el doctor Vidal Luna a ejercer su delicado cargo, y en el que ya se destacaba por sus actividades y energías, puestas a prueba también como leader de las fuerzas políticas que apoyan al actual gobierno, una dolencia, al principio presentada como carente de gravedad, precipitó el inesperado fin.

Durante su actuación en el partido radical, se hizo acreedor el doctor Vidal Luna, a la más alta consideración de sus correligionarios, que apreciaban en él al representante culto, caballeresco e intelectual de la juventud del partido, demostrada en su elección.

Doctor Sadoc Vidal Luna.



Señora Rosario Morales de Jubero — Capital.



Señora Carmen Añón de Moreyra — Bernal.



Señor Jerónimo E. Bonacich — Capital.



Señor Pedro Pianetti — Rosario.



Señor Federico Labin — Capital.



Señor Jorge Rodríguez — Capital.



Señor Luis Gaggero — Capital.



Señor José Honorio Alisal — Bragado.





En muchos hogares se ha adoptado la costumbre de tomar KACHITO a una hora determinada de la mañana o de la tarde. Y esa hora se llama familiarmente "La hora de KACHITO."

Toda la familia se reune entonces alrededor de KACHITO para disfrutar de su amable sabor.

★

Y KACHITO satisface lo mismo a los mayores que a los niños; Y es para todos, sanos o enfermos igualmente bueno y saludable.

★

Por eso "la hora de KACHITO" es la que todos esperan con deseo pues KACHITO es algo más que el vino de postre predilecto.

★

Ese momento es un descanso en las preocupaciones de cada día y un estímulo vigorizante para la mente.

★

Adquiera Vd. la buena práctica de tomar KACHITO todos los días, en rueda de familia.

★

BODEGAS TRAPICHE

BENEGAS HNOS. & CIA.

Kachito se vende en todos los buenos almacenes de la capital y en muchos de las provincias. Su precio por botella es de $ 1.50

Maravilla inverosímil



En los museos bien dotados se exhiben como curiosidad inexplicable algunas cabezas humanas momificadas, de tamaño reducidísimo, poco más que una naranja de grandor mediano.

Respecto al origen de estos raros ejemplares de la *ciencia primitiva* se cuentan miles de historias, y decimos ejemplares de la *ciencia* por cuanto no son como algunos creyeron restos de razas enanas, nada de ello; dichas cabezas han pertenecido a seres humanos de estatura y corpulencia normal, reducidas al tamaño que tienen actualmente, por un procedimiento secreto de los aborígenes ecuatorianos, en la región limítrofe del Ecuador y el Perú.

Los notables artistas, señora Adams y señor de Nieva, en su reciente jira artística por el Sud de América, han ido recopilando muy interesantes datos, curiosidades y antigüedades incásicas, muy artísticas obras del pasado precolombiano. Entre ellas figuran dos «hansas», nombre indígena de las cabezas humanas reducidas.

El señor de Nieva, ha recogido de labios de los naturales de la región ecuatoriana, donde desde tiempo inmemorial se efectúa la rara metamórfosis, una curiosa leyenda:

«Las antiguas tribus del alto Ecuador, sostenían reñidos combates entre sí, que terminaban, al ser apresado o muerto uno de los caciques o reyezuelos.



Los cuerpos de los vencidos eran ofrecidos a los dioses tutelares. Las cabezas cuidadosamente separadas de sus troncos, se sometían a la maravillosa operación, que se practicaba inmediatamente después de la amputación. Extraída la parte ósea, sin dañar para nada la piel, rellenaban los huecos con plantas y yerbas aromáticas y colgaban luego la cabeza como a una altura de dos metros del suelo; el cuerpo decapitado se colocaba sobre una pira cercana a aquella y se procedía a su cremación, cuidando de que el humo que despedía el cadáver envolviese la cercenada cabeza, que desde su altura parecía cual si mirase con horror chisporrotear sus miembros.

Al ritmo de extrañas músicas danzaba en torno de la macabra hoguera toda la tribu.

Las cenizas eran luego dispersadas al viento en dirección de la tribu vencida. Los horribles trofeos eran la gloria de los caciques, los cuales se hacían enterrar con ellos, y esta es la causa de que sean tan raros los ejemplares que hoy se encuentran.

La cirugía en los vegetales



Cauterio de una herida en una planta, por medio del hierro candente.

En la moderna jardinería se practica ya mucho el procedimiento quirúrgico para remediar accidentes y enfermedades de las plantas. Varios casos típicos de esta mejora introducida en el arte del jardinero y del cultivador en general, ilustrarán al curioso lector sobre el punto.

Puede ocurrir que el viento o una mano dañina quiebre el tallo de una planta, con lo que, de no acudir prestamente el cirujano-jardinero u horticultor, moriría sin remisión la rama fracturada, perdiéndose así el fruto que en ella pudiera haber. El remedio a aplicar no es otro que el que se seguiría con la fractura de un brazo o una pierna en un ser humano: entablillarlo. Esta sencilla operación, practicada en la forma análoga que en el hombre, salva a la planta, que a los pocos días no presenta ya el menor signo de fractura.

Desde el momento que una planta puede desangrarse hasta morir, caso que se presenta en las vides al ser podadas, es necesario, si el escape de savia es intenso, atajarlo con presteza. Ello se consigue de un modo eficacísimo, aplicando a la herida el cauterio, esto es, un hierro candente, en la forma de que da idea una de nuestras fotografías.

La idea de aplicar el masaje a las plantas, como medio de corregir anormalidades de crecimiento y de desarrollo, es probablemente japonesa. Sin duda se trata de una operación pesada, que exige una cantidad infinita de paciencia en quien la realiza, pues si se ha de modificar, por ejemplo, la posición defectuosa de una flor, con relación al tallo y a las demás flores, como ocurre en el caso presentado por una de las fotografías que acompañan, el éxito se hace esperar varios días, a veces semanas, en las que el masaje no puede ser interrumpido.



El masaje aplicado a las plantas, como medio de corregir sus anormalidades.

El tratamiento puramente médico de las plantas se efectúa actualmente en gran escala en granjas y jardines de todos los pueblos adelantados. La anemia, una enfermedad tan común en las plantas, como entre los humanos, y cuyos principales síntomas son el escaso desarrollo de las hojas y de las flores, así como sus colores pálidos, se cura de modo análogo al empleado en las personas: suministrándoles hierro. La aplicación se hace depositando el hierro en una u otra forma al pie de la planta. Los efectos tónicos pueden apreciarse perfectamente a los pocos días. Más asombrosos son aún los resultados terapéuticos del alcohol en las plantas. Flores que deben tener una hermosa coloración roja o azul, suelen presentarse incoloras en absoluto. Una pequeña dosis de alcohol basta para que se rectifique la anormalidad.

El cambio de aires, tan provechoso para las personas enfermizas o convalecientes, es de igual modo convenientísimo para las plantas. Un ejemplo curioso es el de las patatas. Cultivar la misma variedad un año tras otro en una misma tierra, es procedimiento rutinario y opuesto a una buena y lucida cosecha. El hortelano inteligente debe proceder de manera muy diversa, sembrando cada año una especie distinta, traída de regiones apartadas. Por último, si se quiere formar un jardín verdaderamente espléndido a poca distancia del mar, ha de cuidarse de plantar flores de tierra adentro, en semillas o esquejes. Vese, pues, que aunque parece separar un abismo a la especie humana y al reino vegetal, hay entre el hombre y la planta relaciones más estrechas de lo que pudiera sospecharse, según lo prueban los curiosos hechos anteriores.

De Santa Fe

Señoras que forman el comité «Damas Italianas», que tiene a su cargo la misión de recolectar fondos para la Cruz Roja Italiana.

De San Luis

El señor Marcos Gatica, nuevo jefe de policía, rodeado del personal que actuará bajo sus órdenes.

ROSARIO DE LA FRONTERA. — Señoritas D. y R. Araujo, M. y E. Pérez Mendoza, V. y M. Guerrero, Necol, G. Pearson, E. Necol' C. Tomkinson, M. Güemes, D. Peralta Ramos, S. Santamarina, quienes realizaron una interesante excursión a los pintorescos alrededores de la localidad.





Si es Vd. aficionado a la caza, ejercite ahora sus condiciones para este atrayente deporte con los

RIFLES Y CARTUCHOS
WINCHESTER
CALIBRE .22

En la caza de zorros, comadrejas, ardillas, fuinas, gavilanes y demás animales dañinos que devoran las aves que Vd. debiera cazar en la temporada venidera, los RIFLES y CARTUCHOS WINCHESTER, calibre .22, por su poco ruido, su precisión y su largo alcance, proporcionarán a Vd. satisfacciones y alegrías inesperadas, y comprobará que con ellos puede matar fácilmente aquellos animales, a pesar de su agilidad y de su astucia.

Hay tres clases diferentes de Rifles de repetición WINCHESTER, calibre .22, y cuatro modelos distintos de los de un tiro. Entre esta variedad le será seguramente fácil a Vd. elegir el Rifle que le convenga.
Los cartuchos WINCHESTER, calibre .22, se fabrican en tres tamaños: cortos, medianos y largos, y son cargados con pólvora sin humo, con pólvora ''Lesmok'' y con pólvora negra. Su armero los tiene.

Pida precios y detalles en las principales Armerías del país.

WINCHESTER REPEATING ARMS Co.

NEW HAVEN — Conn., E. U. A.

Gerente en BUENOS AIRES: Alfredo C. Mellor - Avenida de Mayo, 1354

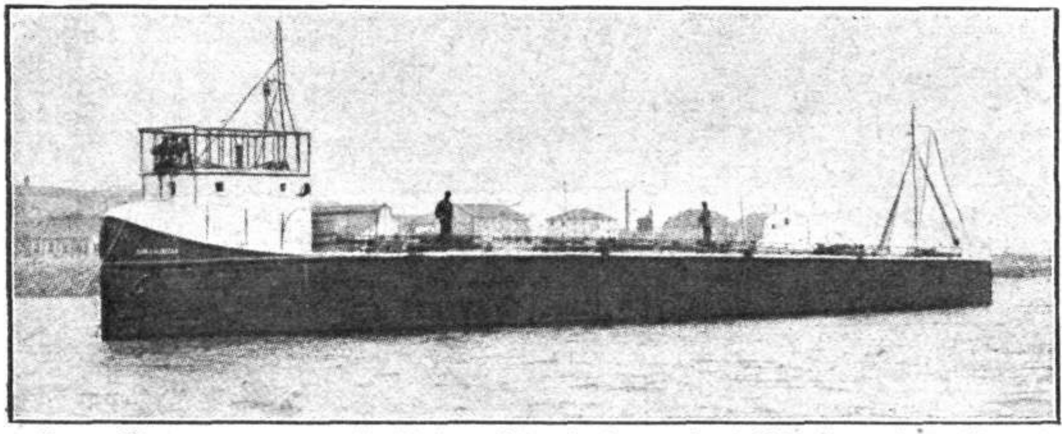
CATALOGOS: Se remiten, gratis, a quien envíe al Gerente en esta Capital, el siguiente cupón.

Nombre ....

Calle.. **Núm**...............

Ciudad.. **F. C.**..................

El océano y la atmósfera productores de fuerza motriz



El vapor «Aldecoa», que para su navegación utiliza la propulsión de las olas, según invento del ingeniero naval, señor Aldecoa.

En Boston se hicieron ensayos con una máquina misteriosa que lleva el nombre del inventor, Giragossian, y que, según se asegura, concentra la energía que existe en la atmósfera y la convierte en fuerza motriz.

Los ensayos fueron hechos por hombres de ciencia designados por el inventor y duraron sólo tres horas. Se envió en seguida al secretario del Interior un informe sobre los resultados obtenidos, acerca de los cuales se guarda reserva. Según el inventor, su máquina no necesita combustible de ninguna clase, de modo que el desgaste de la máquina es el único gasto que exige la producción de fuerza. En cuanto a la cantidad de caballos de fuerza, depende sólo del tamaño del motor. Giragossian, que es de nacionalidad armenia, se manifiesta muy satisfecho del resultado de los ensayos.

Los hombres de ciencia que estudiaron la máquina dicen que el invento no es contrario a ninguna ley natural conocida, y uno declaró que se trata de la aplicación de un gran principio. Por la prensa rodó hace poco la noticia del interesante invento ideado por el ingeniero español señor Aldecoa, para aprovechar la fuerza del mar como elemento de propulsión. La teoría, según recordamos haber leído, no es nueva. Hace más de medio siglo, el insigne filólogo don Eduardo Benot, pensó larga y profundamente sobre tan interesante problema y presentó a la Academia de Ciencias una extensa memoria que más tarde fué publicada. Después del señor Benot, un ingeniero español dió por resuelto el problema con la construcción de un artefacto cuyas pruebas fueron intentadas en la Zurriola de San Sebastián; pero una ola enorme arrastró el aparato y lo destruyó, malogrando el ensayo y dando al traste con las esperanzas del inventor. Parece que ahora, el ingeniero señor Aldecoa, tiene mayores seguridades de aprovechar las olas del mar como fuerza, con lo cual la navegación experimentará una modificación importantísima.

Vd. no entiende de cambios, Ni de giros telegráficos, Ni de equivalencia de monedas.

Eso le pasa a muchas personas tan inteligentes como Vd. La de los cambios es una verdadera ciencia, que sólo la dominan los peritos.

Confórmese Vd. con saber que los

2.000.000 DE LIRAS

que constituyen el primer premio de la **GRAN RIFA DE 5.000.000 DE LIRAS,** tienen para Vd. **un valor mínimo de 500.000 $ m|n.,** pues los Bancos Italianos establecidos en la República le comprarán a Vd. los premios, si Vd. quiere venderlos, a razón de **25 $** m|n. por cada 100 liras.

No lo olvide Vd. Faltan pocos días para el XX de Septiembre, día del sorteo.

Y los billetes cuestan **100 $** m|n. el entero y **10 $** el décimo.

Si Vd. quiere mayores informes, o adquirir billetes, diríjase a los Bancos Italianos de la República, Agencias principales, al "Comitato Italiano di Guerra", Reconquista, 558, Buenos Aires.

Comisión de estudiantes de la Facultad de Ingeniería de Buenos Aires, visitando el importante establecimiento vitivinícola de los ingenieros Huergo y Canale, en General Roca (Río Negro).

GENERAL PICO (Pampa Central). — Banquete ofrecido, en el «Hotel Galcerán», por las amistades del señor Baldomero Corominas, despidiéndolo de la vida de soltero.







Concurso Chocolate Productora Americana

150 Premios — 1.500 $ en efectivo

Desde la fecha hasta el 30 de septiembre próximo, a las 5 p. m., en que se considerará clausurado, se organiza este concurso entre los consumidores del excelente CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA, de acuerdo con las siguientes

Los chocolates que salen de nuestra fábrica modelo, se elaboran con los mejores cacaos y las máquinas más perfectas.

BASES

1.ª — Se trata de escribir la mayor cantidad de veces la frase completa **CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA**, empleando para ello los cupones especiales que contienen todos los paquetes de chocolate que salen de nuestra fábrica.

2.ª — La frase **CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA** deberá escribirse a mano, con tinta, letra legible a simple vista, sin raspaduras, omisiones ni enmiendas.

3.ª — Cada persona podrá remitir todas las soluciones que desee, pero sólo puede optar a un premio.

4.ª — Al hacer el cómputo, sólo se tomarán en cuenta las frases completas.

5.ª — La adjudicación de los premios estará a cargo del señor Escribano Público, Fernando G. del Río, Rivadavia, 714, cuyo fallo será inapelable.

6.ª — Los premios se adjudicarán por orden de clasificación (primero, segundo, tercero, etc.), a las personas que remitan las mejores soluciones. Si dos o más concurrentes coincidieran en la cantidad de frases escritas, se adjudicará el premio al que haya remitido mayor cantidad de soluciones, pasando los demás a disputar los premios subsiguientes.

PREMIOS

Se establecen los siguientes:

Un	1er.	premio	de $ 1.000.— en efectivo
Un	2.º	»	de $ 500.— en efectivo
Un	3er.	»	un reloj oro, para señora
Un	4.º	»	una máquina de coser
Tres	5.º	»	un violín Stradivarius
Tres	6.º	»	un grafófono, con 6 discos
Dos	7.º	»	una máquina fotográfica
Cinco	8.º	»	una linterna mágica
Un	9.º	»	un triciclo
Cinco	10.º	»	un reloj cincelado
Cinco	11.º	»	tren completo
Dos	12.º	»	un par patines
Diez	13.º	»	una muñeca irrompible
Diez	14.º	»	guitarras para niño
Cinco	15.º	»	aeroplanos mecánicos
Cinco	16.º	»	despertador
Setenta y cinco	17.º	»	cajas bombones
Cinco	18.º	»	juego muebles, para muñeca
Diez	19.º	»	teatro completo

Total: **CIENTO CINCUENTA PREMIOS**

Las soluciones deben remitirse a las oficinas centrales de

LA PRODUCTORA AMERICANA — RIVADAVIA, 620 — BUENOS AIRES

Julio 1.º de 1918.

E. PARODI & Cía.





APUNTES Y RECORTES



La idea de los padres.



Lo que sueñan los hermanitos.



Lo que se imaginan las novias.

En 1520 se publicó el primer tratado demostrando que la artillería era de efectos muy superiores a las armas portátiles de fuego.

En algunos países, y especialmente en las provincias del Norte de Rusia, el girasol sirve para algo más que de adorno con sus inmensas flores. La semilla se utiliza en la manufactura de aceite, el cual sirve y se emplea en la cocina y para hacer jabón; es también un excelente y nutritivo alimento para las aves de corral. Los tallos y las hojas se queman y las cenizas se usan en fabricar potasa. El año pasado las fábricas de girasol del Cáucaso produjeron mil quinientas toneladas de potasa.

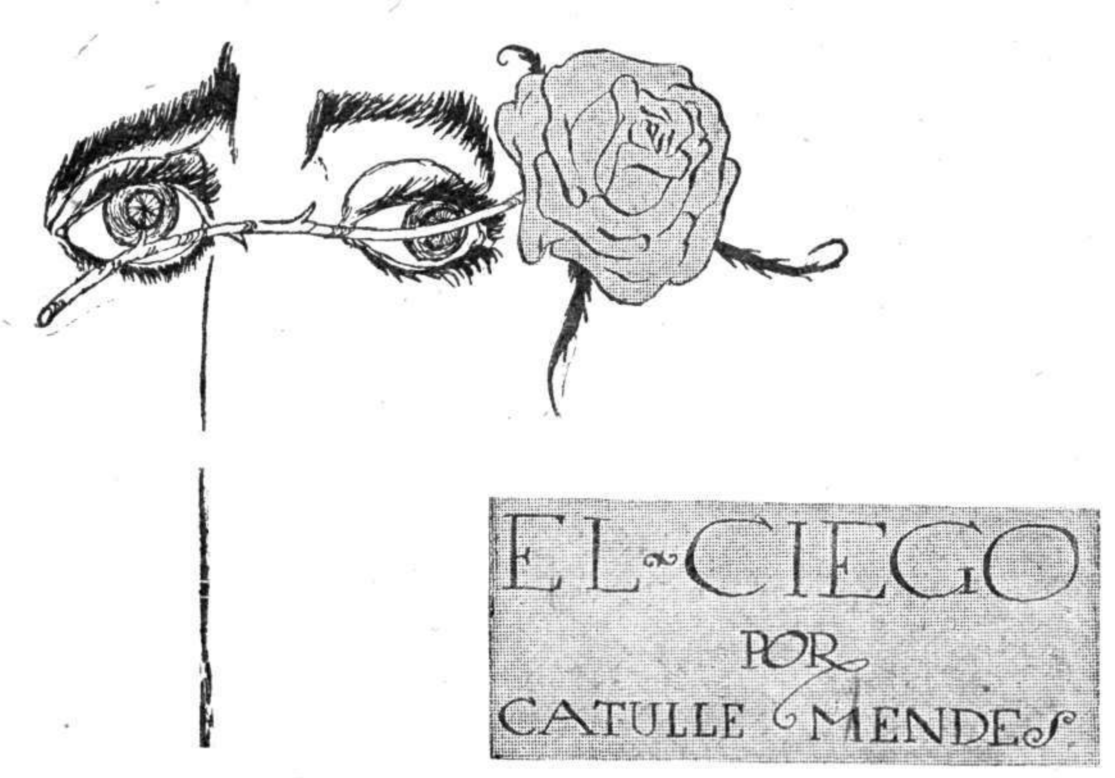
El reloj de una administración de Correos de Sydney, en vez de dar la hora por medio de campanas, emite un número de relámpagos eléctricos igual al número de la hora, con lo cual se consigue que los habitantes de muchos kilómetros en contorno puedan saber la hora con exactitud.



Tal como los ven las madres.

(Del *Life*.)


El CIEGO por
CATULLE MENDES.
PAGINAS LITERARIAS



I

Amalia, la enamorada esposa, estaba en los brazos de Leonardo, el fiel compañero de su vida, quien, ciego desde su niñez, sólo podía verla con los ojos del alma.

—¡Adorarte y no contemplarte jamás!, exclamaba Leonardo. Si yo te hubiese conocido en aquellos primeros años de mi vida, cuando aun podía contemplar el azul de los cielos y el resplandor de las miradas, los rojizos matices de las rosas y de los labios, tendría fijos en mi memoria los rasgos todos de tu belleza y tu imagen se destacaría eternamente sobre la negra noche que rodea a mis pupilas. Pero cuando mi corazón se abrió al amor ya estaban cerrados mis ojos a la luz, y nunca, nunca podré admirar los tesoros de la hermosura que poseo y desconozco. ¡Amelia mía, fuente de todas mis venturas y del dolor que me agobia y me mata, refiéreme tú con ese celestial acento que para siempre supo hacerme esclavo tuyo las perfecciones de tu idolatrado ser! Descríbemelas una por una, detallada y minuciosamente, y acaso el encanto de tu voz realice el milagro de que yo pueda llegar a imaginarte tal cual eres.

—*No me atrevo a intentarlo*—contestaba ella con encantadora modestia.

—¡No te atreves! Di que no me amas como yo te amo y que no quieres complacerme.

—Interrógame y trataré de contestarte.

Y a cada pregunta de Leonardo, sobre el color de los cabellos de Amelia, sobre la claridad y pureza de sus ojos, sobre los contornos de su cuerpo, contestaba ella con frases en que se mezclaban por partes iguales la sinceridad y el pudor, y que colmaban al pobre ciego de nuevo orgullo y de nueva desesperada amargura.

La idea de la hermosura de Amelia, crecía, se agigantaba en su espíritu su confusión, y su impotencia al tratar de precisarla con líneas y colores era a cada instante mayor.

II

El amor de los dos esposos no era de los que se extinguen, ni de los que disminuyen, ni siquiera de los que con el tiempo se modifican. Era siempre el mismo.

En ella producía una felicidad sin límites el constante entusiasmo de él, y en él mantenía siempre viva la llama de ese entusiasmo, la misma amargura de no poder realizar su absurdo deseo.

Llegó en esto a la ciudad donde habitaban Leonardo y Amelia un médico famoso ya en todos los países del mundo, por sus extraordinarias curaciones.

Devolver la vista a los ciegos, el oído a los sordos y la palabra a los mudos, era la cosa más sencilla para aquel sabio incomparable.

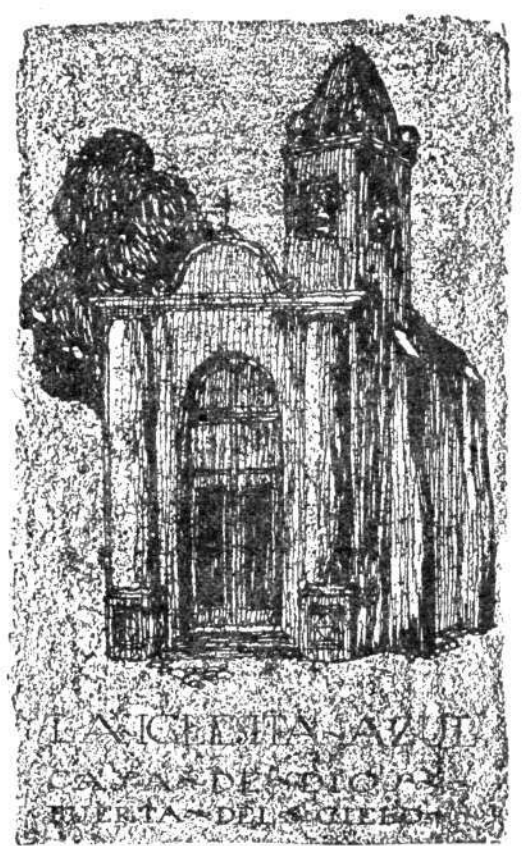
Se aseguraba que nunca dejaba de curar radicalmente a cuantas personas acudían a su consulta, y Leonardo, sintiéndose penetrado de la fe que animaba a todos, abrió el pecho a la esperanza y resolvió ponerse en manos del doctor.

—Curadme, le dijo. Devolvedme la vista y tomad en cambio, entera mi fortuna. Haced que contemple al fin la más bella de las mujeres nacidas, a quien adoro mil veces más que mi propia existencia.

Y Leonardo siguió hablando y dando cuenta al famoso doctor de sus deseos y de sus angustias, y dejándole ver entero, con el instintivo afán de conmoverle y decidirle más y más a procurar su curación, el profundo y agitado fondo de su alma.

El doctor escuchó a Leonardo con interés y con pena, y le respondió sonriendo amargamente:

—¡Dios me libre de abrir tus ojos a la luz y Dios te libre de conseguir jamás tu deseo! ¡Amas cual nadie ha amado en el mundo y anhelas ver el objeto de tu amor!... ¡Eres un niño! El cielo te ha concedido el supremo bien de alcanzar la posesión sin agotar sus alegrías y pretendes sustituir a tu ilusión hermosísima la verdad siempre árida y fría. ¿No comprendes, desventurado, que a causa de ese mismo misterio en que para ti está envuelta tu amada, la imaginas mil veces más bella de lo que realmente puede ser, aunque sea, como tú crees, la mujer más perfecta del universo? El momento de verla sería siempre para ti una espantosa decepción, porque el sueño, aun el susceptible de ser realizado, no está libre nunca de desencanto sino a condición de no llegar a *realizarse jamás*. Confórmate con tu ceguera y acostúmbrate a considerarla como el origen de tu felicidad; el eterno entusiasmo es el amor y compadece al resto de los mortales condenados a ver la imperfecta belleza de los seres y de las cosas sin que las lágrimas que tan a menudo nos hacen derramar, nublen por completo nunca la claridad de nuestras miradas.



Para CARAS Y CARETAS

A Octavio Pinto, autor del retablo titulado «La Iglesita azul».

El joven pintor estaba triste. En su anhelo de perfección artística, descontento de la obra hasta entonces realizada, buscaba un nuevo motivo de inspiración, y sentía, cada vez más dolorosamente, la nostalgia de aquel motivo desconocido.

Vagaba por las calles en su busca, creyendo poder encontrarlo en la vieja ciudad o en los suburbios, y los temas más inesperados solían impresionar su alma de artista... Una pared blanqueada, que la tarde tiñera de tonos azulinos, y sobre ella los reflejos de un pobre farol cuya triste luz fuera aún más triste por estar encendida antes del anochecer, bastaban para conmoverle y para que hiciera de ello un cuadrito inspirado.

Descubría así espíritu y encanto en los objetos de por sí menos bellos, en muchos que, por no haber pretendido nunca a la belleza, sino sólo llenar buenamente su destino, alcanzan, como a pesar de sí mismos, cierta belleza imposible de explicar, y dan de ese modo a los hombres lecciones de humildad.

Pintó patios que eran el alma íntima y silenciosa del hogar; jardines florecidos cuando, en pleno mediodía, el sol hacía de ellos una fiesta de vida y de color. De noche, al claro de luna, reprodujo fuentes ante las cuales creyérase oir el gotear del agua haciendo más profundo el silencio circundante. Y en el mármol escondido entre el follaje flexible, representó la idea eterna e inmutable oculta en el movimiento. Mas, después de cada tela, repetía siempre con mayor disgusto: «No es esto, no es esto» y relegaba sus obras al olvido.

Sus amigos, que alababan sus cuadros, no se explicaban aquel eterno desconsuelo. Hasta que un día, rasgando con impaciencia su última tela, el pintor se decidió por fin: «Recorreré el mundo si es necesario, se dijo, y no pararé aunque deba andar hasta la muerte; pero debo encontrar para mis cuadros el motivo que me revele mi misión verdadera, y quizás el secreto de mi vida. Aunque ahora no pueda imaginar cuál sea, lo reconoceré, sí, desde que aparezca ante mi vista.»

No quiso que nadie fuese testigo de aquel momento solemne en que se encontraría frente a frente con su ideal. Cuando los trenes lo hubieron alejado de la ciudad, montó un caballo, y partió solo a través de los campos.

Cruzó bosques, pueblos, ríos y se internó en las sierras donde a cada paso descubría nuevos paisajes, nuevos cuadros... Vió la piedra que brilla en el fondo de una cueva y que no será quizás notada por ningún ojo humano, la flor escondida cuyo perfume nadie aspirará jamás; la cascada que, no por hallarse lejos de toda mirada, interrumpe su eterna caída ni su eterna música, despertando ecos en las rocas dormidas. Pero a pesar de la admiración que sentía ante tales espectáculos, «no es esto, no es esto», repetía, y continuaba su camino.

Una noche tuvo el presentimiento de la proximidad del ideal desconocido, y dejando a su caballo andar paso a paso, continuó su ruta sin tomar descanso alguno.

¿Qué vió de pronto, que se detuvo exclamando: «Allí está, allí». «Vestida de sol», del sol que salía, se presentaba a sus ojos, real y tangible, aquel fantasma indefinido que su alma buscaba a tientas desde hacía tanto tiempo. Allá abajo, entre las sierras, como un nido depositado entre las ramas, una iglesita abandonada y solitaria levantaba su pequeño campanario, mudo como si estuviera absorto en la contemplación de la mañana.

Si la campana sonara, el pintor se alejaría al instante; si por algún sendero descubriera algunas beatas dirigiéndose hacia el templo diminuto, él apartaría con disgusto su mirada. Pues había perdido su primera fe y una gran aversión hacia toda forma del culto había reemplazado a su fervor infantil. Recordaba que, allá en su niñez, había deseado ser un ermitaño en el desierto. ¿Era un vago temor supersticioso de volver a tales locuras, lo que motivaba y explicaba su actual aversión hacia cosas tan buenas y tan dulces como una campanita campesina llamando a la oración?

Pero, no; ni la campana sonaba, ni se veía huella ninguna de devotos sobre el camino cubierto de pasto. Nada había allí que no se acordase con el espíritu desolado del artista; las puertas mismas, descuidadamente abiertas, eran una muda y discreta invitación...

Entró. Sí; era eso, no podía dudarlo; y lleno de exaltación, dijo este cántico: «He aquí el triunfo de la naturaleza sobre la obra deleznable del hombre; las raíces tiernas de las hierbas, triunfando sobre la piedra dura y muerta; la Sabiduría eterna que sobrevive a los cultos y creencias transitorias. He aquí a las puertas vanas, abiertas de par en par, y para siempre. He aquí el altar desierto y sin Dios como mi alma. He aquí a la campana que ha enmudecido comprendiendo que la única sabiduría es el silencio. Así me gustas, Iglesita, que has aprendido por fin que lo mejor es callar y morir diciendo humildemente: «vana fué mi existencia, nada supe, nada sé». Te traigo a mi alma que ha enmudecido también. He aquí, en esta Iglesita, el secreto triste de mi vida... Y ella, en mis cuadros, será el retrato de mi propia alma... »

Miró hacia el techo, que era de un azul de anilina, y pensó en la esperanza de los pobres, en el paraíso quizás pueril de los más simples. Vió luego el suelo de baldosas coloradas, invitando a arrodillarse con aquella humildad que hace a todos los hombres sentirse hermanos, pero ya nadie se arrodillaba allí, y él prefería esta ausencia de todo aquello que fué...

Cada vez más enamorado de ese ambiente que llenaba su alma de paz, no turbada por preces que él no quería ya comprender, y á las que no pudiera unirse, avanzó unos pasos. Al llegar a un pequeño altar medio derruído, vió con sorpresa, delante de un cuadrito de la Virgen, una vela encendida. Esta lucecita conmovió tan dulcemente su corazón que, para explicarse su propia emoción, se dijo: «Te alabaré porque eres la última ofrenda en un santuario que muere, la más pura, la más fiel en el santuario abandonado».

Y, sacando sus pinceles, se apresuró a reproducir la llama oscilante en la Iglesita desierta, en medio de los campos desiertos también. Allí se instaló el pintor, y los días pasaron para él como un sueño inefable. Trabajaba sin descanso, y la inspiración no le abandonaba. Debía, cada tarde, recorrer varias leguas a caballo en busca de su alimento; mas luego proseguía con nuevo ardor su obra, que sería un gran retablo, un retablo como aquellos que una fe cándida y ardiente producía

en los antiguos tiempos. Retrató la Iglesita por fuera, por dentro, al amanecer, al crepúsculo, a mediodía; reprodujo con exactitud el cielo azul de anilina y las baldosas ingenuamente rojas. Tanto le absorbía su tarea que no le sorprendió el ver a la velita siempre encendida, y sin consumirse nunca, aunque pasaran los días y las noches.

Y tuvo un sueño extraño. La noche, víspera de su partida, dormía como de costumbre en el interior de la Iglesita, sobre el duro suelo, cuando vió a la Virgen que saliendo del cuadro, tomaba la vela que ante ella ardía, y la colocaba en las manos de él. Pero en sus manos la llamita oscilaba a causa del viento que entraba por la puerta abierta, por «la puerta vana». Iba ya a extinguirse, y esto le producía una terrible angustia. Lleno de aflicción, devolvió el cirio a la Virgen, rogándole que lo guardara Ella, pues en sus manos pecadoras se apagaba.

Aquella angustia le despertó. Miró hacia el cuadro, y estaba como antes, con su velita encendida. Se acercó (¡siempre hacia el cuadro misteriosamente atraído!) e iba maquinalmente a soplar la lucecita antes de retirarse, cuando se detuvo diciendo: «No; yo no la hubiera encendido, pero no seré yo quien la apague... Por humilde que seas, eres luz; iluminaste dulcemente mi corazón por algunas horas. ¡Brilla mientras puedas!» Y con esta palabra de despedida, recogió alegremente sus telas, y volvió hacia la ciudad y sus amigos.

El retablo, terminado y expuesto ante el público, no fué comprendido en la ciudad. Mas su autor estaba satisfecho; tenía conciencia de haber realizado *su obra*, y los triunfos no le preocupaban ya. Pintó otras telas que fueron celebradas en el mundo entero, pero al cabo de los años, comenzó a sufrir de una nueva nostalgia: la de volver a ver su Iglesita de piso colorado y techo de anilina azul. Y una vez más, sin decir adiós a nadie, dejólo todo, y partió.

Se dirigió derechamente a aquel sitio bendito en que encontrara su ilusión. ¡Oh, recordaba y reconocería hasta a las hierbecillas que su caballo pisara en aquel lugar!

¡Allí estaba, allí, entre aquellas sierras que aún la ocultaban a su vista! Allí estaban los aromos fragantes y espinosos que la cercaban. Subía con el corazón lleno de gozo, alcanzaba ya la cuesta desde donde la descubrió por primera vez... Pero, ¿qué había sucedido? Como un nido que el ave abandonara, se veía, al pie de las sierras, completamente vacío, el pequeño valle que antes ocupara «la iglesita azul».

¡Oh, Iglesita amada! ¿Quién pudo arrancarte de allí? ¿A quién estorbabas tú, la dulce y silenciosa? ¿Qué mano despiadada te tronchó, justamente cuando comenzabas a esparcir tu aroma misterioso de aquello que ya fué?

Ni una sola piedra se veía, ni una señal que marcara en aquel sitio su existencia transitoria. Lleno de una enorme tristeza, el artista se sentó sobre la tierra y meditó. Meditó larga, largamente; pasaron las horas y las horas y al fin comprendió:

No, la Iglesita no cayó como una flor tronchada. La Iglesita abandonada había abandonado a su vez la tierra, desplegando sus alas de piedra, sus místicas alas invisibles. Había volado hacia ese otro cielo azul que no era de anilina. O mejor dicho, la Iglesita no había existido sino para él. Para él la había puesto en su camino la Estrella de los viajeros en busca de Ideal, la Madre Amable, la especialmente encargada de convertir a los poetas, a los artistas, a cuantos aman la Belleza. Era Ella misma quien había salido a su encuentro brindándole su propia imagen, la Casa de Dios, la Puerta del Cielo, la vestida de sol, la coronada de estrellas... Para él la había hecho muda y desierta, tendiéndole así desde el cielo un amoroso lazo. Sí; era así como sólo para él, había aparecido, en medio de la montaña solitaria, «La Iglesita azul». ¡Y él no había comprendido!

Recordó su sueño, recordó el pequeño cirio misterioso que ardiera tantos días sin consumirse... ¡Ciego él que, embebido en la vanidad de su obra de artista, no advirtió el prodigio! ¡Ciego él que no se arrodillara en las baldosas coloradas, diciendo «Ave María»! ¡Ya nunca, nunca podría reparar su incomprensión ingrata!

Se echó sobre la tierra y lloró con amargura. Besó el sitio donde estuviera la imagen de Aquella que amara de tal modo su pobre alma sin fe. Allí las flores tenían un perfume especial y la voz de los pajaritos su secreto encanto.

Y pasaron los años y los años sin que el pintor de otros días pudiera arrancarse de aquel paraje. Su barba había crecido y encanecido, y su alma era la de un ermitaño de los antiguos tiempos.

Pedía perdón a María por haberla desconocido, y rogaba por todos sus hermanos que la desconocían. Y cumplía así con aquella vocación infantil que rechazara con vehemencia.

Una noche en que dormía, como de costumbre, bajo el rústico abrigo que fabricaran sus manos, vió, en medio de sus sueños, que a su alrededor se levantaban las paredes que conocía tan bien. Sobre su cabeza se extendía el mismo azul violento, y debajo de su cuerpo las mismas baldosas rojas. ¡Se hallaba de nuevo en su Iglesita azul! Sí; ¡allí estaba el cuadrito de la Virgen con su vela encendida!

Pero había algo inusitado: La campanita antes muda, dejaba oir su dulcísima voz, con unos toques que parecían llamar a la Vida Eterna. Y a medida que la campana sonaba, la iglesia se llenaba de rumores, y se agrandaba... Miles de ángeles cantaban sublimes hosannas, revoloteando sobre su cabeza, bajo el humilde techo azul. Y ahora una procesión de peregrinos, con largas túnicas blancas y palmas en sus manos, avanzaba hacia el altar iluminado. La Virgen salió entonces de su pequeño cuadro, y, como en el sueño de otros tiempos, tomó la vela encendida y la puso en las manos del pintor dormido. Esta vez la luz no oscilaba, y María le habló: «Tú no la apagaste en el tiempo, ella resplandecerá para ti durante toda la eternidad».

— Una cosa te pido, — suplicó entonces el pintor, recordando su antigua obra: — haz que los otros comprendan en mi cuadro lo que yo no comprendí al realizarlo. Que la llamita que reproduje ilumine el espítitu de cuantos la miran, para que nadie pase delante de tu imagen sin decirte: «¡gratiae plena!»

— Sea, — dijo la Virgen.

El pintor, inundado de felicidad, se levantó entonces y siguió la procesión, llevando en sus manos la velita. También él vestía larga túnica blanca, y la llamita de su vela de sebo resplandecía como una estrella.

Estaba en el Cielo para siempre.

Y sucedió que la promesa que le fuera hecha se cumplía. Desde aquel día, los nueve cuadros que componían el retablo titulado «La Iglesita Azul», llenaban las almas de suave emoción, de mística ternura.

Los ojos se humedecían al contemplar aquella iglesita abandonada, tan dulce, tan dispuesta a consolar, aún sin acordarse de su propio abandono. Ella decía, a cuantos la miraban, el milagro de las huellas indelebles que el espíritu deja en las formas que ha habitado.

Desde el altar desierto parecía aún derramarse «el buen color» de la ofrenda consagrada. Y si el Arcángel no ocupaba ya su puesto a la derecha del altar, se adivinaba que al abandonarlo dejó caer algo del incienso que llevara entre sus manos.

En medio de aquellas ruinas, la velita encendida enseñaba la oración, que es lo último que muere...

Las puertas, lejos de ser «las puertas vanas» que el pintor creyó realizar, hacían pensar en las puertas del Paraíso que no se cierran jamás. Eran, así de par en par abiertas, una invitación tal, que se sufría de no poder penetrar por ellas al interior de la iglesia y arrodillarse sobre sus baldosas rojas.

La campanita había enmudecido, sí, pero sólo para dejar oir el eco que en las almas despertara su voz.

No se veía allí «el triunfo de la naturaleza sobre la obra deleznable del hombre», sino cómo el mundo fué creado para ese hombre y para las obras de su espíritu. Las sierras parecían colocadas en aquel lugar, sabe Dios desde cuándo, para abrigar a «La Iglesita azul», y el sol salir para iluminarla, tal eran, sobre ella, la alegría y la ternura de sus rayos.

Y fué así cómo el pintor y aquella iglesia que naciera para él, cumplían su misión en este mundo; dando a todos el deseo de llegar a donde el pintor llegara: a la verdadera Iglesia azul, de bóveda infinita.

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ.



Después del desayuno, Catalina se fué por los prados, en compañía de su hermanito Juan. Cuando salían, el día parecía joven y fresco como ellos. El cielo no estaba cubierto enteramente de azul, sino de gris, pero de un gris más dulce que todos los azules del mundo. Precisamente, los ojos de Catalina son de ese gris y parecen hechos de un poco de cielo matinal.

Catalina y Juan se fueron solos por los prados. Su madre es labradora y trabaja en la Granja, en calidad de arrendataria.

Ellos no tienen criados que los guíen, pero no tienen necesidad de ellos; saben bien el camino, conocen los bosques, los campos y las colinas. Catalina, con mirar el sol, sabe la hora del día, ha adivinado toda suerte de bellas revistas naturales que los niños de las ciudades no llegan a suponerse. El mismo Juanito comprende muchas cosas del bosque, de los estanques y la montaña, porque su pequeña alma es un alma rústica.

Catalina y Juan se fueron por los bosques florecidos. Mientras camina Catalina forma un ramillete. Ella ama las flores. Las ama porque las flores son bellas, ¿qué más alta razón para amarlas? Las cosas hermosas son amables, embellecen la vida. Quiere alguna cosa bella, algo que sea bueno, y hacer un ramillete es una buena acción.

Catalina arranca campánulas, jacintos... y botones de oro, llamados también *cocottes*. Prefiere las bonitas flores de color violeta que se cruzan al borde de los trigales, nombradas Espejos de Venus. Las arranca...

Catalina ama las flores porque las flores son bellas, y porque sirven para adornos y atavíos. Ella es una niñita simple cuyos hermosos cabellos lleva escondidos bajo un gorrete obscuro; su delantal de algodón bordado cubre su vestido; calza unos zuecos. No ha visto más ricos trajes que los que tienen la Virgen María y la Santa Catalina de su iglesia parroquial.

Pero hay cosas que las niñas saben desde pequeñitas. Catalina sabe que las flores son adornos útiles, convenientes, y que las hermosas damas que llevan ramos de flores, raros corpiños, parecen más bonitas. También se imagina que ella debe estar guapa en ese momento, porque lleva un ramillete

más grande que su cabeza. Está contenta de ser bella y sus ideas son brillantes y perfumadas como sus flores. Sus palabras no traducen bien las ideas suyas; las palabras nada tienen de bellas para expresar los pensamientos dichosos de una niña. Hay aires de canciones que las traducen mejor, los aires dulces y alegres de las canciones más gentiles, como *Giroflée, Girofla, o les Compagnons de la Marjolaine*. Y de este modo Catalina canta a su ramillete: yo iré al bosque solita y le cantaré también: "Yo le daré mi corazón, yo le daré mi corazón"...

Juanito es de otro carácter. El tiene otros pensamientos. El es un niño atrevido y despierto. Todavía no usa pantalones; pero su espíritu se ha adelantado a su edad, y no hay alma más gallarda que la suya. Mientras que se agarra al delantal de su hermana, por miedo de caerse, agita con la otra mano un foete, con el vigor de un robusto mozo. Apenas si hace chasquear mejor el foete el criado de su padre, cuando reprime los caballos al encontrarse con su novia por el río. Juanito no se aviene bien con una aventurilla. En vez de sus juegos ordinarios, sueña con rudos trabajos. Se imagina carreteras atascadas y percherones tirando el arreo a sus voces y golpes. Está lleno de fuerza y orgullo. Y así va por el prado a pequeños pasos, tropezando con las piedras y sosteniéndose en el delantal de su hermana.

Catalina y Juanito se han internado más abajo de las praderas, a lo largo del ribazo, hasta un paraje elevado, desde el cual se descubren las chimeneas de la aldea, esparcidas por entre el follaje, y los campanarios de las seis parroquias perfiladas en el horizonte. Desde allí se sabe que la tierra es grande. Catalina comprende allí, mejor que en otra parte, las historias que ha aprendido, la paloma del Arca, los Israelitas de la Tierra prometida y a Jesús yendo de pueblo en pueblo.

"Sentémonos aquí", dice. Ya sentada, y abriendo las manos, siega sobre ella su florida carga. Está toda perfumada y ya las mariposas vuelan en torno de ella. Escoge y amontona las flores, casa los tonos para placer de sus ojos. Cuanto más vivos son los colores, más agradables los encuentra ella.

A sus ojos nuevos no los lastima el rojo vivo. Es para las vistas cansadas de los habitantes de la ciudad que los pintores atenúan los tonos con prudencia. Los ojos de Catalina son pequeños ojos que aman a las amapolas. Las amapolas; he aquí lo que prefiere Catalina. Pero su color frágil se ha marchitado y la ligera brisa deshoja en manos de la niña su brillante corola. Ella mira, maravillada, esos tallos en flor, y ve toda clase de pequeños insectos corriendo sobre las hojas y sobre las flores. Estas plantas que ha recogido servían de habitación a las moscas y a los pequeños escarabajos, que viendo su morada en peligro se inquietan y agitan. Catalina no se preocupa por los insectos. Cree que son pequeñas bestias, y no tiene piedad alguna de ellas. Sin embargo, se puede ser muy pequeño y muy desgraciado. Pero esta es una idea filosófica, y para desgracia de los escarabajos, la filosofía no entra en la cabeza de Catalina.

Se hace guirnaldas y coronas, y se adorna las orejas; está ahora como la imagen rústica de una virgen venerada por los pastores. Su hermanito Juan, ocupado mientras tanto en conducir caballos imaginarios, la ve adornada así. Inmediatamente se sobrecoge de admiración. Un sentimiento religioso penetra en su pesueña alma. Se detiene, el fuete se le cae de las manos. Comprende que es bella El desearía ser bello también y estar cargado de flores. Procura en vano expresar este deseo en su lenguaje obscuro y dulce. Pero ella lo ha adivinado. La pequeña Catalina es una gran hermana, una gran hermana y una pequeña madre, ella previene, adivina.

Sí, querido, le dice Catalina; te voy a hacer una hermosa corona y parecerás un pequeño rey.

Y hé aquí que une las flores azules, las rojas y las amarillas para hacer un sombrero. Coloca este sombrero de flores sobre la cabeza del pequeño Juan, que enrojece de gozo. Ella lo abraza, lo levanta y lo coloca así todo florecido sobre una gran piedra. Después lo admira porque es bello y lo quiere porque está bello por ella.

Y parado en su zócalo agreste el pequeño Juan, comprende que es bello. Esta idea lo penetra de un profundo respeto hacia él mismo. Comprende que es sagrado. Derecho, inmóviles los ojos redondos, los labios apretados, los brazos pendientes, las manos abiertas y los dedos separados como los rayos de una rueda, experimenta un gozo piadoso en sentirse parecer un ídolo. El cielo sobre su cabeza, el bosque y los campos a sus pies. Está en medio del mundo. Es sólo grande, es sólo bello.

Pero allí mismo Catalina suelta la risa. Le dice: ¡Oh!, cuán gracioso eres, mi pequeño Juan.

Ella se lanza sobre él, lo abraza, lo sacude y la pesada corona se le desliza sobre la nariz. Le repite:

¡Oh!, qué gracioso es, qué gracioso.

Y ríe de buena gana.

Pero el pequeño Juan no se ríe. Está triste y sorprendido que esto haya terminado y que sea más bello. Le cuesta volver en sí.

Ahora la corona desbaratada se ha esparcido por tierra y el pequeño Juan ha vuelto a ser igual a cualquiera. No es ya más bello. Pero es todavía un muchacho alegre. Volvió a coger su fuete, y hé aquí que tira de las orejas a los seis caballos de su sueño. Los chicos imaginan fácilmente las cosas que desean y que no tienen. Cuando en la edad madura poseen esta facultad maravillosa, se dice que son poetas o locos. El pequeño Juan golpea y se agita.

Catalina juega aún con sus flores. Pero hay algunas que mueren. Hay otras que se duermen. Pues las flores, como los animales, tienen su sueño; y he aquí que las campánulas, recogidas algunas horas antes, cierran sus corolas violetas y se duermen en las pequeñas manos que las han separado de la vida. Catalina se conmovería si lo supiera. Pero Catalina ignora que las plantas duermen y viven. No sabe nada. Nosotros tampoco sabemos nada, y si hemos aprendido que las plantas viven, no estamos más adelantados que Catalina, puesto que no sabemos lo qué es vivir. Quizás no debemos quejarnos de nuestra ignorancia. Si lo supiéramos todo, no osaríamos hacer nada y el mundo se acabaría.

Una brisa ligera pasó, y Catalina tuvo un escalofrío. Es la noche que viene. Tengo hambre, dice el pequeño Juan. Es justo que un cochero, coma cuando tenga hambre. Pero Catalina no tiene ni un pedazo de pan que dar a su hermano. Ella le dice:

—Hermanito, regresemos a casa.

Y todos dos piensan en la sopa de coles que bulle en la marmita suspendida en las llaves, en medio de la gran chimenea. Catalina recoge sus flores y tomando por la mano a su hermanito lo conduce hacia la casa.

El sol desciende lentamente hacia el rojo horizonte.

Las golondrinas en su vuelo, rozan con sus alas inmóviles a los niños. Han llegado. Catalina y Juan se aprietan uno con otro.

Catalina deja caer una a una sus flores en el camino. Oyen en el gran silencio, la canción del grillo. Ambos tienen miedo, y están tristes, porque la tristeza de la noche penetraba en sus pequeñas almas. Lo que los rodeaba les era familiar, pero no reconocían sino lo que conocían mal hecho.

Pareciales de pronto que la tierra fuera muy grande y muy vieja para ellos. Estaban cansados y temían no acabar de llegar a su casa, en donde la madre hacía la sopa para toda la familia. El pequeño Juan no agitaba ya su fuete. Catalina deja deslizar de su mano fatigada la última flor. Agarró a su hermanito por el brazo y ambos callaron.

Al fin, vieron de lejos el techo de la casa que humeaba en el cielo ensombrecido. Entonces, se detuvieron y ambos a dos dando palmadas, gritaban de gozo. Catalina abrazó a su hermanito, después se pusieron a correr hasta donde lo permitían sus fatigados pies. Cuando entraron en la aldea, las mujeres que venían del campo les daban las buenas noches. Respiraron. La madre estaba en el umbral, de gorro blanco, con la espumadera en la mano.

¡Vamos, chicos, vamos pues!, les gritó. Y ellos se arrojaron en sus brazos. Entrando a la sala donde humeaba la sopa de coles, Catalina sintió escalofríos otra vez. Había visto la noche bajar sobre la tierra. Juan, sentado en su banqueta, con la barba a la altura de la mesa, tomaba ya su sopa.

EL BANQUETE DEL AVARO

A pesar de tener cincuenta mil francos de renta, el Barón Liber, era un miserable avaro, que reducía de día en día sus gastos, se privaba de todo y negaba a su mujer lo estrictamente necesario.

No podían corregirle ni las censuras de su esposa, ni las advertencias de sus parientes más próximos. El barón economizaba en todo: en el vestir, en la alimentación, en el alumbrado, en la calefacción, en los criados.

Vivía en Burdeos, donde su padre, hombre muy distinguido y popular, había dejado gratísimos recuerdos.

Se había casado, y gracias al pasado de su padre y a las relaciones que le había creado la familia de su mujer, había sido solicitado en todas partes durante los primeros meses de su matrimonio.

No se daba un baile en Burdeos sin que los recién casados no recibieran la correspondiente invitación.

Desde el momento en que la fiesta no le costaba nada, el barón aceptaba siempre; pero no devolvería jamás el agasajo.

En Burdeos no tardó en notarse tan singular proceder.

El barón no convidaba nunca a nadie, y esta conducta le enajenó la simpatía de sus conciudadanos, hasta el punto de que todo el mundo dejó de invitarle.

Semejante aislamiento disgustaba extraordinariamente a la baronesa, que era muy amiga de divertirse. La buena señora había aportado al matrimonio una importante dote y quería disfrutar de ella, alternando con las familias de la aristocracia bordalesa. La avaricia de su marido la sacaba de quicio.

Censuraba continuamente al barón; pero éste permanecía siempre impasible.

Al fin, un día le dijo:

—Esta situación no puede prolongarse. Yo no quiero vivir secuestrada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No has notado que la gente ha dejado de visitarnos? No nos ha convidado ni a la cena de los de Endolive, ni al baile del marqués de Cazac, ni a la comida de la condesa de Lifreville, con motivo de la boda de su hijo.

No sé por qué. Habrá sido un olvido.

—¿No sabes por qué? Pues voy a decírtelo. La gente evita nuestra presencia porque eres un avaro que aceptas siempre y nada das en cambio.

—Me parece que exageras.

—No lo creas. En tu vida has ofrecido un vaso de agua a nadie, y por eso estamos en ridículo. Cuando se acepta un obsequio hay que corresponder con otro análogo.

—¡Corresponder!—exclamó el barón..—¿Pretendes acaso dar un banquete?

—¿Por qué no? ¿Qué tendría eso de particular?

—Ese banquete me costaría un ojo de la cara.

—¿Para qué quieres el dinero? ¡No te lo has de llevar a la sepultura!

—No he muerto todavía y quieres arruinarme.

—Te advierto que esto no puede seguir así, y que no quiero vivir como una reclusa.

—¿Quién te impide salir a la calle?

—Deseo que no se me considere como una apestada.

—No te impacientes, mujer; ya veréis como este invierno van a llover las invitaciones.

Pasó el invierno y los barones no asistieron a ninguna de las grandes fiestas que se celebraron en Burdeos.

—Tenías razón—dijo el aravo a su mujer.—Indudablemente nuestros amigos huyen de nosotros.

—Tú tienes la culpa.

—No creas que me disgusta el trato social. Hay casas en las que se come muy bien, se bebe mejor y se fuman exquisitos cigarros, que no cuestan nada.

—No se parecen a los qus tú gastas, y que no hacen más que apestar las habitaciones.

—Pero eso los pago yo.

—¡Qué poca vergüenza tienes!

—Después de la comida se pasa al salón donde se toma el té, acompañado de deliciosos licores, procedentes de las casas más acreditadas.

—En lugar del maldito aguardiente que tú tomas.

—Luego se juega y se pasa el tiempo alegremente.

—Tienes una suerte escandalosa.

—Es que juego con prudencia.

—Te creo capaz de hacer trampas.

—¡Eso no! Lo que hay es que la fortuna me es siempre propicia.

Estas escenas se repetían diariamente..

La baronesa abrumaba a su marido con sus sarcasmos, hasta que al fin logró que el barón se decidiese a dar un banquete, comprendiendo que era el único medio que podría emplearse para que volviesen a abrirse ante él las puertas de los salones.

Las invitaciones provocaron en Burdeos una sorpresa indescriptible.

El barón no reparó en gastos, y con ayuda de la baronesa cumplió admirablemente su deber.

Casi todos los convidados respondieron a la invitación y convinieron en que la mesa estaba soberbiamente servida, y en que los platos y los vinos eran de superior calidad.

No faltó quien creyera que al acusar de avaro al barón, se le había inferido una infame calumnia.

A los postres, se oyeron de pronto atronadores gritos que partían de la calle, y un criado se puso a hablar en voz baja con su amo.

El barón se levanta precipitadamente.

—Dispénsenme ustedes,—dijo.—No tengo más remedio que ausentarme por breve tiempo.

La baronesa siguió haciendo los honores del festín.

Al cabo de veinte minutos presentóse el barón visiblemente emocionado y con una mano ensangrentada.

—¿Qué es eso? ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?, gritaron las señoras.

—Hable usted—dijeron los hombres.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Ante mi puerta—dijo el barón— acabo de ser testigo de una espantosa desgracia.

—Un obrero atropellado por un automóvil.

—¡Corren esos vehículos con tanta velocidad!... exclamó uno de los comensales.

—Ese desgraciado—repuso el barón,—está gravemente herido. Yo le he ayudado a levantarse y he dispuesto que le llevaran al hospital. Tiene una mujer y cinco hijos que van a encontrarse en la miseria.

—¡Qué horror!—exclamó una de las señoras.

—¡Pobre gente!—dijo otra.

—Dispensen ustedes que haya entristecido la fiesta—dijo el barón. Para socorrer a ese desdichado, voy, si ustedes quieren, a hacer una colecta a su favor.

En aquel momento estalló un aplauso general.

El barón cogió un plato, en el cual vació el contenido de su portamonedas, y después dió la vuelta a la mesa para que cada cual diera su óbolo.

El anfitrión llenó el plato de monedas de oro.

El resto de la velada transcurrió sin que ocurriera incidente alguno digno de ser relatado.

Al retirarse los invitados, salían satisfechos del noble proceder del barón.

Cuando todos hubieron partido, la baronesa dijo a su marido:

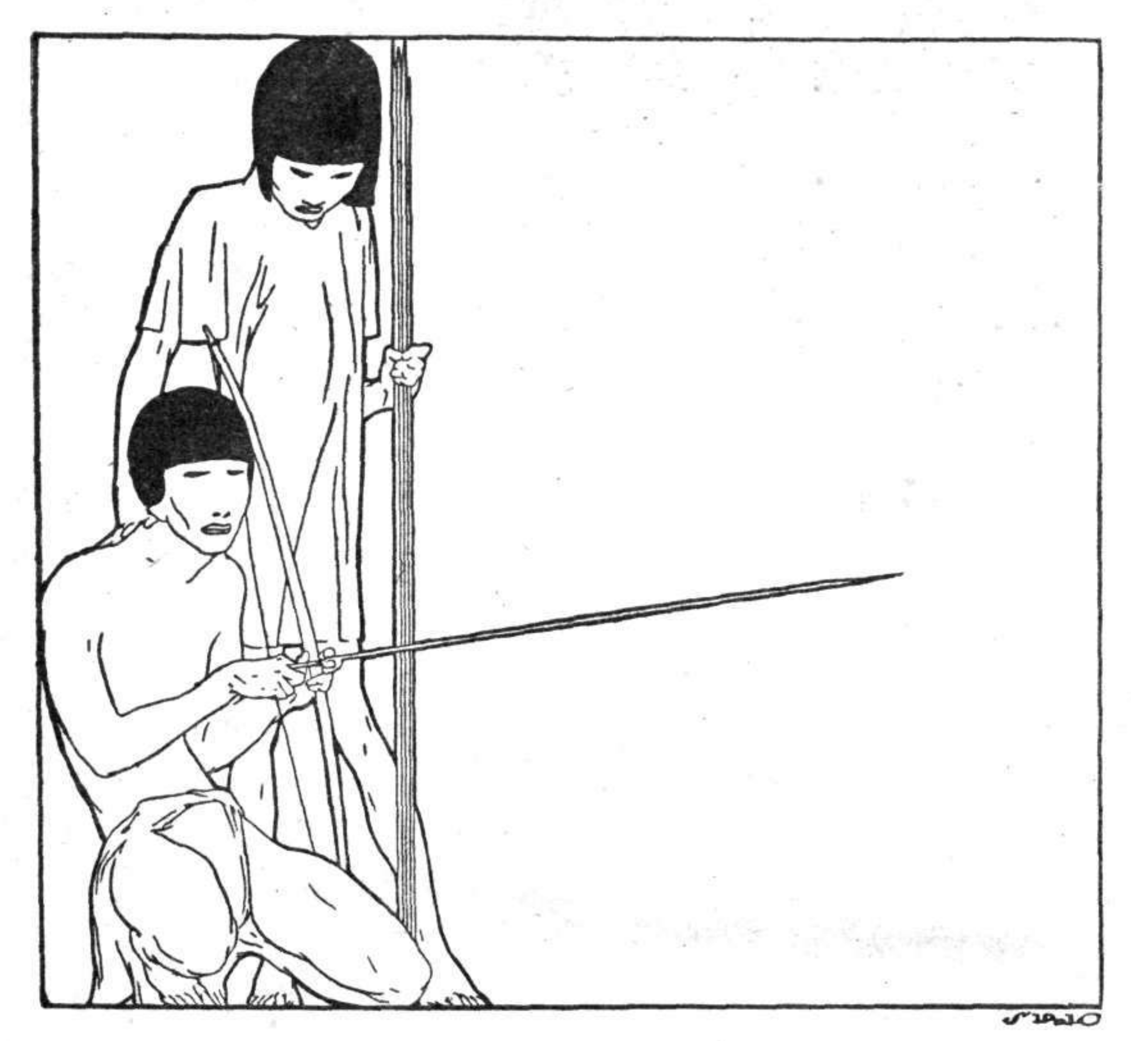
—¿Qué significa la farsa que has representado a los postres del banquete? Todo eso del automóvil es una solemne mentira.

El barón, por todo respuesta, se puso a contar las monedas que había en el plato, y lleno de satisfacción exclamó:

—¡Mil trescientos francos! ¡Ya estoy reembolsado, y aún me queda un piquillo de beneficio!

Y con gran asombro de la baronesa, el miserable avaro se metió el dinero en el bolsillo.

EUGENIO FOURRERE.



LOS ~ POEMAS ~ DEL ~ INDIO

POR

JOSE SANTOS CHOCANO

¡Quién sabe, señor!

Indio que asomas a la puerta
de esa tu rústica mansión:
¿Para mi sed no tienes agua?
¿Para mi frío, cobertor?
¿Parco maíz para mi hambre?
¿Para mi sueño, mal rincón?
¿Breve quietud, para mi andanza?
—¡Quién sabe, señor!

Indio que labras con fatiga
tierras que de otros dueños son:
¿Ignoras tú que deben tuyas
ser, por tu sangre y tu sudor?
¿Ignoras tú que audaz codicia,
siglos atrás, te las quitó?
¿Ignoras tú que eres el Amo?
—¡Quién sabe, señor!

Indio de frente taciturna
y de pupilas sin fulgor:
¿qué pensamiento es el que escondes
en tu enigmática expresión?
¿Qué es lo que buscas en tu vida?
¿Qué es lo que imploras a tu Dios?
¿Qué es lo que sueña tu silencio?
—¡Quién sabe, señor!

¡Oh raza antigua y misteriosa
de impenetrable corazón,
que sin gozar ves la alegría
y sin sufrir ves el dolor:
¡eres augusta como el Ande,
el Grande Océano y el Sol!
Ese tu gesto que parece
como de vil resignación,
es de una sabia indiferencia
y de un orgullo sin rencor...

Corre en mis venas sangre tuya;
y, por tal sangre, si mi Dios
me interrogase qué prefiero
—cruz o laurel, espina o flor,
beso que apague mis suspiros
o hiel que colme mi canción—
responderíale dudando:
—¡Quién sabe, señor!